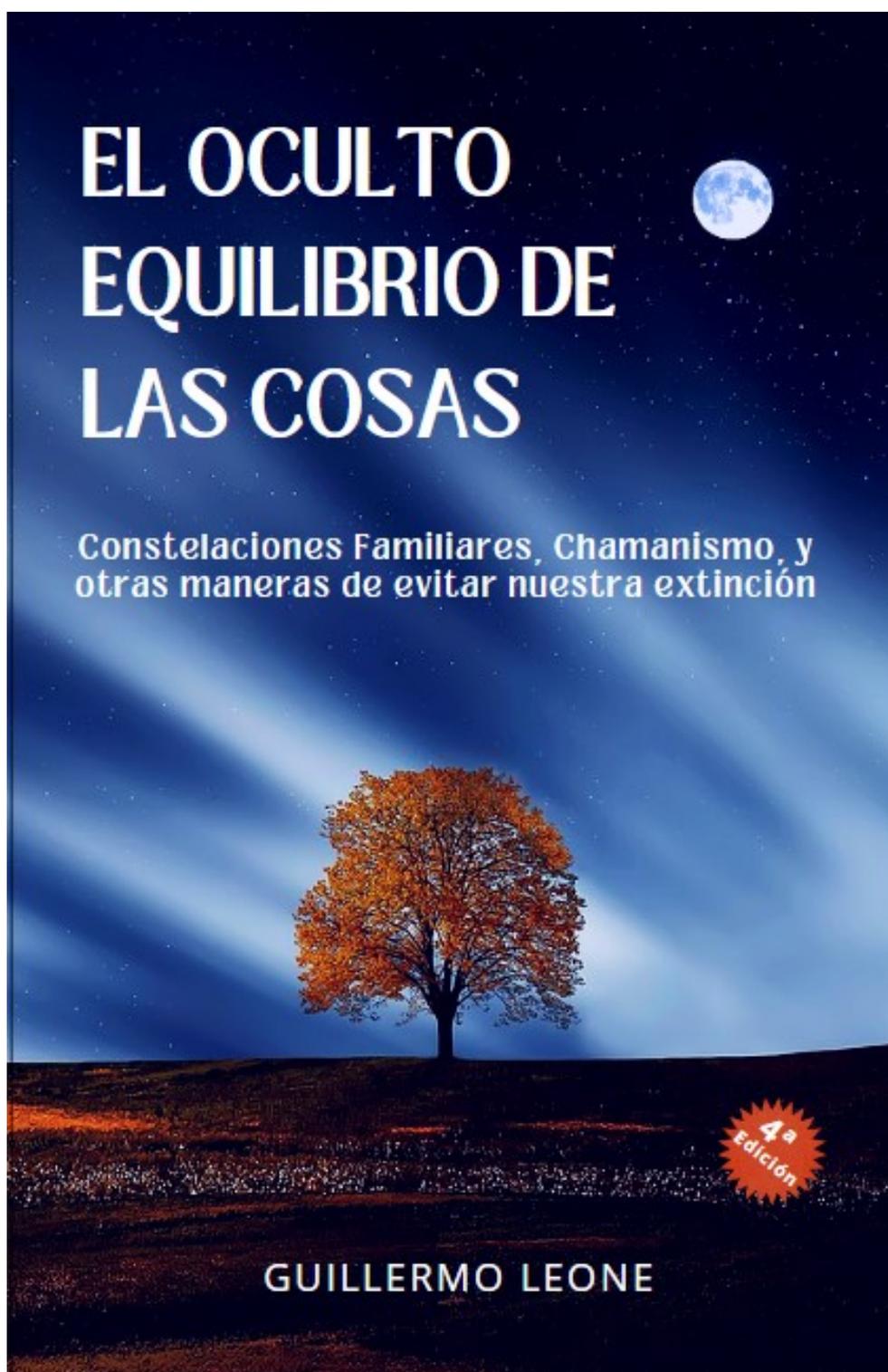


El Oculto Equilibrio de las Cosas

Guillermo Leone



Capítulo 1

Querida gente, les doy la bienvenida a "El oculto equilibrio". Espero que este viaje les aporte y lo disfruten. Aquí tendrán acceso al libro completo tal y como está publicado. Agradezco a quienes reconocen el tiempo y el esfuerzo que demanda escribir un libro, y se tomaron un minuto para evaluarlo y dejarme un comentario o una valoración. Es muy reconfortante.

Si prefieren el formato "papel" o "Ebook" les cuento que está disponible en Amazon, también en Buscalibre.com

Diana y Mauro

Hacía meses que Diana se debatía en una lucha encarnizada con la realidad, claro que, con semejante rival, toda batalla sería estéril.

Cuatro años juntos, momentos maravillosos y de los otros, sólo para llegar a ese penoso desenlace: Diana lo había entregado todo y Mauro se comportaba como un verdadero patán, al menos, así lo veía ella. A decir verdad, él simplemente actuaba como alguien que no ama, alguien que se limita a sacar todo el provecho posible antes de que se termine su "pase libre". A pesar de haber recibido toda la atención de Diana, la reciprocidad jamás fue su propósito. Por si fuera poco, no se privó de maltratarla, explotarla, descuidarla, incluso de conocer mujeres frente a sus propias narices, cosa que enloquecía a Diana. Cuando más intentaba ella aproximarse, más peso sentía Mauro y más hostil era su rechazo. Exigido, perseguido, agobiado... Cerró sus puertas, sus teléfonos y sus oídos, aplastando a Diana con cien toneladas de realidad. Era incuestionable: él no la amaba.

Cuando se conocieron, Mauro no tenía trabajo, casa ni profesión. Tampoco tenía idea de qué quería hacer con su vida. Diana fue quien comenzó a iluminar las penumbras de sus dudas para que pudiera trazar un rumbo. Quizás los doce años de diferencia entre ellos habían causado esa asimetría en la relación. Tal vez se confundieron los papeles de pareja, madre, e hijo. Aunque para Diana estaba todo muy claro, daba la impresión de que para Mauro no era así: parecía más un hijo adolescente que un par.

Los fines de semana solían divertirse mucho. Iban a la Costanera, a la Plaza Francia, o a Puerto Madero, donde Mauro se lucía con los rollers que ella había traído de Norteamérica a pedido de él. Mientras desplegaba su show de piruetas, Diana, fotógrafa profesional, lo retrataba, cosa que ponía a Mauro en éxtasis. Era un niño con su juguete y ¡alguien por fin lo miraba! ¡Sí que eran buenas esas épocas!

Muy distintos eran los días cuando Diana, a causa de su trabajo, debía salir de la ciudad. Inevitablemente se perdía en mundos tortuosos imaginando a Mauro desfilando en los escenarios más promiscuos y no se equivocaba. Llamadas y mensajes de texto surcaban el aire como flechas envenenadas. Diana ya había descubierto sus mentiras, y, cuando alguien miente una vez, deja de ser una persona común para ser "alguien que miente". Su obsesión la arrastraba a la locura hasta que, ciega, dejaba todo, incluso su trabajo para rastrearlo y dedicarse a la destructiva tarea de comprobar que estaba mintiéndole.

Aún no habían transcurrido seis meses de conocerse cuando la profesión de Diana la alejó de él llevándola primero a Italia y luego a Canadá. Mauro trabajaba como barman. Obviamente, con Diana lejos, nada le impedía empalagarse de aventuras. Semanas antes, Mauro le había pedido a Diana que respetara su ámbito de trabajo y no lo visitara sin avisar. Diana había concedido. Siempre lo hacía, y Mauro, obviamente, ya desde ese entonces se dedicaba a cultivar "nuevas amistades". A las cuatro de la madrugada, pleno invierno, sonaba el despertador, Diana se levantaba, ponía la calefacción del auto bien alta, como a él le gustaba, e iba a buscarlo, pero, por respeto a aquel acuerdo, lo esperaba afuera.

Cada vez que debía tomar un avión, el mismo fantasma la perseguía como un perro sin dueño y ya no la abandonaba. Angustia, pánico, furia, flechas, veneno, oscuridad, insomnio... Está con alguien... Está con alguien... Está con alguien... Resonaba en su mente ese eco perverso. Mensajes y más mensajes. Ira, llanto... No hay señal. No tengo crédito... ¡Clic! El celular se encuentra apagado...

Diana se preguntaba: ¿Por qué otras personas tienen parejas en las que pueden confiar? ¿Por qué si le doy todo no puede ser fiel o al menos honesto? ¿Por qué no puedo confiar en él y recibir lo mismo? Si yo le doy seguridad, respeto, cuidado, honestidad...

Mauro nunca entró en razón. Pensaba que ella quería robarle su vida y lo único que Diana esperaba era que la cuidara, o sea, "reciprocidad", un término que estaba fuera del diccionario de Mauro.

Si alguien no tiene sentimientos por la otra persona, lo apropiado sería que simplemente siga su camino, se aleje en lugar de quedarse para sacar más provecho, pero Mauro siempre quería más. Era de esa clase de

personas que no renuncian a nada, que lo quieren todo.

La casa de Diana era el paraíso: televisor gigante, ropa impecable, computadora con todos los accesorios de una fotógrafa, comida gourmet, lo que deseara..., todo disponible sólo para él, y, como parte del paquete, esas charlas fascinantes que sostenían. Además de eximia fotógrafa, Diana tenía estudios de historia, filosofía, había hecho años de psicoanálisis y amaba las artes plásticas. Las charlas eran desafíos en los que Mauro intentaba cuestionar todo y ella, serena, explicaba sus opiniones, fundamentaba y argumentaba.

Los conocimientos de Diana eran un manjar que él devoraba con avidez, sobre todo al principio de la relación, cuando el mundo de la fotógrafa era aún sólido y ordenado. Tiempo después, todo fue perdiendo sustancia y Mauro comenzó a buscar nuevas relaciones. Cuando él salía y Diana le reclamaba preguntando de dónde venía, inevitablemente se transformaba en un gato acorralado.

Tal vez todo eso se debía a que él nunca había sido amado de verdad —pensaba Diana—. Su familia lo había devaluado y humillado hasta el hartazgo, así que, quizás, lo único que necesitaba era alguien que creyese en él y estuviera allí sólo para él y así sanar sus viejas heridas.

Diana se había construido su propia trampa: consciente de las mentiras de Mauro, animada por su sueño omnipotente de rescatarlo, aunque él no lo pidiera, decidió, sin consultar, ayudarlo a construir una existencia sólida y coherente. Nadie la obligó a hacerlo. La vida había sido piadosa con ella, y le parecía bien hacer algo por otra persona.

Lo estimuló a descubrir su vocación. Mauro había empezado cuatro carreras diferentes y nunca se sentía conforme. Diana le tuvo paciencia y pudo ver que, con amor, contención y un ambiente estable, los miedos e inseguridades de Mauro se iban debilitando. Le consiguió un buen trabajo, uno legal y bien pago para su nivel de estudios. Le enseñó inglés hablándole durante meses sólo en ese idioma. Lo preparó para lidiar con situaciones conflictivas, para que no se fuera de un portazo cuando le decían algo que no le gustaba, y a sostener un diálogo sin ofenderse ni escaparse. Pudo conservar ese trabajo, gracias a Diana.

Una parte de la vida de Mauro se iba normalizando, mientras otra parte, la que ya estaba fuera de control, continuó extendiéndose como fuego en el bosque destruyendo lo que tocaba. Mauro quiso cambiar una vez más de carrera, ahora quería aprender fotografía y Diana, obviamente, también lo apoyó. Apenas Mauro comenzó las clases, se apasionó. Su vida mejoraba, pero sus huidas furtivas continuaban. Ahora, al tener su propio dinero, ya nada lo detenía. El mundo era un gallinero repleto y él era un zorro

cebado que no sabía cómo detenerse, y no intentaba aprender a hacerlo.

En una oportunidad, Mauro había tenido sexo sin protección, y, asustado, acudió a Diana para pedirle consejo. Ella no fue capaz de protegerse de esa información. Simplemente quedó arrasada. Por muy arrepentido y lloroso que se mostrara, esas aventuras excedían lo tolerable. No había podido ayudarlo a cambiar ni con todo el amor de que ella era capaz. Agobiada por un dolor difícil de describir, Diana supo que debía extirpar a Mauro de su vida.

Las veces anteriores en que lo había echado de su casa Mauro la llamaba llorando. Decía estar deprimido en casa de sus padres, aseguraba que estaban todos locos. Podía, incluso, disparar directo a sus endebles defensas con frases como: "tengo ganas de morirme". Decía que allí había humedad y que la ropa se le arruinaba. Juraba que no volvería a suceder, pero ella sabía que era igual al juego de la oca: "retrocede diez casillas y vive todo eso una vez más".

En una ocasión, Diana se opuso a que Mauro saliera a verse con alguien. La respuesta fue una sarta de gritos y amenazas, entre las que dictaminaba que ella no tenía el derecho de decidir qué hacía él ni de echarlo cada vez que discutían, es decir, cada vez que él se iba con otra mujer. Estaba muy claro: Mauro no pensaba detenerse. Mientras tanto, se veía a sí mismo como un joven exitoso. Tenía acceso a todo lo que siempre había querido, aunque su rutina era matemática: conocía mujeres, se apasionaban con él, Mauro se aburría, y cuando empezaban los reproches, las abandonaba.

Diana cayó en la cuenta de que Mauro se había convertido en el epicentro de su vida, y ahora que estaba claro que él no la amaba, todo se iba resquebrajando. Aun sabiendo que esas mujeres eran descartables, Diana llegó a su límite. Haciendo acopio de sus últimas fuerzas, salió a buscarle un departamento.

Apenas Mauro tomó posesión, Diana pasó a ser una visita non grata y se sumó a la lista de personas prescindibles. Lo que Mauro tenía lo tenía sólo porque Diana se lo había dado, y todo aquello ahora lo disfrutaba sin ella, o, mejor dicho, lo compartía con otras. Debería haberlo dejado en aquel bar patético, y en ese agujero mugriento del que salió, con su vida marginal, y su familia loca, se decía a sí misma, pero ya era tarde.

Mauro logró lo que Diana no había podido hacer con él: expulsarla de su vida. Cuatro años de desayunos, almuerzos y cenas compartidos concluían en un páramo desierto, donde el vacío saltaba a su cuello y hundía los colmillos hasta acabar con su calma. El dolor era tan grande que Diana llegó a pensar que, quizás, la única solución era acabar con todo.

Capítulo 2

Don Ignacio

Años antes, a causa de unas jaquecas que los médicos no habían logrado aliviar, Diana fue a dar con un indio curandero: don Ignacio. Un hombre de linaje mapuche, emparentado con Machis, (chamanes mapuches) y nieto de una destacada machi ya fallecida, famosa por ser una gran guía y sanadora.

Durante más de un año, Diana condujo casi trescientos kilómetros cada mes para conseguir los preparados de hierbas curativas. Así fue surgiendo una familiaridad que creció con el tiempo. Cada tanto, el hombre a través de algún comentario le dejaba ver que se percataba de sus estados anímicos y físicos. Sabía si estaba cansada, enojada, triste... Incluso parecía percatarse de detalles de su vida que nunca le había confiado. Diana no siempre lo tomaba seriamente, pero tuvo que admitir que el indio tenía una gran sabiduría, y le fue contando cada vez más cosas íntimas. Sin embargo, en lo que a emociones se refería, el psicoanálisis seguía siendo, para ella, lo más fiable.

Ese día, a pesar de su analista y de sus esfuerzos por controlarse, Diana había llegado al límite de su cordura y, en su desesperación, lo único que vino a su mente fue la imagen del curandero. Sin meditarlo demasiado, saltó dentro de su auto y condujo en busca del consejo del hombre.

No lo encontró en su casa. Una mujer extraña, aunque con un aire familiar, la recibió con la naturalidad de quien la hubiera estado esperando. Le dijo que don Ignacio estaba en las celebraciones del *We Tripantu* (el año nuevo mapuche), a unos ochocientos kilómetros al sur.

—¡No lo puedo creer! —Se lamentó Diana—. ¡Ochocientos kilómetros no es a la vuelta de la esquina!

No lo había previsto. No traía equipaje más que para un día. La mujer la miró con aire reprobador y, sin prestarle mucha atención, murmuró moviendo la cabeza negativamente: niña tonta... si realmente quisieras verlo harías un esfuerzo... Fue como el latigazo que impulsa a un caballo al galope. No se detuvo a pensarlo más.

—Dígame cómo hago para llegar.

La mujer le explicó con sumo detalle cómo encontrarlo. Diana necesitaba verlo, y después de todo podía tomarse ese tiempo, así que hacia allá encaró. Mientras se alejaba, ya a unos metros creyó oír la voz de la mujer

diciendo: si es tu destino lo encontrarás...

Demoró un día y una noche en llegar a la aldea que le habían indicado. Era un brillante mediodía invernal. Apenas llegó se dio cuenta de que su presencia no era acogida ni mucho menos. Las miradas recelosas y el incomprensible idioma Mapundungún o Lengua de la tierra eran una muralla imposible de franquear. Se aproximó a cuanto aldeano pudo para preguntar por Don Ignacio; incluso lo describió físicamente, pero lo único que obtuvo fueron miradas aprensivas y ninguna respuesta o, a lo sumo: —Aquí no hay nadie llamado así.

Estaba claro que no la ayudarían. Agotada por el viaje y por las imágenes en su cabeza, pensó que, una vez más, Mauro se reía de ella. Racionalmente era absurdo, pero sentía la misma impotencia que cuando esperaba algo de él. Parecía que todos hubieran estado confabulados para hacerla sentir una idiota.

La pequeña aldea tenía un enorme claro en el centro en torno al cual se emplazaban una docena de chozas de barro, troncos y paja, con techos cónicos y sin ventanas. En diversos lugares de la periferia podían verse unas carpas rudimentarias, seguramente para ampliar el espacio para los visitantes. El área estaba flanqueada por algunos cerros y, a lo lejos, se distinguía imponente la Cordillera de Los Andes coronada de nieve. Los árboles, principalmente cipreses, arces, araucarias y otros perfumaban el aire invitándole a uno a respirar hondo y llenarse de esa magia exultante.

Desconcertada, Diana buscó un sitio donde tomar un descanso y reflexionar sobre su futuro inmediato. Caminó unos treinta metros hasta una gran roca plana bañada por el sol. Emanaba un particular brillo que la atrajo. Además, estaba convenientemente apartada del caserío y de las escrupulosas miradas. Se recostó. Cerró los ojos urgida por aquietar sus pensamientos. Se dejó flotar en sus cavilaciones sin rumbo. Era irónico, pero exactamente así se sentía ella: sin rumbo, sin conocer a nadie, perdida como tantas veces en su vida, sin la menor idea de por qué hacía las cosas que hacía. Sin embargo, no sentía miedo. Ya había cruzado su límite y ahora sentía que ya nada iba a hacer su vida más miserable, así que todo le daba igual. Respiró profundo llenándose del aroma de los cipreses y sin proponérselo, sus ojos se abrieron.

Tamaño susto se dio al descubrir a don Ignacio escudriñándola a pocos centímetros de su rostro. De un sólo salto en un segundo estaba de pie. Quiso explicarle al hombre, pero los únicos sonidos que salieron de su boca fueron: Eeemmm... vine aaa... a verlo... Eees queee... Mauro... Nnoo seee... mmm... c...cuál fue mi error... El hombre contemplaba calmo su balbuceo caótico.

—Mejor quédate aquí sentada —decretó don Ignacio en tono sereno.

—¡Es que viajé muchos kilómetros! —protestó Diana, mientras él la miraba imperturbable, sin responder.

—¡Tiene que ayudarme! —reclamó imperativa.

—¡Mírate un poco! —regañó grave don Ignacio como quien habla a una niña desobediente—. ¡Estás hecha un desastre! ¡Un caos total! Te has enroscado en toda suerte de locuras. No puedes con tanta basura mental. ¡Es demasiada alienación para una persona!

Diana lo miraba perpleja. Él no se detuvo:

—Debes entender —continuó el chamán— que es limitada la capacidad que tenemos de exponernos al caos. ¡Tus emociones, tu mente!, ¡todo en ti está fuera de control! —prosiguió calmo—. Antes de hablar, necesitas sosegarte; encontrar orden y armonía.

El hombre se retiró a una choza y volvió un minuto después con una vasija pequeña y un cuenco de barro.

—Bebe esto, —le dio alguna clase de infusión fresca.

Ahora sólo dedícate a calmar esa vorágine interna. Así como estás no podrías escuchar nada de lo que te diga —sentenció el anciano—, te me quedas bien quietecita aquí —le ordenó amable señalando la roca.

Obediente, Diana se sentó y de inmediato, un estremecimiento surcó su cuerpo dando paso a una calma hipnótica, como un trance. Con aire infantil, se acurrucó en el abrigo que llevaba puesto y se durmió.

Anochece cuando regresó don Ignacio. La examinó con una mirada que claramente veía más que lo obvio, y dijo:

—Ahora quizás puedas prestar algo de atención. Me sorprende que hayas logrado llegar hasta aquí puesto que tú no eres mapuche y esta tierra es sagrada. Ustedes, huincas[1], no tienen permiso para entrar aquí.

—Pero ¡yo no vi ningún letrero de prohibición! —. Se defendió Diana.

—No es que nosotros se lo prohibamos, simplemente nunca llegan porque nuestra Madre no se los permite.

—¡No sabía que su madre estaba viva! —exclamó asombrada Diana—. ¡Dígale que me disculpe!

Don Ignacio soltó una carcajada. No me refiero a “mi” madre, quien por cierto está muy viva, sino “La Madre”; me refiero a nuestra *Ñuke Mapu*, o Madre Tierra. Alguna extraña razón debe tener para haber hecho esta excepción contigo —dijo para sí—: más de uno ha perdido su vida intentando encontrar este lugar. —Luego continuó—, ¿Quieres saber una cosa? Lo más insólito es que este es un momento único, uno de los tiempos del año más sagrados para nuestro pueblo, lo que hace mucho más extraña tu presencia.

Diana no entendía a qué apuntaba el anciano y tampoco le interesaba demasiado. Lo miró frunciendo el ceño mientras seguía ponderando una forma de explicarle por qué estaba allí. Pero desde el inicio el hombre no había prestado atención a su urgencia por entender todo lo que le había sucedido con Mauro. Luego Diana recordó que podía demostrarle que ella sí tenía permiso. Con aire triunfal le espetó al anciano:

—Bueno, si yo no tenía que estar aquí entonces explíqueme por qué razón la mujer que estaba en su casa, supongo que sería su madre ya que me dice usted que está viva, me dio todas las indicaciones con sumo detalle para que pudiese llegar sin perderme. Inclusive, cuando yo dudaba si venir o no, me dijo en tono firme que si realmente quería verlo a usted haría el esfuerzo de viajar, y que si era mi destino lo encontraría. Fue muy convincente.

— ¿Una mujer en mi casa?

—Sí, una mujer delgada, madura, imponente... con su cabello gris atado en una gruesa trenza. De hecho, hablaba igual que usted.

Don Ignacio supo que no podía ser otra persona más que la dueña de la casa, es decir, su fallecida abuela Amanda. Había muerto hacía tiempo. Pero ¿por qué se molestaría en presentarse ante una *huinca*?

—¿No estaba su madre allí? —inquirió Diana curiosa.

—Mi madre vive aquí desde que mi abuela, que es quien debes haber visto, falleció.

Diana quedó paralizada. No entraba en su mente la idea de haber visto y hablado con una muerta.

—No había ninguna mujer allí —continuó el chamán—. Al menos ninguna mujer de carne y hueso...

El chamán intentaba descifrar cuál era el mensaje que su abuela quería darle, aunque sabía perfectamente que no necesitaba entenderlo. Lo que

sucede, sucede por algo... Diana interrumpió sus cavilaciones:

—Pues allí estaba esa señora, y me vio tan desesperada que se compadeció de mí. Se dio cuenta de que yo quería tanto, ¡pero tanto! entender qué es lo que me pasó con Mauro que se apiadó, supongo.

—¡Ninguna mujer se apiadó de ti! —terció el hombre. Esto que pasó no tiene nada que ver con apiadarse de nadie. Se trata de otra cosa... Es una señal y apunta a ti..., a una *huinca* —agregó con cierta perplejidad.

—Bueno, lo que sea —insistió ella—, pero ¿me va a explicar o no qué pasó con mi relación?

La persistencia de Diana era ya irritante.

— ¡Está bien! ¡Está bien! —respondió con fingido enojo el anciano—. ¿Quieres saber cuál es tu error? ¡Bien! ¡Aquí va tu explicación!: ¡Tu error es que no entiendes nada de las fuerzas que regulan el mundo! Ahí lo tienes, ya puedes irte de regreso.

Diana, aún más confundida, volvió a fruncir su entrecejo y el hombre continuó explicando:

— ¡Has roto *el equilibrio de las cosas* y estás pagando el precio por tu negligencia!

Diana lo vio como quien mira a un loco. El viejo sonrió disfrutando de su confusión. Había conseguido despertar su curiosidad.

—¿De qué equilibrio de qué cosas me está hablando?

—Verás, todo, absolutamente todo lo que existe, lo que aún no existe, y lo que ya ha dejado de existir; es decir: todo, es parte del *Gran Equilibrio*.

Este tiempo, justamente, es sagrado pues es la época en que ese equilibrio se renueva, esto sucede cada año. Por esa razón las personas de mi pueblo nos hemos congregado aquí. Vinimos de los cuatro puntos cardinales a estrechar lazos, a confraternizar entre nosotros y, principalmente, con nuestros antepasados, con los *Pillanes*[2], con el *Ngenechén*[3], y con los espíritus que nos guían. Porque en este tiempo se renueva el *Gran Equilibrio*.

Hemos venido a agradecer lo que *Ñuke Mapu*, nuestra *Madre Tierra*, nos da, pero ¿qué te puedo decir a ti del *Gran Equilibrio*? A tu gente pocas cosas los motivan, están adormecidos en su ignorancia. Viven profanando la tierra y sus frutos, justamente lo más sagrado para nosotros.

—Perdón, don Ignacio, no entiendo qué tiene que ver todo lo que está diciendo con mi relación con Mauro —insistió Diana.

—¡Justamente! ¡Es que todo está conectado en el Gran Equilibrio!

Don Ignacio se quedó un momento en silencio como buscando las palabras adecuadas, luego prosiguió:

—Puede que hayas obrado con buena intención, y, seguramente ayudaste a ese muchacho. Sin embargo, tu ignorancia de los principios supremos hizo que esa asistencia trajera más problemas que soluciones. Lo habrás ayudado quizás, pero a un costo altísimo, tanto para ti como para él. Como si para fabricar un fósforo hubieras talado un árbol milenario —Sacudió la cabeza en gesto negativo.

—¡Fíjate sólo cómo estás! —la regañó nuevamente.

—¡No entiendo de qué habla usted! —gruñó Diana entre enojada y confusa mirándose la ropa para ver qué tenía de malo.

Don Ignacio continuó más suave:

—¡No puedes ir por el mundo sin ningún respeto, tomando todo lo que se te antoje, imponiendo tu voluntad y alterando todo sin que haya consecuencias! Pareces una niña caprichosa, que arroja sus juguetes al río y luego llora porque los quiere de nuevo, y cuando le preguntan dice “se cayeron”.

—Usted perdone, don Ignacio. Sigo sin comprender —se disculpó Diana.

—Hay leyes, principios que protegen el equilibrio del Todo, y los vínculos entre las personas son parte de ello, están sujetos a esas leyes. Así que, si has de aspirar a tener paz en tu vida, deberás comenzar por aprender sobre El arte de Dar y Tomar.

—¿De qué se trata todo eso? —y agregó algo irritada—¿Es la receta de la felicidad?

—No hay ninguna receta —explicó el chamán sin reaccionar al tono irónico de Diana—. Y no es tan simple, se trata de lograr ser uno en armonía con la tierra, con las plantas, con los otros..., con el Gran Espíritu: Ngenechén.

Don Ignacio parecía iluminarse cuando hablaba.

—¿Acaso no ves que todo está vivo? No son sólo palabras, es una forma de vivir y de actuar en el mundo opuesta a la tuya: ustedes viven como si el resto no existiera. Nosotros intentamos vivir siendo “uno” con todas las

cosas y las personas.

Diana empezaba a arrepentirse de haber viajado más de mil kilómetros siguiendo su impulso. El viejo estaba definitivamente loco. Era un buen curandero, pero ahora sólo parecía hablar incoherencias. Sin embargo, siempre que había seguido una corazonada los resultados jamás fueron malos, así que se dijo: ¿Qué puedo perder? Escuchar sus locuras no puede empeorar las cosas.

—Lo extraño es que tú, que no eres *mapuche* (gente de la tierra), has llegado justo al inicio de las ceremonias del *We Tripantu*, nuestro año nuevo. Eso dice algo, porque este nuevo ciclo se inicia después de la noche más larga del año, la cual representa la mayor oscuridad que debemos atravesar para alcanzar la luz. El amanecer siguiente a la noche más larga es el momento en que se renueva el equilibrio de la naturaleza, entonces hombres y mujeres se pacifican. En ese momento nosotros, previa purificación, agradecemos lo que hemos recibido, y escuchamos los mensajes de los espíritus. En mi pueblo pensamos que: Se debe ser agradecido para ser digno de recibir, por eso lo primero es agradecer.

—Diana seguía perpleja, y lo que el viejo decía no le hacía el menor sentido.

—¿Puedes, tú, agradecer lo que tienes? —inquirió provocador Don Ignacio—. Me imagino que debe ser difícil responder esta pregunta, pues la gratitud es una noción que tu cultura no conoce.

Suponen que el mundo está en deuda con ustedes, o peor aún, que son dueños del mundo. Creen que tienen el derecho a que se les dé todo lo que quieren, y suponen que no hay necesidad de agradecer lo mucho que reciben.

Ahora empiezo a creer que tu presencia tiene un sólo significado posible, y es que el *Gran Espíritu* te jugó una treta para que te hagas una de los nuestros. Es la única explicación posible y es lo que podría calmar tu locura! —dijo riendo a carcajadas después de tratarla de loca.

Ella no pudo evitar contagiarse la risa del chamán. Lo más gracioso de todo esto —pensó Diana— es que yo creo que el viejo está loco y él cree lo mismo de mí. Se dijo nuevamente: La verdad es que no puedo empeorar aún más, así que veremos qué sigue.

El que estés aquí, justo un día antes del inicio de las ceremonias, es, indudablemente, para que participes de ellas. Necesitas aprender el *Admapu*, son leyes que rigen la relación entre nosotros y con este maravilloso y misterioso mundo que nos ama, nos cuida y nos aterrera.

Lo que te han enseñado en la escuela o en tu familia te servirá poco de hoy en adelante. Debes olvidarlo. Es esa visión del mundo la que te ha llevado a perturbar el *Gran Equilibrio*, aunque no te hayas dado cuenta. Por eso estás pagando las consecuencias y por eso debes abandonar esa vida para siempre.

—Pero ¡yo quiero saber qué pasó en mi relación con Mauro! —reclamó Diana.

—Es que no se trata sólo —enfaticó la palabra— de la relación con ese muchacho. Verás, él es para ti nada más que el punto de partida. Es quien te obligó a despertar, aun sin proponérselo. Como un maestro, te instó a prestar atención a tu relación con el mundo.

—¡Es que yo no me llevo mal con el resto del mundo! —. Se defendió Diana.

—¡Eso no es posible con esas formas torpes que tienes de vincularte! —exclamó categórico el hombre—. No es posible que te lleves bien con el resto del mundo, lo que puede ser es que no te des cuenta de lo mal que te conduces.

—¿Cómo no voy a darme cuenta? —respondió Diana irritada.

—Es que tu cultura ha perdido la sensibilidad a tal extremo, que son maltratados y maltratan sin notarlo. Son irónicos, prepotentes, cáusticos; descalifican a los demás hasta en los pequeños comentarios. Para peor, lo hacen con una sonrisa, y creen que son chistosos por ello. A excepción de pocas personas sensibles, ustedes van dejando su rastro de estiércol y destrucción, no ven que caminan sobre sus propios desechos; y cuando alguien les dice algo, encima, se sienten agredidos.

Diana no tenía argumentos. Por un lado, quería desesperadamente entender su relación con Mauro, por otro, no podía negar que era cierto lo que ese hombre le decía. Sin embargo, seguía sin darse cuenta de cómo todo esto se relacionaba con su vínculo amoroso.

El arte de Dar y Tomar —continuó Don Ignacio con voz amable—, es el regalo del *Gran Espíritu, Ngenechén*; es uno de los saberes más antiguos de la creación. Es más antiguo que el hombre. La naturaleza lo practica y de allí lo aprendimos nosotros. En nuestra cultura, el único que no está sujeto a sus principios es el mismo *Ngenechén*, en su estado “no manifiesto”. Luego, cuando se manifiesta, sea como un árbol, como una persona o como un animal, entra en el gran latido de lo que es y está sometido al intercambio por lo tanto debe cuidar del equilibrio o perecerá.

Decimos latido porque todo tiene alma, todo pulsa, respira, sube y desciende, alterna su estado. Así se suceden frío y calor, luz y sombra,

dar y tomar, en una infinita danza que constituye la vida. Una danza en perfecto equilibrio que tú has roto y por ello las consecuencias no pueden ser buenas.

El arte de Dar y Tomar nos permite a los hijos de *Ñuke Mapu* vivir en armonía con el *Todo*. Para cada cosa que existe hay un orden, y hay un movimiento. Desde pequeños se nos enseña que hay quienes nos preceden y que debemos honrarlos, pues fueron ellos los que nos dieron todo lo que tenemos. Eso es orden.

Aprendemos también el cuidado y el respeto del ser colectivo, y a ponernos límites en el tomar. Si cazáramos todos los animales o arrancásemos la planta entera en lugar de quitar algunas hojas, el año siguiente ya no tendríamos de qué alimentarnos. Por eso, tomamos sólo lo necesario, y permitimos que el ambiente se recupere.

También tenemos en cuenta la necesidad de los otros a la hora de tomar. Por ejemplo, no tomamos la vida de un animal hembra si tiene crías, o si está preñada, porque afectaríamos muchas vidas y no sólo a esa. Aprendemos a buscar nuestros alimentos en otros lugares para no devastar el ambiente.

Una de las cuestiones difíciles para ustedes es darse cuenta de que toman demasiado. No son sensibles al dolor de los otros ni al de la Madre Tierra. Por esa ceguera viven en estados irreales.

—¿A qué se refiere con estados irreales? —inquirió confusa Diana.

—Es irreal encontrar vegetales, semillas, frutos de toda clase y carnes de distintos animales, todo disponible y en el mismo lugar para tomarlo con la mano de un estante, en vez de cazarlo o de cosecharlo. En un mundo real, deberías caminar kilómetros para obtener una pequeña parte de eso, y difícilmente lo lograrías.

Teniendo en cuenta el esfuerzo que significa la caza o la cría para comer carne, ustedes no dan nada para obtenerla. Como tienen todo al alcance de la mano, llevan las cosas hasta el absurdo tomando alimentos que ni siquiera consumirán, ropas que no usarán, objetos innecesarios, y crean un efecto devastador en el gran balance de *Ñuke Mapu*.

Por eso, niña, es que te digo que esto es mucho más que una receta sobre las relaciones: es aprender a ver la vida y a relacionarse con *el Todo* en forma armónica y respetuosa.

Ya que el Gran Espíritu se te ha mostrado como una mujer y te ha arrastrado más de mil kilómetros hasta aquí, supongo que tendrá sus razones. Por eso te invito a que permanezcas con nosotros estos días. Este es el mejor momento para iniciarte en nuestra conexión con el

mundo, para convertirte en una de nosotros. Esto pondrá fin a tu sufrimiento por esa relación y a otros sufrimientos que provienen de tu cultura. Sin embargo, debo advertirte: luego de tu iniciación ya nada será lo mismo. Ya no sabrás lo que es estar sola o desamparada, pero puede que el gusto que tienes por las cosas de tu mundo se vaya marchitando, y que necesites apartarte de las personas que hoy te interesan.

Así que debes reconsiderar esto antes de dar ese paso, para estar segura de que realmente quieres traspasar esta frontera sin retorno. Si decides hacerlo, el *We Tripantu*, el tiempo del renacimiento, operará en ti una transformación tan profunda que apenas podrás reconocerte y nunca volverás a ser la misma.

Las palabras de don Ignacio la estremecieron profundamente dejando tras de sí un miedo, que, sin embargo, no iba a impedirle seguir adelante.

No sentía nostalgia alguna por abandonar los que otrora fueran sus sueños y hoy veía como espejitos de colores que sólo la habían mantenido entretenida, o, mejor dicho, distraída. Era como encontrarse frente al lugar que llevas años buscando, pero no te animas a tocar a la puerta. Allí estaba Diana.

En los últimos tiempos se daba cada vez más cuenta de que era un caparazón hueco. Nada de lo que hacía la llenaba, aún durante el tiempo que estuvo con Mauro sólo se había distraído de la falta de sentido que su vida tenía. Se sentía seca, sin dirección, con momentos aislados de placer flotando como hojas en un agua oscura cuyas profundidades desconocía. Una parte de ella sabía que necesitaba ese cambio que el hombre le proponía, sabía que era lo correcto, que hacía tiempo que esperaba esa oportunidad y eso la entusiasmaba.

—Mañana, si es que decides quedarte, te hablaré de los principios que has transgredido en tu relación, y, comenzarás a entender por qué estás sufriendo tanto. Te aseguro, niña, que todo lo que te ocurre tendrá un sentido claro —dijo con dulzura paternal.

Diana se sintió reconfortada, y, aunque estaba algo aprensiva, la curiosidad era mucho más fuerte y aquel anciano ya no le parecía tan delirante. Seguidamente, don Ignacio le dijo que, por el momento, no hablarían más y dejarían que el *Ngenechén* o *Gran Ancestro*, la impregnara y la encauzara para tomar la decisión correcta.

Esos tres días iban a ser unas vacaciones —razonó Diana—, era la primera vez en meses que se tomaba un tiempo para conectarse con ella, y ya se sentía un poco más calma.

Luego de darle indicaciones para llegar a un pueblo cercano, donde hallaría una posada y ropa adecuada para la ceremonia, el anciano la

despidió afectuosamente. Esa noche, Diana decidió caminar por el pueblo. Los aromas de los pinos, y las calles de tierra encendieron imágenes de su infancia. Había crecido en un barrio sin asfalto, con casas bajas, baldíos y campos. La naturaleza había sido parte de su cotidianidad, y, ahora, se daba cuenta de que la añoraba. Dejó que su alma, nostálgica, se cobijara en el abrazo de la noche repleta de imágenes de la niña que alguna vez fue. Durmió profundamente y, aunque no pudo recordarlo, soñó con su infancia, con sus abuelos y con sus padres.

Regresó a la aldea pasadas las diez. El lugar estaba totalmente cambiado. Habían preparado una de las chozas más grandes para la celebración que comenzaría al atardecer. Telas de colores y flores decoraban las casas, y abundantes manjares aguardaban a los invitados. Decenas de personas iban llegando. El clima era festivo, propio de un gran encuentro familiar.

Don Ignacio sonrió al verla. Con un gesto la invitó a acompañarlo hasta la roca plana en la que habían estado el día anterior. Se sentaron y permanecieron unos minutos en silencio. Finalmente, Don Ignacio inició diciendo:

—Lo que voy a explicarte quiero que lo escuches con tu mente y tu corazón abiertos. No pienses sólo en tu lazo con ese muchacho, trata de ver en qué otras áreas de tu vida te comportas de la misma forma.

Necesitarás de toda tu concentración. Voy a introducirte al Origen del equilibrio de todas las cosas, si aceptas esto puedes estar segura de que nunca te faltará nada. Ya no pasarás por situaciones extremas, absurdas como la que estás viviendo, y tu vida no se derrumbará así, de un día para el otro. Si adoptas estos principios del Admapu, será fácil ocupar tu lugar en el gran concierto y, cuando lo consigas, tu vida será sólida, radiante, llena hasta los bordes, y, al mismo tiempo, ligera. Irás deslizándote sin peso, podrás admirar el paisaje, y disfrutar de tu viaje.

Diana lo observaba con los ojos bien abiertos, como una niña que espera que le cuenten la historia más fascinante que jamás haya oído. El chamán prosiguió:

Dar y tomar son movimientos que amplían la consciencia de uno mismo y del otro. Nos ponen en contacto con nuestras necesidades y carencias, con lo inacabado, con lo no resuelto, pero también alumbran la consciencia de lo que tenemos para dar, nuestras fortalezas y talentos.

—¿Recibir es lo mismo que tomar? —preguntó Diana.

—Si bien recibir tiene el mismo efecto que tomar (en ambos casos me provee de algo), el recibir no incluye la responsabilidad de que estamos asumiendo una deuda. El recibir es un acto pasivo, parece que la acción la hiciera el otro: el que da. Por eso usamos la palabra *tomar*, porque refleja

el aspecto activo del movimiento y nos obliga a asumir el compromiso por ese acto.

Es fundamental —continuó— que todo movimiento de dar o tomar sea hecho a conciencia, de forma respetuosa, clara, y responsable. Debemos hacernos cargo de lo que tomamos y de lo que damos, sabiendo que ambos movimientos afectan al Gran Equilibrio.

Tomar puede asumir diferentes formas, pero siempre es el mismo movimiento: *Tomar*, conquistar, recibir, invadir, apropiarse, despojar, robar, destruir, someter, matar..., etc..

Y entregar, reparar, prestar, proveer, cuidar, nutrir, servir, donar, pagar, apoyar, ayudar, escuchar, enseñar, agradecer..., están emparentados con el *Dar*.

Es importante tener en cuenta que tanto *Dar* como *Tomar* no son malos ni buenos en sí. Lo que define si el movimiento tendrá consecuencias positivas o negativas es cómo se da y cómo se toma, y las condiciones en las que ocurre el intercambio. Para ello nos guían doce principios que explican cuáles situaciones rompen el equilibrio.

En relación con el “dar”, hay dos corrientes: la primera es la que nos trae la vida y viene de nuestros mayores (padres, abuelos...etc.), es como un río que fluye montaña abajo. La vida no puede retribuirse, ni el río puede volver a subir. Se trata de un regalo tan inmenso que no puede pagarse. ¿Cómo recompensarles a tus ancestros o a *Ñuke Mapu* (Madre Tierra) todo lo que nos dan? Las únicas formas de apaciguar la deuda son el reconocimiento y el agradecimiento sinceros, y el dar a esos regalos un uso digno.

La segunda corriente del dar proviene de otros afluentes enriqueciendo y aumentando lo que ya teníamos. Nos lo dan otras personas como amigos, hermanos, maestros, pareja, mentores, etc. Ellos pueden darnos cuidado, cariño, atención, conocimientos y todo lo que puede hacer que lo que ya habíamos recibido de nuestros ancestros crezca. Esto podemos (y debemos) retribuirlo.

[1] *Huinca*: (Wingca), es una denominación mapuche para los conquistadores. Significa “nuevo inca” aludiendo a los incas como pueblo invasor a ultranza. Hoy se usa para a quienes no son mapuches.

[2] En la cultura mapuche un *Pillán* es un espíritu poderoso. Son considerados grandes ancestros. Cada linaje desciende de un Pillán que los guía, protege, y, ocasionalmente, los puede castigar. El volverse Pillán tiene que ver con la grandeza en vida, con el respeto a las

leyes ancestrales y con cuánta descendencia honra su memoria.

[3] *Ngenechén*: El gran ancestro, equivalente al Creador.

Capítulo 3

Primer principio

El cuidado de la vida que nos fue dada

Somos una manifestación del *Gran Espíritu, Ngenechén* —explicó Don Ignacio—. Nuestra vida es sustancial para el *Todo*, aunque no estemos conscientes de ello. El *Gran Espíritu* no comete errores en sus cálculos. Cada uno de nosotros existe para algo y no pisa esta tierra una sola criatura que no sea necesaria del modo y talante en que fue creada. Lo que puede suceder es que ignoremos nuestro lugar en el *Todo* y eso quizás nos torne erráticos, vacilantes e infelices.

Por ejemplo, muchos mapuches quieren ser *huincas*, y vivir vidas de blancos, así acaban sintiéndose siempre inferiores y humillados. Quieren ser lo que no son. Al ansiar eso, no habitan el mundo que les pertenece (el nuestro) lo cual les daría toda su fuerza, ni pertenecen al mundo que intentan habitar: el *huinca*. Ocupar el propio lugar es lo que nos permite aprovechar al máximo nuestros dones, tener disponible toda nuestra fuerza, desplegar el arte de cada uno y recibir también la fuerza del *Todo*. Cuando reniegas de lo que eres estás rechazando a tus ancestros, tus orígenes, tu historia y la sabiduría que ellos te legaron.

Pero este malentendido no sólo ocurre con mi gente. Hoy, ignorar, rechazar, o no querer asumir el propio lugar es un mal común, una plaga que se ha diseminado a causa de la cultura *huinca*, y eso lleva al mundo a la depresión. Tratan de ser lo que no son, tratan de mostrar como si fuesen otros y así se aíslan de la fuente de la vida.

Cuando ignoramos el propósito de nuestra existencia, nosotros, los mapuches, podemos hallarlo en nuestros guías, la o el *Machi* (chamán) del *lof* (comunidad). También tenemos a los ancianos, los sabios, ancestros y el *Admapu*, que son las leyes que ordenan todo. Si te aferras a esas leyes, antes o después, descubrirás tu lugar y sentirás tu vida florecer. Pero ustedes, seres “civilizados” no poseen nada similar, no tienen una retaguardia ancestral. No tienen ancianos, sabios o espíritus para consultar. En vez de eso ¿qué hacen? Le preguntan al computador, una cosa sin ojos ni corazón. Ese es el motivo por el que están tan perdidos, porque no pueden encontrar una respuesta que tenga en cuenta a su alma.

Diana miró al chamán frunciendo el entrecejo con expresión confusa.

—No te angusties —dijo amable—, lo que por ahora debes saber es que todos estamos aquí por algo —enfaticó— y sólo siendo “nosotros mismos”, sin querer ser quienes no somos, cumpliremos con nuestra tarea dentro del formidable propósito de *Ngenechén* o *Gran espíritu*. Por ser

piezas únicas en la maquinaria perfecta tenemos el deber de cuidar de nosotros mismos y de eso habla este primer principio:

Primera sentencia

Nadie debería dar aquello que necesita para sí.

Significa que puedo dar todo lo que quiera a otros, siempre y cuando, en ese dar, no entregue cosas fundamentales para mí. No sólo para la vida física, sino también para mi vida emocional y espiritual. No debo, bajo ningún punto de vista, renunciar a las cosas que me hacen ser quien soy a fin de satisfacer a alguien más. No puedo dar todo el alimento que tengo, necesito de una parte, aunque sea pequeña, para mantenerme con vida. Como hace el corazón: impele la sangre hacia el cuerpo, pero guarda una pequeña porción para poder alimentarse y seguir cumpliendo con su tarea.

Segunda sentencia

Ninguna vida es más importante que otra.

Perjudicar una vida para que otra florezca quiebra el equilibrio de las cosas. No debemos anteponer a alguien y olvidarnos de nosotros mismos. Fíjate en la naturaleza, ninguna criatura se da en sacrificio para que otras estén mejor. Todas cuidan de su vida, incluso las plantas que regalan sus frutos a las aves lo hacen para que dispersen sus semillas, o sea que, allí no hay donación ni deterioro, sino intercambio.

—¿Cree que yo ignoré este principio?

—Así es —respondió el chamán.

—¡No entiendo por qué lo dice! —Se quejó Diana.

—Diste más, mucho más de lo que podías —dijo el hombre en tono grave—. Distes espacios que necesitabas para ti, renunciaste a tus amistades, te alejaste de todo para estar con él. Incluso, idescuidaste tu trabajo! —Diana asentía turbada—. Te vaciaste hasta perder el equilibrio, quedaste carente y ahora te sientes víctima, ¡y no lo eres!, no de él en todo caso. ¡No eres víctima de nadie más que de ti misma! —sentenció contundente—, y lo peor de todo es que, agotada, deprimida y sin balance, esperabas que ese muchacho llenara el vacío que tú misma originaste.

Diana Se sintió abrumada e irritada por los azotes de tamaña verdad. No acertaba a comprender cómo podía ser que ese indio sin educación ni

títulos tuviese una noción tan precisa de lo que ella había vivido.

—Pero dime, honestamente —continuó inexorable—: ¿Con qué iba él a llenar tus vacíos?

Diana, cercada y desprovista de argumentos supo que el hombre tenía razón, hubiera sido inútil negarlo. Esperar tanto de Mauro era insensato.

—Si tú no te pones límites en tu dar —continuó don Ignacio—, y permites que alguien te vacíe, es posible que luego hagas lo mismo con otras personas. ¿Entiendes lo que digo?

—Sí —asintió Diana avergonzada.

—Como no tienes límites, esperas que los otros tampoco los tengan. Y quizás esperes más de lo que das y termines generando repulsión y desagrado. Y, lo peor es que perderás gente valiosa. Como tú eres irresponsable en el cuidado de tus bienes, pretendes que otros te compensen por lo que tú y nadie más que tú derrochaste.

Ninguna nueva relación podrá compensar lo que otra te quitó o lo que despilfarraste. Es uno de los motivos por el que las parejas fracasan, porque se le exige pagar las cuentas que otros dejaron impagas a quien llega después. A veces, le cobramos a la pareja lo que nuestros padres no nos dieron, y en otras ocasiones les damos en exceso a los hijos, y pretendemos que otros compensen esa falta de límites nuestra. Dicen: Debes recompensarme porque yo dediqué mi vida a mis hijos.... ¿No es absurdo?

Tercera sentencia

Dar la vida por alguien es un acto que no se puede pagar.

Cuando alguien da la vida para que otro pueda vivir y crecer genera una deuda imposible de pagar. Es muy difícil tomar ese regalo, o sea, tomar la vida, aferrarse a ella, porque quien lo da está pagando un precio demasiado alto.

Cuando una madre muere en el parto, o un rescatista muere salvando a alguien, se hace muy difícil aceptar el regalo de permanecer con vida. El precio para quien sobrevive es tan alto que muchas veces han de sentirse atraídos por el destino del otro, es decir, por la muerte. Como me amas tanto que has dado la vida por mí, entonces me voy contigo. Puede ser la manera que encuentran de sosegar la angustia por la deuda y el peso de tener que hacer algo importante con sus vidas, ya que otro pagó un alto precio para que estén allí.

Pero, a decir verdad, esta sentencia no es aplicable ahora. Tú no has dado la vida por él, sólo te has descuidado a ti misma. Esto, más que altruismo, es simple negligencia. Así que no me detendré aquí.

Capítulo 4

iiiGracias por el reconocimiento!!! Aquí les dejo el capítulo de esta semana, lo adelanté porque viajaré al mágico Brasil, y no podré publicarlo.

Segundo Principio

La continuidad del ciclo

La creación es una cadena infinita de ciclos. Todo final nos lleva a un nuevo inicio. Se suceden la semilla, el árbol, el fruto, y nuevamente la semilla... Si se interrumpe esa continuidad, la vida se extingue.

Primera sentencia

Para dar es necesario haber tomado antes.

Un árbol puede dar frutos cuando la semilla de sus ancestros ha tomado suficiente fuerza de Ñuke Mapu, y se ha hecho grande. Sólo entonces comienza a ofrecernos sus frutos. O un bebé toma del cuerpo de su madre hasta estar formado, y luego mama del pecho. Después recibe cuidados porque todavía no es adulto, hasta que al fin se basta a sí mismo y está capacitado para cuidar de otros. Recién entonces puede dar.

Debemos respetar el tiempo de crecimiento de todas las criaturas, porque los árboles que nacen donde hay menos agua demoran más en dar frutos, pero, de todas formas, aunque sean pequeños han de darlos. Así también las personas que nacen en la escasez consiguen sobrevivir con lo mínimo y podrán dar menos, aunque tienen mayor consciencia de lo que es necesitar. Ellos, aunque tengan poco, darán a quien lo necesite.

Segunda sentencia

Nadie puede dar aquello que no tiene.

—Te has empeñado en recibir de una persona, que no existe más que en tu imaginación, algo que no tiene.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Diana perpleja.

—Digo que no has observado a ese muchacho. Él no es lo que tú crees o quieres que sea. ¡Es sólo un muchacho hostigado por la carencia y consentido por ti hasta el hartazgo! —decretó con dureza—, y no tiene cómo devolver siquiera la mitad de lo que le diste. No sabe nada sobre el Dar. ¿Acaso no ves que no sabe reconocer el valor de las cosas? ¿Cómo

puede alguien así valorar lo que recibe?

Él era feliz contigo, pero no se daba cuenta del valor de lo que le dabas, ni de su propia felicidad. Su carencia antigua envenenaba su mente con miedo y lo obligaba a buscar siempre más, y no podía apreciar todo lo que estaba recibiendo. Por ahora, sólo puede recibir, hasta que tenga suficiente, porque es lo que la regla dice.

Aprenderá a dar sin miedo a la falta, pero sólo cuando haya tomado de sus padres lo que necesita, o revalorizado lo que recibió para que eso se torne nutritivo y le haga sentirse pleno. Si no lo logra, deberá seguir adelante sin victimizarse y cubrir sus carencias con lo que el mundo le ofrezca. Tendrá que renunciar a lo que todavía espera de sus padres, lo cual es difícil. Perderá afectos importantes, las personas se sentirán usadas porque abusará de su cariño tomando demasiado.

Tercera sentencia

A todo tomar debe seguir un dar.

Donde se detiene el Gran Latido se perturba el equilibrio. Si tomáramos aire y no lo dejásemos salir ya no podríamos continuar el intercambio que sostiene la vida. Necesitamos vaciarnos para poder tomar nuevamente. Si ese chico no entrega algo, no podrá recibir nada nuevo. La próxima sentencia es consecuencia de esta y dice:

Cuarta sentencia

Lo que se acumula se degrada.

Cuando acumulas alimentos se ponen rancios y atraen ratas. Cuando acumulas joyas o bienes atraes ladrones.

—Fíjate —dijo don Ignacio, señalando las mesas de alimentos que las mujeres preparaban—, los manjares que compartimos en estas fiestas deben ser consumidos por los presentes. Lo que sobre se repartirá y se lo llevarán. Nada debe desperdiciarse ni acumularse.

Además, es necesario hacerle lugar a los nuevos para poder mantener el equilibrio.

Si estoy bebiendo de una fuente y llegan otros sedientos es mi deber hacerles lugar, pues yo ya bebí gracias a que los que estaban antes se fueron dejándome espacio. En vez de envenenar la fuente o impedir la llegada de otros, debo cederles espacio y seguir mi camino pues esa no es la única fuente en la vida.

Cuando un animal que marcha con su manada encuentra agua, bebe hasta saciarse. Luego se retira y permite que los otros animales se aproximen al manantial. Ese es el movimiento natural. Si todos conseguimos beber todos seremos más fuertes y la supervivencia será más factible. Los animales no tienen miedo de que el agua se acabe porque saben que el agua hoy está y mañana no, y que por más que quieran acapararla ella se escapa, se escurre. Sólo los humanos aun estando saciados pretenden alambrar la fuente.

—Es verdad, ¿qué es lo que nos lleva a hacerlo don Ignacio?

—Pues el deseo de burlar los vaivenes del gran equilibrio.

—Y ¿por qué querríamos hacer eso?

—Porque detrás de esa conducta acecha uno de los motores de las cosas más terribles que hacemos: el miedo.

—No lo entiendo.

—Nuestro miedo crea escenarios aterradores. Entonces buscamos seguridad para protegernos de lo que tememos, y suponemos que, si nos cuidamos mucho podemos estar a salvo de todo, de los ciclos naturales, de la hambruna, de la tormenta, de los terremotos y de las otras personas... Ahí puedes ver el origen del miedo.

—¿El origen del miedo? ¿A qué se refiere Don Ignacio?

El miedo se origina al olvidar que las personas, la naturaleza, los animales, es decir: todo, incluidos nosotros, somos parte de lo mismo. No piensan como hormiguero, piensan como hormigas. La ignorancia y la desconexión los hostigan y, en el afán de huir del miedo, crean obras monumentales para protegerse y eso los aísla profundizando aún más el miedo. Después se conforman en esa ilusión de que pueden estar a salvo, hasta que Ñuke Mapu muestra lo pequeños que somos frente a las leyes del Todo.

La vida es movimiento y lo obstruimos cuando burlamos las leyes naturales. Sin embargo, el Todo tiene sus formas de restablecer el equilibrio para continuar el movimiento. Por otro lado, quien acumula objetos o personas los deberá cargar sobre sus espaldas. Ocupará espacios que no podrá llenar nuevamente, ya sea en su casa, en su vida o en su mente.

Puede suceder que alguien llegue a nuestra vida sólo para compartir un breve trecho y después los caminos se aparten nuevamente. Encuentros que son como una estrella fugaz que nos conmueve iluminando nuestro cielo nocturno. Nos llenan de emoción y de cosquillas, hacen vibrar hasta

el último reducto de nuestras vidas y luego siguen su camino dejándonos algo en el alma que hace que ya no seamos más los mismos.

Si pretendes retenerlo para siempre nada bueno puede resultar. La estrella fugaz es fugaz, aunque se quede un tiempo, esa es su naturaleza. El fluir de la vida es como el de un río, si lo obstruyes irá acumulando presión hasta arrasar con lo que sea que lo intente detener. Cuanta más presión, más drásticas pueden ser las consecuencias porque, de cualquier modo, antes o después, las cosas han de continuar su discurrir normal.

Diana empezaba a vislumbrar con más claridad algunos de sus errores y esto la entristecía. Nunca sospechó que había tantas cuestiones a tener en cuenta en una relación. El chamán la miró fijamente y, como si hubiera estado leyendo su mente, dijo:

—Debes liberarlo. Él es una estrella fugaz. Déjalo ir. No es la persona que creaste en tu fantasía. Tiene limitaciones, miedos y voracidad por vivir. Quiere probar todo lo que alcance su mano. Es un niño hambriento en su primer banquete. No quiere perder nada porque ya ha perdido demasiado.

Quizás, queriendo darle lo que la vida le había negado, acabaste avasallando su dignidad y este es el tercer principio:

Capítulo 5

Tercer principio

Respetar la dignidad

Aunque nos hayan enseñado que dar es bueno, que hay que ayudar al prójimo, que la generosidad es una virtud, debemos tener en cuenta que dar es un movimiento que afecta el equilibrio. El que recibe algo no podrá permanecer como si nada hubiera pasado, deberá responder a ese movimiento generando una acción recíproca o entregando algo más a otra persona.

Primera sentencia

No des a alguien más de lo que pueda afrontar como deuda.

Diste más, ¡mucho más! de lo que el muchacho podía retribuirte —sentenció Don Ignacio—. Exclusividad, amor, respeto, cuidado, atención a tiempo completo, educación, disculpas a todos sus malos tratos, y los bienes materiales que se le antojasen... ¿Acaso crees que todo el mundo puede responder por semejante deuda? ¿Qué puede darte él a cambio para saldar las cuentas? ¡Si cualquiera pudiese retribuir tamaña donación el mundo sería otra cosa!

—No entiendo a qué se refiere, Don Ignacio.

—Cuando le das tanto a alguien, lo dejas en una posición de incapacidad, de inferioridad y de deuda. Este accionar te sitúa, de alguna forma, como dueña del otro, de su vida, y esto no es posible porque la única dueña de nuestras vidas es Ñuke Mapu, la Madre Tierra o El Todo o como quieras llamarle. Jamás puede ser nuestra dueña otra pieza del gran rompecabezas. Por ello, si intentas adueñarte de la vida de alguien generándole deudas, acabas alejando de ti a esa persona, porque le quitas la dignidad, lo esclavizas. Nadie debería estar obligado a pagar con su libertad, con su vida o con su cuerpo. Por eso, ya que él no podrá corresponderte, se alejará. Entonces te sentirás usada y él se sentirá menoscabado. En un escenario que podría ser diferente, los dos son víctimas: tú porque diste de más, y él porque ni siquiera puede disfrutar de lo que recibió y quedó en falta. Verás que, aunque hayas hecho mucho bien a su vida, y, aunque él haya dado color, intensidad y compañía a la tuya, todo se malogró. Lo echaste a perder, ahora, sólo queda el dolor por no poner límites en el dar tuyo y en el tomar de él.

—¡No entiendo por qué dice que dar es malo! —Se quejó Diana.

—¡De ningún modo he dicho eso! —terció el hombre—. Lo que estoy diciendo es que deberías haberte puesto límites en lo que dabas, porque, al no hacerlo, creaste un desnivel entre ustedes que ahora no puede repararse. Ya nunca serán pares. Y él ya no aprecia lo que viene de ti, puesto que cuando algo llega sin esfuerzo no se valoriza.

Fíjate que la misma situación ocurre con tu pueblo: tienen todas las frutas, las hierbas, la carne a un paso de distancia, y nunca advertirán lo que significa esa posibilidad. Ignoran el precio que paga *Ñuke Mapu*, no se ponen límites y al no hacerlo, tratan con descuido esos bienes preciosos.

Se quedaron un momento en silencio. La cabeza de Diana parecía que iba a explotar. Era demasiada información. Don Ignacio fue hasta una choza cercana y regresó para ofrecerle un cuenco con una infusión fresca, ácida y deliciosa.

Diana siguió reflexiva. El hombre, pensando en voz alta dijo:

—Lo que ocurre es que has sido incondicional con él —Meneó la cabeza con un gesto desaprobatorio.

—¿Y qué hay de malo en amar tanto como para ser incondicional? —Se defendió Diana irritada.

Segunda sentencia

La incondicionalidad perturba el equilibrio.

Algunos santulones creen que su amor es incondicional. Se sienten importantes, pero no es más que una fachada. Aunque exhiban generosidad y amor infinitos, eso está muy lejos de ser verdad. Ninguna criatura en el universo da sin recibir, sin una retribución o compensación, o al menos, un reconocimiento.

La incondicionalidad es una posición arrogante porque intenta demostrar que tú no necesitas nada, que lo tienes todo. No es saludable porque el mensaje es: No espero nada de ti a cambio de lo que te doy, puedo hacer esto porque soy magnánimo, y siempre estaré disponible para dar todo, sin importar lo que hagas (conmigo).

Sabemos bien —explicó Don Ignacio—, que nadie puede sostener esto, simplemente porque no podemos tenerlo todo para darlo todo. Esta incondicionalidad niega o subestima los propios límites y permite al otro recibir sin esfuerzos, sin merecer lo que toma, o sea, es una invitación al

abuso.

Diana frunció el ceño, pero antes de que pudiera articular una palabra el chamán continuó:

—El movimiento de ida y vuelta es fundamental pues nos preserva del abuso. La incondicionalidad expone al vínculo, lo transforma en una calle de un sólo sentido: sólo ida, sin vuelta, sin retorno, sin una compensación, por pequeña que sea. Esta falta de límites, esta incondicionalidad hizo que transgredieras también el cuarto principio.

Diana soltó una carcajada nerviosa.

— ¡Al parecer no se me pasó ninguno!

—Es que ustedes no tienen noción de que el *Gran Equilibrio* está presente en todas las cosas, en cada acto. Al estar todo en conexión, un pequeño movimiento, una pequeña piedra que cae en la montaña, puede provocar un derrumbe que sepulte la aldea entera.

—Bien, ¿y qué dice ese cuarto principio? —preguntó jocosa.

—Dice que todos tenemos derecho a decidir sobre nuestras vidas —replicó el anciano.

Capítulo 6

Cuarto Principio

El respeto por la libertad

El movimiento de *dar* y el de *tomar* deben suceder en plena consciencia. Con la responsabilidad completa por lo que damos y por lo que tomamos. Deben hacerse libremente, sin coacciones, sin manipulaciones. Estos movimientos no pueden ni deben ser una imposición.

Primera sentencia

No debemos obligar a alguien a aceptar lo que queremos darle o, dicho de otra forma, no podemos dar a la fuerza.

Al principio le dabas poco y le asegurabas que no necesitaba pagar nada. Luego fuiste dándole más y más. Lo presionabas para que aceptara diciéndole que no te despreciara. Después de un tiempo, fue fácil manipularlo porque estaba en deuda. Ya no pudo escapar de tu trampa.

—¿Por qué lo señala como una trampa? —cuestionó Diana.

—Porque una trampa es eso —respondió Don Ignacio—. Es un artefacto diseñado para atrapar a la presa. Cuando entras ya no puedes salir.

—¡Pero yo no quería ponerle una trampa! —. Se defendió Diana.

—Dime, honestamente —inquirió Don Ignacio—, ¿no querías retenerlo?

Diana no pudo rebatir. Había quedado más que desnuda. Por primera vez se enfrentaba con vergonzosas mezquindades que ella misma ignoraba poseer. Su mirada se retiró hacia algún oscuro rincón, el dique que retenía su llanto se desplomó. No podía sentirse peor. Ella siempre había supuesto que lo más precioso que tenía era su capacidad de amar intensamente, pero ahora, ese tesoro resultaba no ser más que una serie de tretas y artimañas para atrapar a una presa indefensa.

—Y ¿qué se supone que debería haber hecho? —apeló Diana, turbada.

—¿Deberías haber hecho? —enfaticó Don Ignacio—: Nada. No te tortures. No sirve intentar cambiar el pasado. Creo que no hubieras podido hacer otra cosa, pues Nadie puede dar lo que no tiene, ¿recuerdas?

De ahora en más podrás detenerte a tiempo para no arruinar futuras relaciones. En esta, fuiste igual que los usureros, incluso pagando, la deuda del muchacho era cada vez mayor. Más se quedaba, más recibía,

más difícil era irse, hasta que llegó a ser tu esclavo, a sentir que siempre tenía que hacer lo que tu querías porque no se sentía con derecho de contradecirte. No estaba en pie de igualdad.

Alguien que recibió en exceso puede (y debería) negarse a seguir tomando de la misma persona.

Es el caso del muchacho. Él no se negó y su deuda siguió creciendo. Por eso prefiere alejarse y tomar de cualquier otro lado. El mundo está lleno de posibilidades y encontrará innumerables fuentes para nutrirse.

Debemos respetar el derecho del otro de no querer aumentar su deuda. Por mucho que nos desagrade, y por muy convencidos que estemos de qué es mejor para el otro, debemos dar un paso al costado y renunciar a tiempo para no arrebatarse su libertad.

En ocasiones, queremos dar a la fuerza algo que valoramos, pero el destinatario no quiere aceptarlo. ¿Qué haremos entonces? Pues no podemos imponerle al otro lo que toma. Debemos respetar su libertad, aun estando convencidos de que se equivoca. Obligar a alguien a recibir o manipularlo para que acepte es no respetar su derecho a elegir. En ese caso no sería dar, sino quitar, por más que se disfrace de lo contrario.

Segunda Sentencia

No debes exigir al otro una retribución específica por lo que le has dado, esto no es dar: es invertir.

Querías que te diera lo mismo que le diste, y él, como te dije, te ofreció otras cosas. Quizás no eran tan valiosas para ti porque esperabas siempre algo más, y no apreciabas lo que te ofrecía. Cuando le pedías algo determinado: que te amase, por ejemplo, entonces tiranizabas su alma, lo exhortabas a que diera lo que nunca tuvo.

—Bueno, es que a mí me educaron para corresponder el buen trato con buen trato —dijo Diana justificándose.

—Bien. ¡O sea que te enseñaron que tú eres la medida de todas las cosas! —ironizó el chamán, y continuó—: He oído a muchos de ustedes decir: *Si yo lo hago así, ¿por qué él no puede hacerlo de la misma forma?*

Sin embargo, el puma no se enfurece porque el árbol no se comporta como un puma, la montaña no se queja porque el lago no hace igual que ella, y eso se debe a que todos fuimos creados diferentes porque cumplimos papeles diferentes. El *Gran Espíritu* no nos ha hecho a todos iguales. Si lo fuéramos, no tendríamos nada que tomar o que aprender del otro. Son las diferencias las que nos enseñan y nutren, y, lamentablemente, son, de todo, lo que más nos cuesta aceptar.

Suponemos que el otro es igual, pero se comporta diferente para provocarnos. Pues no —dijo terminante—. No es así. Cada uno es único, y se comporta de la forma en que puede hacerlo según su historia, su cometido, y su lugar en *el Todo*.

El único problema con el otro es que es otro, y eso quiere decir que no pensará ni actuará como yo. Por eso no debes exigirle a tu muchacho que te devuelva lo mismo que le diste: fidelidad, dedicación, generosidad, idolatría... Cuando damos algo debemos quedarnos abiertos a lo que vuelva como retribución. Todo intercambio suma cuando recibo algo que yo no tenía, y si doy algo que el otro no tiene. Esto da sentido a las relaciones. Enriquece a ambos, mueve al universo y nutre la vida. Esa es la razón por la que los diferentes se atraen, por eso existe la complementariedad en las cosas, pues, si no fuera de ese modo, todo estaría fragmentado y no habría atracción, no habría empuje hacia el crecimiento, hacia la totalidad.

—Entonces rompí el equilibrio —se recriminó Diana.

—Es lo que hiciste —declaró contundente Don Ignacio, y agregó—: Para que una relación pueda continuar tiene que haber un equilibrio entre lo que damos al otro y lo que tomamos de él.

Cuando le dabas no te importó que él no podía devolverte. No te detuviste. Querías ganar poder sobre él a través de la deuda, y eso no es un juego limpio. Estabas transgrediendo el principio del respeto por la libertad.

Tercera sentencia

No podemos obligar a alguien a que nos dé.

Tomar a la fuerza es robar. Si bien no le pusiste un arma apuntándole, querías que él realizara tus anhelos y lo asediabas endeudándolo. Este principio dice que nada debe ser hecho a la fuerza, y esto vale tanto para el dar como para el tomar. El hecho de que decidamos dar algo a alguien no implica que el otro pueda ser obligado a compensar.

Por ejemplo: robarle a alguien que tomó lo que no le correspondía no pone las cosas en orden. Para restaurar el orden el movimiento de compensación tendría que surgir libremente desde dentro. Esto es, que quien tomó devuelva o compense. No sirve si es una imposición; por eso el castigo jamás equilibra las cosas. Debería ser quien robó quien tome la iniciativa de reparación, sin imposiciones ni amenazas. Cuando el dar no se hace naturalmente no tiene valor de dar. Ninguno de los dos logra la paz de esa forma: la persona despojada, aunque pierda ese objeto, no lo suelta, esto crea una fuerza que, si bien no hará que vuelva a su dueño,

tampoco permitirá que quien lo robó disfrute del botín.

La justicia impuesta no equilibra ningún desorden, a menos que haya una toma de consciencia y un sincero deseo de reparación. Pero, en ese caso, no sería necesario imponer nada, ¿verdad?

Capítulo 7

Quinto principio

Sobre el valor de las cosas

Para cuidar del equilibrio es necesario conocer el valor de cada cosa; no en dinero porque eso no es valor, sino en otras formas como su historia, qué tan escaso o único es, el esfuerzo y tiempo que demandó construirlo o conseguirlo.

El valor debe ser considerado de forma ecuánime en ambas direcciones, o sea: debe valorizarse adecuadamente tanto lo que tomo del mundo como lo que doy.

Cuando recibimos algo grande y no podemos compensar en la misma magnitud se crea una asimetría. Las asimetrías quebrantan el equilibrio. La manera de sosegar los efectos tóxicos de ese desbalance es *agradecer* y reconocer lo recibido.

Por ejemplo: ¿cómo podríamos retribuirle a *Ñuke Mapu* lo que ella nos da? Es imposible desde todo punto de vista. Por esa razón dedicamos estos días del *We Tripantu* y otros más cada año para agradecer a nuestra *Madre Tierra*, a los antepasados y a los espíritus que nos guían todo lo que nos han dado. Tratamos lo que hemos recibido como tesoros sagrados, es una forma de compensar esa enorme deuda.

Primera sentencia

Desvalorizar lo que hemos recibido no disminuye la deuda.

Algunas personas, en vez de agradecer, quieren que su deuda parezca menor restándole valor a lo recibido, como hizo tu muchacho desde el comienzo.

El otro día, un aldeano que poco sabe de caza decía que la presa que había atrapado su hermano era muy pequeña, y que sólo cazaba animales que no presentan ningún desafío. Fíjate: le quitaba valor para que no se note lo poco que él colabora con el *Lof*[1]. Esa gente que quiere rehuir sus compromisos restándole valor a lo que los otros ofrecen no andan un buen camino. Critican a los otros para que no se note el peso que ellos representan para el clan al que pertenecen. Sin embargo, una parte de ellos, tanto este *Peñi* (hermano) como tu muchacho, conocen exactamente la magnitud de sus deudas, y eso los angustia.

No pueden aceptar con alegría lo recibido y disfrutarlo, y tampoco pueden renunciar a ello y devolverlo. Al desvalorizar lo que se les da, sólo dejan las cosas mucho peor de lo que estaban. Quien les haya dado algo sentirá que fue un desperdicio porque ellos no reconocen el valor ni tampoco agradecen. Con el tiempo los que les daban ya no seguirán dándoles y comenzarán a perder su conexión con otros, serán cada vez más vulnerables.

—Pero, si ese hombre no sabe cazar ¿no estaría siempre en deuda?

—No. Pues no es necesario retribuir exactamente lo mismo que se recibió. Cada uno tiene algo diferente para dar, si no fuera así no habría intercambio. De hecho, en vez de desvalorizar podría haber acompañado a su hermano para cargar las presas, o ayudarle a llevar las flechas, o el agua; así el mérito por la caza hubiera sido de ambos.

Segunda sentencia

Desvalorizar algo nos impide aprovecharlo al máximo.

Al restarle valor, lo que recibimos pierde sentido y utilidad. Y cuando cobramos mucho más de lo que algo vale timando de alguna forma al otro, tendremos que compensar más tarde el desbalance.

Cuando mediante una estratagema, por ejemplo, pagamos menos de lo que algo vale, creamos un movimiento restrictivo por el cual no podremos sacarle todo el provecho que daría si hubiésemos pagado su verdadero valor. Lo que cuesta vale, dicen, y en este caso es verdad. Si algo costó, por ejemplo, una vida para conseguirlo esto lo hace valer mucho más.

Tu muchacho se empequeñece a sí mismo con su conducta, pues, al desvalorizar lo recibido, parece que nada le bastara, es desagradecido e incapaz de reconocer. Eso le quita la oportunidad de aprovechar su regalo al máximo, porque sólo tiene acceso al equivalente de lo que dio, y nada más. El resto quedará inaccesible para él.

Tercera Sentencia

La importancia de valorizar lo que se da.

Con frecuencia, no valorizamos adecuadamente lo que tenemos para dar, y el riesgo es que provoquemos un desequilibrio dando de más. Como los niños que no conocen el valor del dinero y pueden pagar mil pesos por un caramelo. Si el otro no es honesto, puede aprovecharse de la ingenuidad de quien ignora el valor de lo que está dando.

En un momento, tú notaste que el muchacho no valorizaba lo que recibía, y, en lugar de detenerte, de dejar de darle, fuiste por el camino opuesto:

pensaste que lo que dabas no valía nada. Y ¿qué hiciste entonces?
¡Aumentaste la apuesta hasta ofrecerle un *amor incondicional*! Lo cual es de lo más tóxico para un vínculo. En ese momento, ni tú ni él valoraban lo que estabas dando.

—¿Cómo saber cuándo uno cruzó la línea? —preguntó Diana.

—No es fácil. Tiene que ver con valorizar lo que das. No debes regalarlo a cambio de nada. Es parte del cuidado de uno mismo y del *Gran Equilibrio* y eso se aprende desde niños.

Cuarta sentencia

Recibir como regalo lo que podríamos (deberíamos) conquistar, hace que el conquistador que hay en nosotros nunca despierte.

Por ejemplo, si le das de comer a alguien, esa persona debe saber que la caza no llegó sola a la mesa, que hubo un esfuerzo y una muerte para darle esa comida. Debe aprender a esforzarse para obtener su propio sustento. Si siempre nos regalan las cosas, acabaremos por no darles valor, y no aprenderemos lo que es luchar por algo hasta conseguirlo. Ignoraremos cómo se siente volver a casa con la comida para los nuestros.

No debiste darle acceso a cosas que él mismo no conquistó, pues ahora percibe que él no fue capaz de construir eso por sí mismo, y nunca tendrá la certeza de lo que hubiera podido hacer si hubiese tenido la oportunidad.

Sus padres no confirmaron sus talentos y tú tampoco lo hiciste, ya que le diste todo hecho y listo para su uso. Le conseguiste el trabajo, su casa, la ropa, ¡hasta sus juguetes! Es decir que profundizaste aún más su sentido de incompetencia. ¡Lo echaste a perder!

Si era necesario dormir a la intemperie o en un cuarto húmedo, ése era su aprendizaje. Era su incentivo, su desafío y su conquista. Si era necesario lavar copas toda su vida, ése era su camino para ser un hombre o un maestro. Pero tú, al intervenir, creaste una perturbación en su mundo, y por eso ahora te ataca. Intenta quitarte lo mismo que le quitaste al darle todo: *el derecho de ser el autor de su propia vida.*

Quinta sentencia

No debemos dar sin que nos pidan.

No deberías haber dado lo que no pidió, y en caso de que lo hubiera hecho, darle sólo lo que él podía devolver sin involucrar su libertad. Entonces hubiera podido quedarse a tu lado por elección y no por deuda.

Ahora las cosas están mal, porque él ha perdido su dignidad frente a ti. Él no tomará la ofrenda de tu amor. Lo desperdiciará y se limpiará los pies en él, sólo para mostrarte que no soporta su deuda, que echaste a perder su desafío y ahora no puede probar que *él lo hubiera podido hacer* como tú lo hiciste en su momento.

—Y ¿qué puedo hacer para subsanar eso? —preguntó Diana turbada.

—Pues nada. Ahora, lo único que puedes hacer es renunciar a toda compensación por lo que diste —respondió el hombre—, y quedarte en tu vacío. Como hacen las empresas, anota esto en la cuenta de pérdidas y déjalo ya, déjalo buscar nuevos desafíos y no lo asistas más. No tienes derecho a seguir arrebatándole sus éxitos.

—Nunca pensé que le estaba quitando algo, ahora lo entiendo —reflexionó Diana—. Recuerdo la confianza que me dio conseguir mi primer empleo, no era bueno, pero me sentía orgullosa y adulta. Entiendo por qué dice que darle tanto a alguien es dañarlo. Jamás me lo habían mostrado de esa forma. En mi cultura yo sería la víctima y él sería el malvado. Eso es lo que mis amigas decían. Ellas lo ponían como villano y no me ayudaban en nada a lidiar con todo esto.

—Tu pueblo está loco —aseveró preocupado Don Ignacio—. Tú creías que eso que hacías era ayudar al otro, pero esa es sólo una distorsión pequeña, hay otras mucho peores.

Parece que nada de lo que reciben es suficiente. Tienen un empleo que les gusta, y aun así lo dejan por más dinero... ¡Absurdo! Siempre están con prisa, buscando ivaya a saber qué cosa!, porque ini ustedes lo saben! Siempre están quejándose, nada les basta, ni del mundo, ni de las otras personas... esperan más. Si alguien está satisfecho dicen que es mediocre o que no tiene ambición. Discuten, ipelean, inclusive con la realidad! Tienen mucho más de lo que necesitan, sin embargo, se los nota insatisfechos, malhumorados. Acaparan cosas que no usan, juntan más y más conocimientos, objetos, dinero. Quieren tener cerca a los otros y no les dedican atención, y icómo lloran cuando ya no están! Lo quieren todo, y no están dispuestos a dar en la medida en que piden. Acumulan cosas y, como sucede con el agua estancada, lo que juntan se pone hediondo y ya no les sirve ni a ustedes ni a otros.

A veces pienso que lo único que podría unirlos es una amenaza externa, si tuvieran que protegerse de pumas, perros, serpientes, o de un cataclismo, supongo que no tendrían tiempo para pelear entre ustedes. Aunque, conociéndolos, si lo pienso una vez más: seguramente empezarán a echarse culpas en vez de ayudarse, y esa sería su ruina.

No tienen noción de que son parte de una trama gigantesca y lo que hacen nos daña a todos: contaminan el agua sólo para tener un poco de

metal brillante, matan árboles que necesitaron siglos para crecer, abren las entrañas de la tierra para sacar sus vísceras, y no se dan cuenta de que su accionar es la locura misma porque eso nos matará a todos un día. Lo curioso es que esta actitud torna sus vidas miserables. Y ¿qué hacen?, en vez de reflexionar para buscar un cambio, doblan la apuesta y se esfuerzan más, trabajan más y toman remedios para estar contentos con esas vidas miserables que se construyen. ¡Dime si eso no es locura!

Diana estaba abrumada. Cada cosa que había dicho Don Ignacio describía lo que ella siempre había pensado. El éxito de tener mucho es un gran engaño. La felicidad no está en la acumulación ni en vencer al otro. No es el individualismo lo que nos lleva a la plenitud. Visto desde la perspectiva de Don Ignacio, estamos en una especie de laberinto que nosotros mismos hemos construido, donde pasamos la vida buscando algo que no está allí —pensó Diana.

Ella siempre supuso que tener dinero le permitiría trabajar menos y hacer cosas que le gustasen, nunca había pensado que podía hacer esas cosas y el dinero igual llegaría. La gente tendría mucho más retorno económico si se dedicara a hacer lo que ama pues lo que amamos siempre tiene que ver con aquello para lo que fuimos creados. Ocupar nuestro lugar en el gran concierto será sin duda la opción más provechosa desde todo punto de vista; y también los que nos hará más felices y plenos.

[1]Lof: es una comunidad mapuche o grupo de familias vinculadas por un ancestro común que comparten un territorio y suelen responder a una autoridad o Lonco (cacique).

Capítulo 8

¡Gente querida! ¡perdón por la demora!! Estuve terminando la continuación de esta novela, ahora en fase de corrección. Ya sabrán. Vamos con el siguiente capítulo, ¡Gracias por las buenas calificaciones y los me gusta!

Sexto principio

Ubuntu: Lo que hago a otros me lo hago a mí mismo[1]

En el *We Tripantu* (nuevo ciclo), una fuerza llamada *Newen* (la fuerza de la vida), vibrante y poderosa, nos hace conscientes a hombres y mujeres de que somos hermanos, no sólo entre nosotros, sino de cada entidad que nos rodea. El *Newen* nos hace uno.

Primera sentencia

Quien toma más de lo que necesita deja a otros sin nada.

Como te dije antes —explicó Don Ignacio—, no podemos matar a todos los animales si queremos que el año siguiente haya comida. Además, no es sólo mi clan el que se alimenta de esos animales, también otras tribus y criaturas como los pumas, los zorros y los buitres. Por eso, cuando tomamos algo del mundo, debemos hacerlo de la forma más sutil y menos destructiva que sea posible, tratando siempre de dejar las cosas igual o mejor de lo que las encontramos. Nunca desvalorizar lo que tomamos o ignorar el daño que hacemos. Si hubo una merma en el *Todo*, que de alguna forma haya una compensación.

Imagina que todos estamos bajo una enorme manta, y, cuando uno jala de su lado, en la otra punta alguien se queda sin abrigo. Todo está conectado. La *Madre Tierra* nos da lo que necesitamos, ni más ni menos. Desgraciadamente, al existir personas que toman de más, muchos quedan desprovistos. Cuando alguien se enriquece a costa de la miseria de otros o, por ejemplo, valiéndose de artimañas cobra mucho más de lo que algo vale, crea un desequilibrio y, antes o después, habrá consecuencias. A veces, los favorecidos perderán algo importante para ellos y no podrán disfrutar de todo lo que acaparan, por mucho que sea. Se trata de gente insensible que no ve la conexión con los demás. Cuando talan un árbol milenario, quien está conectado con *el Todo*, lo vive en carne propia: como si estuvieran serruchando sus huesos.

Cuando cazas y sabes que hay otros con hambre, no puedes disfrutar de tu caza si no la compartes. ¿Cómo logran ellos estar felices sabiendo que hay tantos hermanos, hijos de la tierra, que no lo son? Y peor aún, ¿cómo

logran estar contentos despojando y haciendo infelices a otros con su accionar? ¿Sabes cuál es la respuesta?: Simplemente no lo logran.

Sus vidas están sitiadas por objetos brillantes y por personas que quieren sacar provecho de ellos, porque atraen lo que emanan. Saben que llegará la hora en que tendrán que pagar su deuda, pero en su rudimentaria consciencia creen que protegiéndose de los robos será suficiente para burlar su responsabilidad. Mientras tanto, a más seguridad, menos libertad, así se van tornando esclavos y no se dan cuenta de que están pagando en vida lo que hacen, pues nunca pueden saber si, quien los acompaña, está por miedo, por cariño, o porque obtendrá beneficios. Soledad triste la de saber que quien está contigo no lo hace por quién eres.

Segunda sentencia

Quien toma algo que no ganó por sí mismo está condenado a no disfrutarlo o a perderlo.

Tu muchacho —continuó Don Ignacio— siempre temerá perder lo que tiene, pues sabe que no se lo ganó con su esfuerzo. El temor es mayor porque, al no haberlo logrado él mismo, cree que, en caso de perderlo, no lo podrá recuperar. Quien ha construido su casa sabe que si se quemase puede volver a levantarla. En cambio, quien ha recibido todo como regalo, sin esfuerzo, no será capaz de volver a construirla si lo necesitara. Por eso se aferra desesperadamente a las cosas y eso le trae dolor.

Cada vez que alguien toma algo, de la *Gran Trama*, crea un movimiento en *el Todo*, y ese acto provoca una reacción en el mundo y una consciencia de deuda en la persona que tomó. No se puede salir de ese atolladero si, antes o después, no se compensa la deuda.

—Y entonces ¿qué me cabe esperar? —preguntó Diana en un suspiro lastimoso.

—Él no podrá erradicarte. Estés o no a su lado seguirás en su vida. No tienes cómo desaparecer porque ya eres parte crucial de su historia: tú has sido su encrucijada. Marcaste una diferencia al cambiar su destino para bien y para mal y no hay remedio para eso. Ahora sólo puedes dejarlo en paz. ¡Y no sigas esperando que él resuelva tu vacío! ¡Ése vacío no es responsabilidad de él, sino tuya! De aquí en más, intenta llenar tu vida con algo nuevo, y recuerda esto: puedes entregarlo todo sin vaciarte porque tienes lo que te dan tus ancestros, pero, si cuando das, lo haces esperando que el otro te llene luego, entonces sólo sentirás vacío.

Como te dije —continuó el hombre—, *el Todo* equilibra las cosas, y nuestra alma sabe que, si tomó sin merecer, o si ha tirado de la manta dejando a alguien sin abrigo, en algún momento habrá que responder por

ello.

Tercera sentencia

Quien ha privado a otros de algo fundamental un día deberá entregar un bienpreciado como compensación.

— ¿Algo como el pecado y castigo? —preguntó Diana.

—No exactamente —respondió Don Ignacio—, no se trata de castigos, sino de acciones y sus consecuencias o reacciones, en última instancia es nada más que el equilibrio entre el dar y el tomar. Tomaste algo muy valioso, pagarás tu cuenta de forma acorde a lo que tomaste, ya sea que lo valores o no.

—No entiendo, ¿es que alguien lleva la cuenta de lo que cada uno hace?

—Cada uno escribe sus propias cuentas en la *gran trama*, y luego debe habérselas con esos números de los cuales no podrá echarle la culpa a nadie más —dijo con serenidad, y continuó Don Ignacio: En la trama infinita, cuando mueves un nudo, generas reacciones, ecos, que se esparcen y regresan a ti. A veces vuelven débiles y otras veces llegan con más fuerza que la que tenían en su origen. Esos movimientos que vuelven como ecos de tus actos te afectarán directamente, sea positiva o negativamente. Pueden demorar tanto en volver que ya no te encuentren, entonces irán contra tu descendencia.

Diana se quedó mirándolo turbada.

—¿Está diciendo que nuestros hijos pagarán por el daño que hagamos?
¡Eso es siniestro!

—Eso mismo estoy diciendo. Aunque no siempre es así, eso es lo que ocurre cuando no dejas tus cuentas en orden.

El ceño fruncido de Diana demostraba su perplejidad frente a esa aseveración.

—Te explicaré: cuando arrojas algo destructivo hacia la Gran Trama digamos, contra la humanidad, lo primero que suele ocurrir es una reacción inmediata para detener ese daño. Como si una señal se encendiera para avisarte que pares con lo que estás haciendo.

Vamos a suponer que eres una empresaria dueña de una papelería y planeas destruir un bosque para hacer papel y hacer mucho dinero, que también es papel... ¡ja, ja, ja! —. Se rio de su propio ejemplo y de lo

absurdo de talar un árbol para pintar esos papelitos.

Bien, pues allí estás, lista para comunicar lo que pensaste al directorio y enviar las máquinas al área que vas a talar. Apenas aparece tu idea ya la capta *El Todo* y te dará un mensaje para disuadirte.

—¡No entiendo cómo es que me va a mandar un mensaje *el Todo*!

—Bueno, pues ciertamente no usará tu teléfono celular para eso, o si... quizás haga que te lo roben, o lo pierdas en una visita al bosque. ¿Entiendes?

—No.

—Pues te enviará señales de todo tipo. De pronto alguien que tú estimas y valoras vendrá a hablarte de los inconvenientes de hacerlo, o bien aparecerá un artículo en tu pantalla explicándote sobre el impacto ambiental de ciertas industrias, o quizás los operarios que debieran hacer el talado entren en huelga, o alguno se accidente gravemente... todas formas que tiene el *Todo* de enviar un mensaje. Sin embargo, cuando la persona es insensible, o cuando no entra en razón; cuando insiste en su accionar a pesar de señales y advertencias, el movimiento destructivo llegará al *Todo* y su alcance o sus consecuencias ya se vuelven difíciles de prever.

—Pero, don Ignacio, ¿por qué deben pagar los hijos? ¿Qué tienen ellos que ver?

—Tienen mucho que ver porque son tu continuación. Por muy tiernos que sean tus sentimientos, y por muy inocentes que puedan parecerte ellos, es adecuado que ellos realicen la reparación que tú no pudiste realizar. Ellos serán los encargados de hacer el cambio de consciencia aprendiendo las cosas que tú no pudiste enseñarles para poder contrarrestar el movimiento que lanzaste hacia la *Gran Trama*.

En el momento en que hiciste ese daño, lo más posible es que hayas ignorado su dimensión, y que lo que hacías tendría consecuencias, y seguramente eso lo aprendieron tus hijos de ti. Si ese eco no volviera sobre ellos, podrían repetir el daño una y otra vez, sin límite.

Lo que suele ocurrir es lo contrario, es decir que los hijos, por el solo hecho de nacer en una familia donde hubo una gran fractura del equilibrio, espontáneamente enfocan su vida en la reparación. Así es frecuente que en familias de genocidas surjan defensores de los derechos humanos, o en las familias de millonarios surjan descendientes que no se interesen por el dinero. Las nuevas generaciones siempre intentan reparar los daños de

sus antecesores, aun al costo de entregar su propia vida.

Debes entender que *el Todo* es un ser vivo, y que cada movimiento nuestro lo afecta, por lo cual, se defiende de lo nocivo y acepta lo provechoso, buscando así su equilibrio, su bien.

Si le das algo dañino, responderá defendiéndose, expulsándote o confinándote, al igual que lo hace el cuerpo con una infección: supura, mata al microbio y lo expulsa.

—¿Cómo sucede esa defensa en *el Todo*?

—De muchas formas. Puede ser que las personas en torno a ti se alejen, te ataquen, te rechacen, o que no recibas más su apoyo.

Puede ser que todo lo que emprendas se frustre, se quede interrumpido, porque lo que hacemos generalmente involucra al medio, a otros. Desde lo más elemental, como plantar una semilla, necesitamos tener la colaboración del *Todo* para tener éxito. Cuando cada cosa que intentes fracase, tu ánimo irá decayendo, perderás tu confianza, tu fuerza y junto con ella tu poder para hacer más daño.

Otras veces, si vives en nuestro mundo, los animales pueden atacarte, los lugares dañarte o tal vez tengas reiterados accidentes. Como quiera que sea, te irás quedando sola, débil e insegura, y tu vida estará en riesgo, pues todo nuestro poder viene de la Gran Trama. Para quien está desconectado del *Todo* es imposible anticipar estos efectos y protegerse; la decadencia o la muerte sobrevendrán.

—Usted dijo que quien no está en conexión con *el Todo* no puede anticipar su fin. Dígame, Don Ignacio, quien está conectado ¿sabe cuándo va a morir?

—De algún modo sabe que está en peligro, porque es consciente de que quebró el equilibrio y de las consecuencias de haberlo hecho. Por eso, debe intentar una reparación o una compensación tan pronto como sea posible.

En las tribus antiguas, cuando uno de ellos había quebrado el equilibrio, sabiendo que tendrían que pagar ese error, se apresuraban a ofrecer un sacrificio u ofrenda. Así mostraban a los dioses que eran conscientes de que se habían equivocado y querían reparar su error ofreciendo algo valioso como compensación.

Una vez, en los tiempos de mi abuelo, un clan consiguió armas de blancos, y sometieron a dos clanes vecinos despojándolos de sus provisiones. Todo hijo de la tierra sabe que la caza no dura todo el año, por eso salamos y ahumamos la carne, para disponer de ella cuando la

necesitemos. Al principio, se hicieron de abundante comida, parecía que todos los de ese clan iban a tener un invierno mejor, pero, sin saber cómo, el único hijo del cacique encontró una de esas armas y, jugando, se voló la cabeza. El cacique encontró los pedazos de su hijo por toda la choza.

Don Ignacio se quedó mirándola en silencio como esperando un comentario.

—¿No pudo haber sido casualidad? —preguntó Diana.

El indio sonrió sin responder.

—¿Por qué me mira así? —inquirió.

—Tu cultura no percibe las conexiones entre actos y destinos. Ya te lo expliqué antes, por eso están quebrando el equilibrio climático y energético del mundo. Para nosotros es muy claro: lo que sucede es el resultado de las acciones de uno o de todos combinadas. Si lo que llega es malo se debe a que hubo alguna perturbación del orden. ¿Qué hacemos? Pues ante ese error, celebramos complejos rituales para disculparnos con el *Gran Espíritu* y para disminuir las consecuencias de nuestra idiotez y, obviamente, en el futuro no incurriremos en el mismo error.

Por eso, cuando matamos a una presa lo hacemos conscientes de que un día también nosotros estaremos en ese lugar, también seremos presa de nuestra propia muerte y ella nos mirará a los ojos en nuestro último instante, como mira el cazador a su presa.

Aquel cacique sabía que había roto el equilibrio —continuó don Ignacio—, y sabía también que el precio que pagó era justo. Para disminuir el daño en las generaciones futuras arrojó las armas al río, y entregó todas sus reservas de comida a los clanes que había despojado. Aquel año fue el más difícil para ellos, pero sobrevivieron ayudados por otros clanes.

—¿Cómo puede una persona perversa, que no observa los principios, llegar a cacique?

—Es que no era así. El cacique no lo había hecho de pura maldad. Lo hizo porque tenía un miedo en su alma.

—No lo entiendo —dijo Diana.

—Sucede que, cuando el cacique era niño, hubo una gran sequía —explicó el indio—, y eso alejó a los animales y dificultó los cultivos. Vivieron una hambruna y la madre del cacique falleció, pues lo estaba amamantando y, quizás a causa de ello, se debilitó. Este cacique no lo sabía, pero, al igual que tu muchacho, llevaba la “marca de la carencia” en su alma. Seguía

queriendo salvar a su madre. Por mucha comida que robase ella ya había muerto. En el fondo lo hostigaba la culpa porque suponía que ella se había debilitado por darle el pecho. Su alma no estaba en paz por el hecho de haber recibido la vida a un precio excesivamente alto. Sentía que él la había matado. El cacique no pudo entender que la madre no dio la vida por él. Ella no se había puesto delante de un puma para salvarlo, sino que simplemente hizo lo que toda madre hace, amamantó a su hijo. Si él hubiese podido hablar con su madre, su locura se hubiera apaciguado. Ella le hubiese explicado que fue su decisión, y que él era sólo un bebé inocente. Entonces la marca se hubiera serenado. Así es la marca de la carencia.

—¿Qué significa eso?

—Tiene que ver con lo que ha sucedido antes, lo que azotó a tus ancestros. Es tu pasado familiar.

[1] Esta noción proviene de África la palabra Ubuntu alude a la unidad y a la interdependencia. No tiene una traducción exacta, pero sería algo como: Yo soy porque tú eres. Implica que lo que le hacemos a otros nos afecta a nosotros también.

Capítulo 9

Séptimo principio

La historia

Primera sentencia

Las viejas marcas de carencias pueden traer voracidad en el tomar e insatisfacción con lo que se obtiene.

Cuando naces en una familia en la que hay una historia de carencias, llevas contigo el hambre de todos tus ancestros. No sólo me refiero al alimento (que también vale), sino a la necesidad de bienes materiales o, a veces, de ser reconocidos y respetados.

La marca de la carencia es una alerta que pasa de una generación a otra y obliga a poner una atención especial donde sucedió la carencia. Como un faro que alerta a los viajeros para que no choquen, esa marca apunta a un antiguo hecho traumático. De ese modo, los que sufrieron una calamidad, previenen a su descendencia para que se cuiden de esa amenaza.

Esa marca puede hacer que las nuevas generaciones tengan respuestas excesivas a determinados hechos. Por ejemplo, puede hacerlos exageradamente ahorrativos, incluso hacer que una persona se torne mezquina por temor a quedarse sin nada. Debido a esto, vivirá tomando todo lo que pueda, sin importarle si a los demás les queda poco o les causa dolor, y tratará de economizar hasta un punto en que no disfrutará de lo que consiga.

Ese muchacho ha de sufrir mucho por no darse cuenta de que lleva esa marca. Es obvio que tomó de ti vorazmente, y tus reclamos sólo lo alejaron, pues al pedirle, ponías en evidencia su carencia y su dolor. Él tomará tanto como pueda. Nunca se sentirá satisfecho ni seguro, aun teniendo mucho, porque lo persigue un miedo que no proviene de su presente, por lo tanto, no puede combatirlo en el hoy.

Hasta que no arregle las cosas con sus ancestros sentirá el acecho de la carencia.

—Pero ¿cómo puede alguien arreglar las cosas con sus ancestros si ya están muertos?

—La muerte no es lo mismo para nosotros que para ustedes. Nuestros ancestros nos acompañan y nos guían siempre, vivos o muertos. Pueden presentarse en sueños, valerse de señales a través de animales, personas o de objetos. Las *Machis* saben consultar no sólo a sus ancestros, sino también al *Ngenechén*. Generalmente, durante el *We Tripantu* se

comunican con nosotros y nos ayudan.

Cuando una persona muere su sangre sigue viva en las venas de su descendencia y susurra desde allí. Su espíritu sigue habitando el alma familiar, que, a su vez, es parte del *Gran Espíritu*.

Ustedes, a diferencia de nosotros, lo tienen difícil, al no sentir la conexión con los antepasados se quedan solos y perdidos. Cuando transforman, como ustedes lo hacen, la muerte en un final, pierden la oportunidad de recibir toda la sabiduría que los ancestros no pudieron transmitirles en vida. Se quedan con un pequeño bocado de conocimiento y no siguen tomando de ellos lo mucho que tendrían para dar. Por si fuera poco, ni siquiera se nutren de los vivos. Para ustedes, los ancianos, son personas que estorban, para nosotros son fuente de sabiduría. Un tesoro invaluable, tanto antes como después de la muerte.

Capítulo 10

Octavo principio

El cuidado del Todo

Somos parte de lo magnánimo de donde tomamos lo que nuestra vida necesita y debemos compensar lo que tomamos devolviendo algo más. Cuidar el Todo es cuidar de nuestra casa, es cuidar de las fuentes de las que abrevamos la vida.

Primera sentencia

La destrucción es una forma de apropiación que no reconoce haber tomado.

Destruir es la peor forma de tomar porque lo que se toma no se aprovecha ni nutre a nadie, pero igual genera una deuda. Cada vez que queman un bosque, no importa que no usen el calor o la madera, están tomando y tendrán que compensar al *Todo* por ello. La falta de consciencia no los exime de la responsabilidad, aunque no la reconozcan cargan con una deuda que los hará enfrentar cataclismos cada vez peores. El hambre, las enfermedades, la tristeza, la locura, la falta de sentido son algunas de las consecuencias con las que ya están pagando sus excesos. No tienen noción de lo que matan y destruyen porque no están allí presentes en el momento en que toman lo que toman.

—No entiendo a qué se refiere.

—Ustedes, como te he dicho, no cazan su comida. Si lo hicieran se percatarían de que están matando a un ser vivo para poder comer y comprenderían el precio que pagan las criaturas para que disfrutes de tu almuerzo. Cuando eres quien caza sientes la proximidad con la muerte y adviertes que tu muerte también te colocará en ese mismo lugar, el de la presa. Como ya te he dicho, esta noción nos quita la arrogancia que tienen ustedes por no cazar su comida. Tu pueblo ha perdido ese momento de intimidad que tienes con tu presa cuando la cazas.

—¿Cómo que tienen “intimidad” con la presa? ¿Pueden tener intimidad con un animal que está muriendo?

—¡Por supuesto que sí!

La muerte es un momento de suma intimidad, de suma importancia en la vida de alguien. Marchamos a nuestra muerte desnudos, vulnerables, sin títulos ni condecoraciones, sin máscaras ni disfraces... siendo nosotros mismos... igual que en el nacimiento. Ambos son momentos mágicos,

poderosos donde la creación nos muestra lo que es transformar el todo.

La llegada y la partida de este mundo son eventos trascendentales. Ser invitado a participar de cualquiera de esos momentos es recibir un regalo invaluable, es atestiguar los movimientos del todo, trátese de una persona o de cualquier otra criatura.

El Todo suele elegir a quienes les entregará el maravilloso regalo de participar del movimiento. Pero debemos ganarnos ese premio. Para estar a la altura los cazadores se enlazan con su presa ya desde mucho antes de cazarla. Hay quienes dicen que desde el día del nacimiento.

—¿Cómo es eso posible?

—Porque el verdadero cazador puede sintonizar con el Todo del que es parte, y a partir de allí se engancha con el destino del animal que cazará, el cual también es parte de la totalidad.

El cazador debe hacerse uno con su objetivo para poder ser guiado y rastrearlo. Al fundirse con el animal el destino de éste es quien guía al cazador hacia donde se oculta para que esa presa encuentre su muerte.

La conexión es tan profunda que presa y cazador son realmente uno.

Ustedes no dialogan con el animal que los alimentará. No aprovechan el privilegio de observar cuando la vida se extingue en la mirada, ni perciben la oleada de energía que se suelta cuando la luminosidad se escapa del cuerpo. Ven la carne como si fuera un objeto, por eso no tienen respeto por la vida.

—No entiendo, Don Ignacio, cuál es el sentido morboso de poner tanta atención en la muerte de un pobre animal —objetó Diana.

—Es que la muerte es una y la misma para todos.

Nuevamente el ceño fruncido de Diana pidió una explicación. Don Ignacio continuó:

Cada vez que un cazador mata a un animal, su propia muerte lo mira desde los ojos de su presa. ¡Eso sí que es un regalo! Mirar a tu muerte a los ojos desmantela tu arrogancia. Te hace saber que la vida que aún tienes es preciosa, que no eres inmortal, sino que eres como esa presa que está entre tus manos sólo que tu tiempo aún no ha llegado.

Por eso ustedes no le dan valor a la vida, porque no presencian la muerte íntimamente. Tienen la soberbia de creer que el mundo tiene que adaptarse a sus deseos. No le dan valor a la naturaleza porque no tienen contacto íntimo con ella, y por eso no la comprenden ni advierten cuál es

el lugar que les corresponde. Nada más perciben la pérdida cuando ya han devastado su ambiente, cuando no pueden beber el agua de un río, o cuando transformaron un vergel en un desierto. Sólo entonces empiezan a darse cuenta de que trataron esos tesoros con negligencia, cuando ya los han destruido o perdido. ¡Me temo que este es el camino de los huincas!

Diana entendía muy bien de qué hablaba el hombre. Sabía perfectamente que la contaminación hídrica, el calentamiento global, la desaparición de especies por caza indiscriminada, los derrames de petróleo eran parte del escenario que el chamán narraba, y cada palabra era cierta.

Recordó una frase que decía: "La humanidad necesitó de treinta siglos para tomar impulso y ahora sólo tiene treinta años para frenar antes de caer al abismo".

Le abrumaba ver que el modo en que había vivido ya no tenía sentido alguno para ella, pero tampoco se imaginaba haciendo la vida de un mapuche, en una choza en medio de la montaña.

Don Ignacio la notó perturbada y le preguntó:

—¿Y ahora que te preocupa?

—Es que empiezo a ver que la cultura de mi gente está completamente trastornada. Vamos hacia el desastre y no sé si seré capaz de hacer algo para cambiar eso.

El hombre soltó una fuerte carcajada. Diana lo miró sorprendida.

—¿De qué se ríe?

—¿Te das cuenta cómo te vas de un extremo a otro? Hace unos días nada te preocupaba a excepción de ese muchacho y ¡ahora quieres salvar el mundo! Te diré —dijo sonriendo—, lo que está a tu alcance.

Diana asintió interesada.

—Lo que puedes hacer es cambiarte a ti misma.

Amplía tu consciencia, dialoga con la naturaleza, busca esa intimidad de la que te hablé, porque tú eres una parte del Todo. Cuando la parte cambia, provoca una onda que se irá expandiendo y eventualmente el Todo cambiará. No te cargues toda la responsabilidad de tu cultura, tú no eres responsable por el despertar de consciencia de todos, pero debes hacerte cargo de tu propia consciencia.

Segunda sentencia

Dar al Todo es más poderoso que darnos a nosotros mismos.

Cuando tienes un excedente de tiempo o de energía, entrégaselo al Todo. Busca reparar algo, por mínimo que sea. Saca un poco de basura del lago, dale de comer a algún animal abandonado, ayuda a algún desconocido. No necesitas dar mucho, a veces unas palabras afectuosas hacen una gran diferencia en la vida de alguien.

Los pequeños gestos tienen un gran efecto en el Todo. Ñuke Mapu sabe cuándo la cuidas y siempre habrá una ocasión para que ella cuide de ti o de alguien de tu familia. Para ella no hay regalos pequeños, todo lo que le dan vale mucho. Cada vez que le entregas una migaja, lo que haces es fortalecer el lazo que tienes con ella. Si logras desarrollar una conexión íntima, jamás correrás peligro, pues todas las criaturas son parte de ella y el Gran Espíritu cuidará de ti. Tendrás a tu alcance no sólo la sabiduría de los hombres, sino la de todas las criaturas; y, como eres parte del Todo, lo que das estarás dándotelo también.

Capítulo 11

We Tripantu

El nuevo comienzo

La ceremonia se llevaba a cabo dentro de una gran choza. Un fuego central mitigaba el frío del invierno, mientras la música de extraños instrumentos de aire y de percusión mecía los cuerpos alegres. Danzas, cantos y rituales aludían a la gestación, a la tierra, al agua y al viento, celebrando la hermandad de todas las cosas. Las danzas se alternaban con fascinantes relatos de historias de antepasados que Diana escuchaba absorta desde una de las esquinas de la sala. Por un momento, creyó ver unas siluetas traslúcidas entremezclándose con la gente, pero ya no era la misma de antes, la que todo lo cuestionaba. Esta vez pudo permanecer disfrutando de ese instante mágico. Quizás los ancestros danzaban también al son de los tambores, pensó y sonrió por lo loca y a la vez natural que parecía esa idea.

Alguien, sigilosamente, se sentó junto a ella. Tenía un disfraz con una túnica, cabeza de águila y plumas que ocultaban su rostro y parte del cuerpo, pero, sin duda, era un hombre. Se sentó tan próximo que pudo sentir el roce de las plumas del disfraz en su pierna. De la nada, con la naturalidad de quien continúa una conversación iniciada hace horas, la encaró y le dijo: Somos muy parecidos tú y yo. Diana se sobresaltó. Ese extraño se dirigió a ella, como si la conociera de toda la vida.

Para Don Ignacio ella sabía que era un libro abierto, pero ese hombre ciertamente no era el conocido chamán. ¿Cómo era posible que supiera algo sobre ella? Sospechó que podía ser un amigo de Don Ignacio tratando de impresionarla. Decidió preguntarle quién era, pero, antes de que pudiera pronunciar palabra, el hombre continuó:

—Tú y yo, somos halcones. Somos distantes, autosuficientes, acechadores; tenemos vista aguda y somos implacables con nuestra presa. Sabemos que no tenemos la fuerza física de los grandes animales, por eso, necesitamos ser astutos y mantener la distancia. Acechamos a las presas desde lejos, para eso tenemos la mejor vista. También podemos engañarlas con nuestro vuelo en espiral y así tomarlas desprevenidas. Ocultamos siempre nuestras verdaderas intenciones...

—No creo ser como usted dice —se defendió Diana.

—¡Sí, lo eres! —espetó el hombre muy seguro y con tono socarrón.

Obviamente le divertía acusarla. Diana se irritó. Hizo un esfuerzo para darse cuenta de quién era el idiota que le hablaba así, pero nada en ese hombre le era familiar.

—Eres como yo: paciente, calculadora, veloz. Esperas el momento exacto para tomar lo que quieres, nadie se te puede resistir, y te cuesta tanto como a mí perder una presa.

Al oír esa última frase, Diana no tuvo duda de que estaba aludiendo a su relación con Mauro. Sospechó que Don Ignacio lo había instruido sobre lo que tenía que decir, y había logrado causar un efecto muy perturbador. Sin embargo, Diana no era una mujer fácil de sugestionar, así que, rápidamente, se recompuso y encaró decidida al farsante emplumado:

—Vea, usted, no sé qué le contaron, pero no creo ser la persona que dice que soy.

Mientras decía eso, Diana, implacable, lo miró directo a los ojos con toda la dureza de que era capaz, como solía hacer cuando deseaba imponer su autoridad, pero esta vez sucedió algo aterrador: El iris del hombre era anaranjado brillante con un delgado contorno amarillo. La pupila abierta, aterradora, parecía una negra caverna al infinito que la succionaba. Definitivamente, no era un ojo humano. Diana se aterró. Permanecieron unos instantes mirándose fijamente. El aire se atascó en su garganta, se tornó sólido. Su mirada seguía forcejeando por liberarse del anzuelo de esa pupila que no le daba tregua. Estaba azorada. ¡Sí!, esa era la palabra: azorada. Recordó que el término viene de los monos que suelen ser presa del águila llamada "Azor". Cuando la ven, su terror es tan grande que se paralizan. De allí viene azorado. Era la palabra exacta.

Una comezón la obligó a cerrar los ojos y a frotarlos. Cuando miró nuevamente, el extraño personaje se había esfumado. Lo buscó entre los que danzaban, lo buscó entre los que cantaban, lo buscó por todo el lugar... No lo encontró. Perturbada por el hecho, obsesionada, pasó el resto de la noche examinando a cada hombre, comparando trajes, colores, texturas físicas..., sin éxito.

El ritual de purificación comenzó al amanecer. Hombres y mujeres, vestidos en ropajes claros, caminaron hacia diferentes zonas del río cercano. Dos mujeres se aproximaron y tomaron a Diana de las manos. Por un momento pensó en negarse pues sabía que tendría que mojarse. Dudó. ¡Estamos en invierno!, dijo. No le respondieron. Se dio cuenta de que sería una falta de respeto resistirse, así que las acompañó. Mientras caminaban, iban cantando y las voces se hacían más nítidas a medida que se acercaban al río. Diana pudo distinguir muchas mujeres, algunas en el agua, otras en la orilla. Al llegar le quitaron el abrigo. Diana trató de cubrirse y una de ellas, la más anciana, le dijo: Niña, déjate de tonterías, el río nos cuida, sus aguas están tibias hoy, y tú necesitas soltar todo lo

viejo si es que, de verdad, quieres renacer. ¡Límpiate de lo vivido y vuelve a pacificarte con los hombres!

—¡Deja al *Newen* hacer lo suyo! —vociferó una de las más jóvenes.

Entonces, Diana se relajó y, como una niña obediente, dejó que la prepararan para el ritual. Luego de desnudarla la vistieron con una túnica clara (no estaban permitidas las fibras artificiales) y la guiaron hasta el agua.

Mientras, lentamente, se adentraba en el río la sorprendió el darse cuenta de que las aguas efectivamente estaban tibias. El río se fue llevando su malestar, su dolor, su deseo de controlar todo. La invadió una gratitud hacia ese pueblo sabio, que, generosamente, le entregaba su conocimiento. Ya no se sentía la misma Diana que había entrado al agua. Bendijo en silencio al río que la acunaba como a un bebé recién nacido, y a la tierra que, a su vez, sostenía al río. Dos pequeños arroyos salados surcaron sus mejillas profundizando la íntima comunión con el Todo. No había tristeza, sino emoción por haber llegado a un mundo nuevo, que, al mismo tiempo, le era familiar. En ese instante, recostada en los tibios brazos del agua, vio cruzar un halcón en lo alto. El típico chirrido la saludaba. Es el mismo halcón con el que conversé, pensó, y esta vez no trató de anular ese pensamiento.

Luego del baño y de dar la bienvenida al sol, se abrigó con una manta que la mujer más vieja le dio, y se durmió acunada en la misma roca del primer día. Un nuevo ciclo había comenzado y ella no imaginaba aún cuántas cosas más cambiarían en su vida.

Despertó poco antes del mediodía. don Ignacio, sentado a su lado, lustraba un instrumento musical con un trozo de nuez. Sonreía ampliamente y le dirigía una mirada entusiasta. Diana se desperezó.

—¡Vaya comienzo! —exclamó Don Ignacio.

Diana se sentía confusa, todo aquello era nuevo y familiar al mismo tiempo. Se lo dijo al anciano y él respondió:

—Te parece familiar porque, aunque seas huinca, aunque hayas crecido en el cemento, lejos de los brazos de nuestra amada Ñuke Mapu, sigues siendo su hija. Aunque te adoptó la ciudad, quien te dio la vida fue Ñuke Mapu. Los niños adoptados pueden crecer distantes del vientre que los gestó, pero nunca olvidan cómo suena el corazón de su verdadera madre.

Tú tampoco lo has olvidado.

Capítulo 12

Quinto Principio

Sobre el valor de las cosas (Continuación)

Se encontraron alrededor de las seis de la tarde, esto les daba tiempo para conversar hasta las nueve, hora en que continuarían las actividades. Diana aún pensaba en lo mágico de la experiencia con el halcón, y con el río. En pleno invierno, curiosamente, el agua estaba tibia. Había experimentado por vez primera esa conexión con la naturaleza de la que siempre habló Don Ignacio. No era una metáfora, era absolutamente verdadera y palpable. Su curiosidad la urgía a saber más.

—Por favor, don Ignacio, ¿me puede seguir hablando de los doce principios?

—Claro, ¡justamente venía para eso! —respondió sonriente el anciano, y prosiguió—: Nos han quedado algunas sentencias importantes del quinto principio: “Sobre el valor de las cosas”. Creo que hemos dicho que desvalorizar, subestimar o desconocer el valor de algo no reduce la deuda, ¿recuerdas?

—Sí, recuerdo —asintió Diana.

—Pues el valor de las cosas es muy importante, es lo que hace que honremos y respetemos lo que vale, y está ligado también a la historia.

No es tan grave darle a algo más valor que el que tiene, pero sí es delicado cuando no reconocemos su verdadero valor.

Por ejemplo, cuando alguien nos hace un regalo, cuando recibimos algo por lo que no hemos pagado, a veces, no le damos el valor que tiene porque no nos costó obtenerlo. Eso atenta contra el equilibrio, porque aquello que obtenemos, aunque no le demos el valor que tiene, representa un costo para quien lo entrega, y para Ñuke Mapu también.

Sexta sentencia

Si recibimos un regalo, no deberíamos darle un destino que desagrade a quien nos lo entregó ni al regalo.

—¡Pero si se trata de un regalo entonces nos pertenece! ¿No podríamos hacer lo que fuera con él? —preguntó Diana.

—Podemos hacer lo que queramos, siempre que no contrariemos el espíritu del regalo —respondió don Ignacio—. Como te he dicho, todas las cosas tienen espíritu y eso hace que no podamos tratarlas de forma

descuidada o torpe. Si no estamos dispuestos a usar ese regalo respetando lo que es o lo que representa, es preferible no aceptarlo.

Un ejemplo sería cuando alguien da dinero para pagar estudios, o para alimentar hijos y la otra persona lo gasta en vicios. Si bien el dinero no tiene alma como todas las criaturas, tiene un *Newen*, una energía. Cuando no le dan el uso correcto, esa energía se pervierte y se oscurece.

Diana lo miraba frunciendo el ceño, don Ignacio se percató de la confusión y le dijo:

—Deja que te muestre con otros ejemplos. Cuando los gobernantes reciben la confianza y el apoyo que les da acceso al poder y luego hacen cosas muy distintas de las que prometieron, están alterando el equilibrio. Usan el poder, que les fue entregado con un fin, para cuestiones que no honran el espíritu que se los concedió. Este poder terminará haciendo sus vidas miserables.

El *lonco* o cacique tiene la responsabilidad de guiar al *lof* (clan), se debe a su comunidad y si equivoca el camino o defrauda a sus hermanos, su alma es la primera que queda presa. Elegir a tu líder es prestarle una parte de tu poder a otro. No es un regalo. La energía sigue ligada a quienes se la dieron, a sus hermanos en el caso del *lonco* y, por lo tanto, puede volverse en contra de quien no la respete.

Otro ejemplo del mal uso del *Newen* contenido en algo, sería cuando alguien hace un descubrimiento para ayudar a la humanidad y es usado con otra intención, tal vez para hacer daño o para obtener lucro.

Podemos decir que quien descubre algo es el “padre” de lo que ha descubierto, y contrariar su deseo, es igual que si secuestraran a un hijo para transformarlo en un asesino. Las consecuencias nunca pueden ser buenas.

De todas las formas de transgresión, la más frecuente es la que ocurre con tierras y casas. Pocos son los que tienen noción de lo serio que esto puede ser. Nosotros, como hijos de la tierra, podemos comunicarnos con las plantas porque en nuestra cultura nos enseñan a sentir todo lo que nos rodea. La *machi* de la tribu, conoce las propiedades que cada una de las plantas tiene porque se comunica con ellas, y eso es algo que la *Madre Tierra* nos da a todos sus hijos por igual. Es un regalo para que podamos estar saludables. Sin embargo, algunos blancos a cargo de empresas depredadoras, quieren apropiarse de las plantas para que tengamos que pagar para usarlas, y no podemos cultivarlas. ¡Imagina eso!, ¡unas personas apropiándose de los regalos de la *Madre Tierra*! ¡Nunca se ha visto una alteración más absurda del orden natural! Nadie debe interponerse entre cualquier hijo de *Ñuke Mapu* y el regalo que ella nos

da.

Diana recordaba cómo su enfermedad había sido tratada con hierbas por ese hombre, y sabía perfectamente de lo que hablaba. Después de gastar mucho dinero y tiempo en tratamientos, este chamán fue el único que la pudo liberar de sus dolores de cabeza. Don Ignacio continuó:

—Puede suceder que alguien entregue a su descendencia algo importante para ayudarlos, algo que costó esfuerzo a la familia: una casa, un territorio, y que un heredero decida darle un uso que va en contra de aquella intención de cuidado o de la esencia misma del lugar.

Nosotros sabemos que los lugares, las casas, las tierras tienen alma. El bosque tiene alma (*Ngen*), la montaña tiene espíritu (*Pillán*), por eso, antes de adentrarnos en ellos, debemos pedirles permiso a esos espíritus. No entramos hasta que alguna señal nos autorice, de lo contrario podríamos perecer allí mismo.

Cuando alguien nos entrega el dominio de una casa o de una tierra nos ofrece algo vivo, algo con alma. Antes de hacer cualquier cosa, de pretender habitarlo o cambiarlo, debemos mostrarle a ese lugar que nuestras intenciones son buenas, que respetamos su *Newen* y, sobre todo, su historia.

Los colonizadores que ocuparon las tierras de los pueblos que vivían en este continente perdieron mucho, porque las tierras eran leales a sus hijos quienes habían nacido y crecido aquí. Muchas generaciones de huincas pagaron precios muy altos por esa ignorancia. Enfermedades, muerte, tristeza..., por todo lo que habían destruido. Aún hoy, sus descendientes no consiguen ser felices en las tierras que usurparon.

Una historia del norte cuenta que hace más de cuatro siglos había un lugar entre cerros donde vivía un pueblo muy aguerrido y sabio, Los *Quilmes*. Ellos, al igual que nosotros, tenían una fuerte unión con la tierra. Vivían en un área con vertientes naturales de agua tan pura como el calfu, que es el azul del cielo; era la mejor de la zona. La ciudad era un vergel. Cuando llegó el hombre blanco inmediatamente se apasionó por esos lugares y quisieron expulsarlos, pero ellos lucharon por su "ciudad sagrada" que así la llamaban. Resistieron lucha tras lucha durante más de un siglo hasta que, al final, llegaron las armas y fueron vencidos. Muchos murieron, y otros fueron cautivos para ser reubicados en otras tierras. Cuando eso sucedió muchas mujeres corrieron llevando a sus hijos a lo más alto del cerro sagrado y saltaron desde allí. La conexión que tenían con su tierra era tan fuerte que prefirieron morir para quedarse allí, antes que vivir lejos.

Pero fíjate lo más curioso: en pocos años el lugar empezó a cambiar, cada año se iba secando, cada vez menos flores, menos verde... se fue

tornando más y más árido hasta que finalmente se convirtió en un desierto.

Don Ignacio hizo una pausa y miró a Diana.

—¿Un cambio climático? —aventuró Diana.

—¿Tú qué crees? —espetó con tono irónico don Ignacio.

—No lo sé, quizás haya cambiado la temperatura, a lo mejor los que vivían allí, los de esa tribu, transportaban el agua para mantenerlo verde...
—especuló Diana insegura.

—¡No señor! ¡Lo que sucedió es que la Pachamama, así es como ellos llamaban a nuestra Ñuke Mapu, se secó de tristeza! Así lo haría cualquier madre que ve morir a sus hijos o son arrancados de sus brazos. Sólo hay piedras allí, y, si te quedas el tiempo suficiente, puedes sentir en tu alma el dolor de la madre yerma que llora a sus hijos masacrados. Por eso el alma de ese lugar no permitirá que nadie más viva allí. Porque ese es el hogar de sus hijos, aunque ya no estén vivos.

—¿Eso significa que las casas o las tierras deben ser siempre de las mismas personas?

—¡Yo no he dicho eso! —respondió Don Ignacio—. Lo que digo es que los recién llegados deben buscar estar en paz con el presente y el pasado del lugar. Respetarlo, honrarlo y reconocerlo aprendiendo su historia, y llevando a cabo proyectos que honren esa historia manteniendo viva la memoria de esa tierra para contarla a sus descendientes.

—Y ¿qué puede hacer alguien que compra una propiedad y no sabe que tiene alguna de esas historias que no fueron respetadas?

—Pues, debe dialogar con el lugar, principalmente, debe escuchar.

—¿A quién? —preguntó Diana con curiosidad infantil.

—A la gente viva o muerta que habita ese sitio. Familiarizarse con las historias que allí sucedieron, conocer las leyendas, las señales, las marcas que dejaron los que vivieron allí... Y deberá, ineludiblemente, pedir permiso para quedarse. A veces, puede servir ofrendar algo en señal de buena fe, o bien, esperar el tiempo necesario para recibir el permiso solicitado.

Una vez, hubo un hombre solitario en nuestro lof. Su esposa e hijo habían muerto. Él participaba cada vez menos de las actividades comunitarias. A veces ni siquiera tenía qué comer, y, algunas mujeres, le dejaban comida en la puerta de la choza respetando su deseo de reclusión. Cuando el

hombre falleció, La machi de entonces, que era mi abuela Amanda, nos dijo que nadie habitaría la choza hasta que él mismo nos diera una señal. Las mujeres seguían dejándole un par de veces a la semana su comida, como cuando estaba vivo. A menudo, podían dejarle unas flores o un tejido como ofrenda para su esposa e hijo. Cierta día, un niño que apenas caminaba, se escapó sin que las mujeres lo vieran. Lo buscaron por toda la aldea temiendo lo peor: que hubiese caído en un barranco, en un pozo, o que algún animal lo hubiera herido. Al anochecer alguien escuchó su voz, y entonces lo descubrieron. Estaba dentro de la choza del hombre solitario, y reía, parecía conversar con alguien. Esa fue la señal. La choza estaba lista para acoger a alguien más.

Otra forma de pedir permiso es hacer un ritual para convocar a las personas que habitaron el lugar y dialogar con ellas.

Quizás un día te ganes el derecho de presenciar uno de nuestros rituales donde los muertos nos hablan a través de los vivos. Así se les pregunta qué es lo que necesitan, qué quieren que se haga, cómo podemos honrar su historia, y si nos dan permiso para habitar ese sitio. A veces nos lo dan, a veces no, como ese hombre que necesitaba que respetasen su tiempo de duelo, para que otros pudieran habitar su choza.

—Yo conozco alguien que quema hierbas y dice oraciones para expulsar las malas energías de las casas —dijo Diana.

—¡Eso es pura ignorancia! —exclamó irritado el chamán—. ¡Allí no hay “malas” energías!, lo que hay es dolor, historias que deben ser honradas y, como ya te lo dije: La medida de la ira es la medida del dolor...

La mala energía, en ese caso, es quien se vale de humos prepotentes para expulsar las almas del lugar usando la fuerza. Quizás, esos métodos agresivos logren silenciarlas por un tiempo, pero no estarían resolviendo el conflicto. En vez de pacificar para luego abrir un nuevo capítulo, la situación quedará abierta, tendrá un nuevo actor: el invasor que ahora formará parte del conflicto. Habrá más dolor, y enfrentarán consecuencias por la usurpación.

— ¿Por qué dice usurpación? Son personas que compran legalmente la tierra o la casa y las pagan con su esfuerzo —interpeló Diana.

—Niña —dijo don Ignacio suspirando paciente—, a la *Madre Tierra*, al *Ngen* o al *Pillán* del lugar no les importan los papeles que ustedes firmen y cuantas veces los sellen. Eso no es nada para el alma del lugar o de quienes lo habitaron. La tierra está allí desde hace cientos de años, y ninguna pequeña criatura de existencia efímera puede atribuirse su propiedad, y mucho menos la decisión sobre sus frutos. Ñuke Mapu crea lazos con sus hijos y éstos, a su vez, con ella. Cuanto más la reconocen y la honran, ella más los cuida y ama. Quien llegue con la intención de

perturbar la conexión madre-hijo pagará las consecuencias. Así que los papeles poco importan. En todo caso debe buscarse el consentimiento de los hijos de ese lugar, antes de hacer el más mínimo cambio, de lo contrario seríamos invasores, y todos sabemos que éstos no son ni se sienten bienvenidos.

Puedes ver ahora que aquello que los huincas llaman "mala suerte" no es más que una consecuencia de sus actos ignorantes. Esto se resolvería con una simple actitud de respeto, y reconociendo que quien llega último no puede tener la prioridad en las decisiones, pues no conoce la historia que determina las leyes de ese lugar. Imagínate qué pasaría si un bebé les dijera a sus padres lo que deben hacer.

Séptima sentencia

Debe respetarse la palabra dada.

A veces hacemos un acuerdo y luego vemos una oportunidad mejor, o descubrimos que otro arreglo nos dará más ganancias, y queremos cambiar los términos o renunciar. Una vez cerrado el trato debemos respetarlo. La única forma lícita para cambiarlo es que ambos, tú y la otra parte, deseen hacerlo. En ese caso, en lugar de negarte a cumplir con tu parte, puedes agregar la información que ahora tienes, y pedir al otro que la situación sea reconsiderada. Si la otra parte acepta revisar el trato, entonces no habría problemas, pero si tú la obligaras a aceptar los nuevos términos, estarías rompiendo el equilibrio y te expondrías a perder la tierra, el bien, o a no poder disfrutarlos.

Octava sentencia

No deberíamos tomar algo que no valorizamos.

A veces, aceptamos un regalo que no nos agrada y, por ello no le damos el valor que tiene, pero eso no evita que tengamos que pagar la deuda por haberlo tomado. No estamos obligados a que todo nos guste, pero tampoco es bueno que nos incomodemos o que maltratemos un objeto con historia. Valorizar las cosas, ya sea por lo que las cosas son o por quien nos las entrega, es cuidar del equilibrio.

A nosotros nos enseñan a no encender fuego en lugares donde pueda expandirse, como el bosque o la montaña. Les explicamos a nuestros niños que la tierra tiene valor no sólo por lo que se pueda extraer de ella, sino por su historia, por sus dones. Si incendiaran todo, ellos estarían tomando esa tierra. La tarea del adulto es educar al niño sobre el respeto a su entorno, a tener más respeto cuanto más antiguo sea.

Por otra parte, los objetos están cargados con el alma de quien los poseyó y con sus impresiones emocionales. Los huesos de un animal tienen su

poder. Los utensilios de un hombre llevan su energía y su sabiduría. Los amuletos justamente se hacen basándose en ese conocimiento, son un nexo que nos conecta con su fuerza, con el Newen. Todo lo que estuvo en contacto con alguien nos conectará con la persona, es una línea de luz hacia su alma, igual que un lugar donde alguien vivió o murió.

Cuando profanan, por ejemplo, un lugar sagrado, ignoran el alma del lugar, pero no significa que no esté o que la puedan separar de allí.

Toda vez que aceptamos algo contraemos una deuda, y la magnitud de dicha deuda no tiene que ver con cuánto nos guste lo que tomamos. Si no nos gusta, si no lo cuidamos, no importa porque la deuda no va a disminuir, lo mejor sería confiárselo a alguien que sí lo valore. Si nuestra educación no nos permite regalar un regalo entonces simplemente lo ofrecemos en carácter de préstamo indicando a la persona que puede disfrutarlo.

Cuando se trata de establecer el valor de algo, la vida y la naturaleza son lo más valioso. Tomar una vida, dañar a la naturaleza, destruir lugares u objetos con historia son deudas difíciles de saldar. Las cosas antiguas no tienen tanto valor por sus materiales, sino por la sabiduría que guardan. Cuando recibimos un regalo antiguo, es importante que podamos entrar en contacto con su historia, con su alma. Esa conexión es la que nos guiará para saber qué podemos y qué no podemos hacer con ello. Todo lo que tiene historia nos precede, y debe ser respetado, por ejemplo: ancianos; objetos antiguos; casas, tierras, criaturas como los árboles, las montañas y los animales.

Novena sentencia

Para valorar algo, además del objeto y su historia, debemos ver quién lo da y quién lo recibe.

Una vez, *Ñuke Mapu* tembló y muchos perdieron sus casas. Se organizaron, como siempre, para la recolección de víveres, abrigo y dinero. Una anciana se aproximó a la choza con un trozo de carne salada y lo entregó. Luego vino un hacendado y dejó dinero suficiente para alimentar durante un mes a una familia. ¿Quién dio más?, preguntó don Ignacio. Obviamente el hacendado, dijo Diana. La anciana dio más. Ella dio todo lo que tenía. El hombre, aunque fue generoso, sólo dio algo que le sobraba, respondió don Ignacio. Lo que nos conecta con los otros es ese intercambio, ese latido de dar y tomar. No importa la cantidad que recibimos, sino todo el conjunto en que se da ese intercambio. Un plato de sopa puede, a veces, ser más valioso que una abultada cuenta bancaria.

Décima sentencia

Dar lo que no tiene valor no es dar, es descartar, y eso no nos da derecho a exigir compensación alguna por lo que descartamos.

A veces descartamos algo —continuó don Ignacio—, por ejemplo, un mueble viejo. Alguien lo recoge y lo arregla transformándolo en un objeto hermoso. Al verlo, podemos sentir que ese mueble era nuestro y que, gracias a nosotros, el otro lo tiene. Esto no es verdad. Cuando descarto algo renuncio a todo derecho sobre eso. Ya no me pertenece, el valor del objeto actual se lo dio otra persona.

Lo mismo se puede decir con respecto a tierras que se venden y, luego de trabajarlas y mejorarlas, se valorizan. Algo similar sucede con parejas que excluimos de nuestras vidas, y después, cuando conocen a otra persona, florecen y nos irrita que todo ese color y ese perfume no lo compartieron con nosotros. Simplemente, ese florecimiento es como el mueble, tiene que ver con que lo tocó otra mano. Fue otro el artesano que transformó lo que era una molestia para mí en algo hermoso y deseable.

Cada palabra que Diana oía era como un martillazo en su consciencia. Pensaba: ¿Por qué no nos enseñan todo eso? ¡Nos ahorraríamos tantos sufrimientos!

Capítulo 13

We Tripantu

Segundo día

El segundo día de festejos, Diana pasó la noche esperando que volviera el halcón. Nunca apareció. Las preguntas sin responder la dejaron nuevamente frustrada.

Las historias de los antepasados eran fascinantes, algunos descendientes de grandes *Machis*, otros de poderosos guerreros. Varios se habían tornado *Pillanes* (espíritus poderosos). Hubo danzas y músicas con tambores de batir hipnótico. Los bailes aludían a la tierra, a la fertilidad, a la concepción, a la gestación, a la caza... Diana vislumbraba esa conexión entre las cosas. Se revelaba ante sus ojos el perfecto equilibrio del ciclo eterno. Plantas, animales y demás criaturas son medidos en el dar y el tomar, a excepción del ser humano que siempre quiere más.

Antes de que amaneciera, Diana se durmió profundamente y su sueño la llevó hasta la infancia de su abuela. La reconoció de inmediato. Era una niña muy alegre e inquieta. En la escena corría en torno a una casa, mientras su madre la regañaba y ella, con sus escasos añitos, la enfrentaba, es decir, enfrentaba a la bisabuela de Diana. La escena era muy real. La niña del sueño, cuanto más era castigada, más y más furiosa se ponía, y más se obstinaba. Ver a esa abuela para Diana fue como estar viéndose a sí misma de pequeña, queriendo hacer lo que le viniera en gana en lugar de obedecer.

En la siguiente escena, Diana vio a su bisabuela, la madre de la niña que ya era adolescente, llorando. Se despedía de su hija que partía en un barco. Vio la migración de su abuela. Su soledad y su desamparo. Lo más cercano que tenía en el barco y en su futura vida era una familia vecina. Estaba atestiguando el dolor de la abuela adolescente que sólo quería quedarse en su país. Para que emigrase sus padres tuvieron que forzarla. En el sueño, Diana veía a su bisabuela llorando sin consuelo, sabiendo que ya no volvería a ver a su hija y vio también al esposo, el bisabuelo, diciéndole que, al menos, la hija de ellos tendría una oportunidad en América.

La abuela se marchó, finalmente, con una mezcla de sensaciones: no se sentía amada, más bien rechazada, y eso la ponía furiosa. Se cansó de llorar, y se juró a sí misma que ya no lo haría nunca más por nadie. A partir de entonces se fue tornando una mujer dura e inaccesible que

siempre parecía estar enojada.

Diana se percató de que no hay mayor acto de amor que renunciar a la presencia de quien se ama para garantizar su bienestar. Se sintió fuertemente unida al dolor de su abuela. Era un dolor igual al de ella. Diana conocía bien la sensación de sentirse extranjera, de no pertenencia, aunque, en su caso, no había emigración, tan sólo su trabajo que la obligaba a viajar.

Por primera vez entendió que esos sentimientos recurrentes no le pertenecían, pues ella, a diferencia de la abuela, sí regresaba a su casa. En el sueño ella vio cómo la abuela hizo una vida lejos de su familia, arrastrando siempre una nostalgia desgarradora por sus padres y por su tierra. Con el tiempo fue echando raíces y sobrevivió. Se le hacía evidente a Diana, lo mucho que tenía en común con esa abuela, y, de pronto, vino a su memoria la imagen de los ciclos...

¿Acaso mi vida será una repetición de la de mi abuela? Pensó que la migración debía de haber sido lo más duro para ella. En ese momento la abuela la miró, como se mira a alguien de quien se está muy orgulloso, y le dijo:

—Sí que ha sido duro, pero, querida nieta, esta es mi vida e hice lo que pude con lo que tenía. No había mucha elección y tampoco me fue tan mal. Mi destino es mío y, aunque seas parte del mismo ciclo, no es necesario que repitas mi historia. No es necesario que tomes mis sentimientos como propios, pues mi historia es todo lo que tengo y no me la debes quitar. Busca tu camino, busca tu manera de ver el mundo... Rompe las tradiciones si quieres, tu mundo es mucho más permisivo que el mío.

Diana se emocionó hasta las lágrimas. Comenzaron a pasar por su memoria todos los dictámenes de su madre, que a su vez venían de su abuela. Se daba cuenta de que mucho de lo que la hacía infeliz tenía que ver con la obligación de tener éxito, de ganar mucho dinero, de ser una profesional destacada... En algún lugar, su mente la instaba a compensar las privaciones que su abuela había pasado. Comenzó a ver a cuántos de esos mandatos obedecía sin pensar, y sin ver si eran realmente necesarias o la ayudarían en algo. Miró a su abuela y le dijo:

—Entonces, querida abuela, te devuelvo lo que es tuyo: tu historia, tu dolor, y gracias por haberle dado vida a mi madre que, a su vez, me la dio a mí. Acepto la libertad que me ofreces para vivir a mi modo.

En el sueño, rodeó a su abuela con un abrazo y, mientras lo hacía, sintió que abrazaba también a sus bisabuelos, a sus tatarabuelos, y a una larga fila de personas que habían sido canales de la vida que llegó hasta ella. Su alma se llenaba, mientras esto sucedía, el vacío que solía acompañarla se

iba disipando.

Detrás de su abuela vio que sus antepasados la observaban. Muchos de ellos sonreían, otros simplemente la miraban, y se sintió, por primera vez, parte de una familia, parte de un todo. Le salió del corazón darles un profundo: ¡gracias! mientras hacía una reverencia. Luego, uno a uno, se fueron transformando en luz. Diana sintió la misma sensación de liviandad que había experimentado el día anterior cuando entró al río: se liberaba de un enorme peso. Tomó nota de que había un dolor en su espalda que la acompañaba desde hacía tiempo. Se había esfumado. Agradeció a su abuela una última vez y se despidió diciéndole: "Hasta pronto". Algo le decía que podría volver a "visitarla" cada vez que lo necesitara.

Don Ignacio nuevamente estaba sentado a su lado cuando ella despertó.

—Y ¿cómo te ha ido hoy en el gran encuentro?

—No mucho. Me quedé dormida.

—¿No mucho?, lo dudo. Sospecho que algo importante debe de haber sucedido —dijo Don Ignacio sonriendo.

—Bueno, con todo lo que me enseñó, habré quedado un poco sugestionada porque soñé con mi abuela, y me habló de cosas hermosas.

—Eso no fue un sueño —afirmó el chamán—. Sabes que en este tiempo nos encontramos con nuestros guías, eso fue lo que hiciste ayer al encontrarte con el halcón, y también con nuestros antepasados, y eso lo comenzaste a hacer hoy con tu abuela. No fue un sueño, fue un encuentro.

Diana reparó entonces en que había demasiado detalle para ser un sueño, era mucho más vívido que sus sueños habituales. Cuando el hombre lo dijo, algo le confirmó que estaba en lo cierto. Había dado un paso más en la comprensión de su vida, liberándose de viejas ataduras que la hacían repetir historias de otros.

Don Ignacio le propuso que se tomara un descanso, y que volviera a media tarde para seguir conversando antes del último día de festividades.

Cuando Diana regresó, Don Ignacio la estaba esperando, se puso de pie y le dijo: Vayamos a dar un paseo. Ella le contó algunos detalles del encuentro con su abuela. Siempre había pensado que era una vieja rezongona, enojona, pero ahora, que había visto su historia, se daba cuenta de que hizo lo que pudo para sobrevivir. Dio lo que tenía y no le dio más a su madre porque, como Don Ignacio le enseñó: Nadie puede

dar lo que no tiene.

—Ahora veo a mi madre de otra forma —explicó Diana—. Cuando pienso en la infancia que tuvo, me doy cuenta de que conmigo fue mucho más amorosa de lo que fueron con ella. A mí siempre me resultó poco lo que ella me daba, pero, en este momento, luego de ver su historia, sé que me dio lo suficiente. Ya no tengo nada más que reclamarle.

—A eso me refiero con el valor de las cosas. Saber de quién viene es importante. Tu madre, a pesar de lo poco que recibió, consiguió darte suficiente. Cuando alguien que recibió muy poco, entrega más que lo recibido, se trata de un dar enorme, un dar que te puede colmar.

Quien tiene expectativas de recibir algo especial, compara lo que recibe con sus expectativas y puede sentirse insatisfecho, pero esa comparación es un error. El valor de las cosas no responde a las expectativas, sino a lo que cada uno necesita para crecer. Recibimos lo que necesitamos para ser quienes seremos, y eso nada tiene que ver con nuestras expectativas.

Cuando nos dan debemos tener en cuenta quién nos lo da, como en la historia de la anciana y el hacendado. Debemos evaluar no sólo el momento presente, también la historia de la persona. Tal vez no son reticentes a darnos, sino que tienen muy poco, o no aprendieron cómo dar. Un pequeño gesto quizás sea una gran demostración de amor.

Los *huincas*, por ejemplo, no son sensibles a la conexión entre las criaturas vivas y aquello que no perciben creen que no existe. Nuestros padres a veces no conocen el amor, la ternura, la contención, por eso no pueden ver que eso les falta.

Diana le confesó que todo lo que había aprendido le estaba causando una profunda conmoción en su forma de pensar. De un día para otro, todo tenía una nueva perspectiva y la relación con Mauro parecía insignificante comparada con este mundo nuevo al que se estaba asomando. Explicó que, a pesar de haber entendido las ideas, no estaba totalmente convencida, y necesitaba decantar un poco más todo aquello, aunque lo cierto era que quería seguir aprendiendo.

—Me di cuenta en estos días —dijo Diana— que la ira hacia Mauro se fue disipando, y ahora siento tristeza, dolor.

—Claro —aseveró Don Ignacio—, eso es porque la medida de la ira es la medida del dolor, y la medida del dolor es la medida del amor.

La poética frase del indio conmovió profundamente a Diana. La ira sigue al dolor, y el dolor sucede si hubo amor. Ahora entendía por qué algunas

personas evitan tanto las relaciones profundas, porque las expone al dolor.

—Detrás de la ira se esconde el dolor —prosiguió Don Ignacio—. Cuanto más te aferras, cuantas más expectativas tienes, más duele si las cosas no resultan como lo esperas.

Los niños se enfurecen cuando su realidad es frustrante. No la comprenden y no tienen poder alguno sobre su mundo. Sienten sed y ni siquiera saben cómo saciarla, tienen hambre o frío y no saben cómo solucionarlo. Cuando el malestar alcanza un nivel doloroso, el llanto se hace intenso y la sensación es de ira.

Tu abuela, cuando creyó que su familia la abandonaba, sintió un enorme dolor, y, como el sólo pensarlo era demasiado para ella, la ira tomó el lugar de su dolor. La ira muestra que quieres cambiar algo y no tienes el poder de hacerlo, pero, en verdad, es un llanto de dolor, porque sabes que no puedes con eso, y tu propia indefensión te atormenta —dijo el chamán.

Y el amor nos hace sentir el dolor de la separación o de la pérdida. Por eso todo empieza cuando amamos.

—¿Es decir que la ira proviene del sufrimiento?

—¡De ninguna manera! —afirmó don Ignacio, contundente.

Diana frunció el ceño y se quedó mirándolo confusa.

—No hablé de “sufrimiento” sino de “dolor”. El dolor es una sensación, puede ser física o emocional: si te lastimas te duele, una pérdida te causa dolor. El sufrimiento es otra cuestión. Sufrimiento es cuando ya pasó tu momento de dolor, y pasas la vida entera evocándolo, trayéndolo al presente: ¡Ay! ¡Cómo me duele la muerte de mi padre!, que falleció hace veinte años... Entonces no estamos en el presente sino en el pasado.

El dolor es inevitable, el sufrimiento es opcional. Dolor puede causarte alguien importante para ti. Alguien que pierdes o que te priva de algo que forma parte de tu vida.

Y daño... es cuando te quitan lo que no puede devolverse ni repararse. El daño emocional sólo es posible si amas. El amor nos hace fuertes, pero también nos puede hacer vulnerables.

—¿Mi ira con Mauro era por el dolor que él me causaba?

—Como te dije la ira refleja tu frustración en una situación en la que no tienes control, en la que has invertido toda tu energía y has puesto

demasiadas expectativas. Crees amar a ese muchacho y las cosas que hace te hieren. No te sientes reconocida. Esperas su gratitud para así sentirte validada. Ahora sí que se te pone difícil... ¿Supones que él puede darte lo que no tiene?

Así comienza el círculo vicioso: Lo amas, te duele, te enfureces. Luego te vas quedando tanto en la furia que olvidas el amor, y cuando la furia se va, después de un tiempo, aparece el dolor.

No es fácil hacer contacto con ese dolor, por eso, te di esta información, para que pudieras enfrentarlo consciente de qué fue lo que hiciste para llegar a ese lugar. Como ves, los vínculos deben respetar los principios del justo equilibrio de las cosas.

—No sé si he podido hacer lo que se esperaba que hiciera, pero he pasado muchas horas pensando en eso del equilibrio —dijo Diana—, y, si bien tiene mucho sentido lo que dijo, aún me resulta un poco extraño pensar mi vida a la luz de todas sus enseñanzas. Aunque siento la conexión con la naturaleza, me aterra dejar mi vida en la ciudad.

—Nadie espera eso de ti. Cada uno puede hacer su propio camino y cada camino es único. Lo que importa es que lo hagas despierta, consciente de los efectos que tienen tus acciones sobre los otros y sobre el mundo que te rodea.

Permanecieron unos minutos en silencio. La tarde avanzaba y las aves comenzaban sus cantos vespertinos. El paisaje era una caricia para el ánimo. Diana siguió callada mientras una extraña nostalgia la invadía, una nostalgia de tiempos antiguos en ese mismo lugar.

¡No es lógico!, ¿qué nostalgia es esta? —pensó Diana—. Quizás, por primera vez, ella experimentaba recuerdos de sus ancestros, quizás esos paisajes, esa familiaridad no provenían de su experiencia personal, aunque de algún modo le pertenecían.

Don Ignacio la observaba atento sin perder detalle, parecía darse cuenta de los derroteros que el alma de Diana transitaba. La nostalgia era tan intensa que no la dejó articular palabra. Optó por cambiar de tema:

—Quisiera aprender más sobre esos principios.

—¡Claro! Los principios son todo lo que tenemos y todo lo que necesitamos. Seguirlos hace que nuestras vidas no sólo sean posibles, sino, que sean sólidas y tengan un propósito. No tenemos más objetos que los necesarios, andamos livianos, y, como ya te dije, queremos cuidar a la *Madre Tierra*. Cuantos más objetos tienes, más cuidado requieren, más exigen de ti. Velar por tus objetos se lleva tu energía, es un pobre

destino para ese precioso bien.

—Y ¿cuál es el mejor lugar para la energía?

—¡El *Gran Espíritu* sin duda! Aquello de lo que somos parte. Cuidando del Todo cuidamos de nosotros. Esto no es un pensamiento, es una realidad palpable. No podemos aferrarnos a nada porque la vida es movimiento, es presencia y cambio. Debemos ser como hojas flotando en el río. No obstruir la vida, dejar las cosas fluir.

No tenías noción de esto cuando te aferraste desesperadamente a ese muchacho. No pensabas que esa es la ley: Todo lo que llega se va. Somos mortales y esa es nuestra naturaleza, hemos de regresar al sitio del que hemos partido. Pero tú te aferraste queriendo detener el tiempo. Una verdadera paradoja.

—¿Por qué?

—Porque la única capaz de detener el tiempo es la muerte.

El tiempo es la esencia que agita y madura todo lo que existe. En el momento en que algo sale del *Gran Espíritu* y se torna materia, las horas lo tocan y ese toque lo hace vibrar mientras dure su existencia. Su paso hace que todo crezca, florezca, evolucione, pero también, es el principio que degrada la materia, que deteriora las cosas. No puedes engañarlo, porque está dentro de nosotros, es el aliento del *Newen* que nos anima. Junto con la vida viene el tiempo, porque está en ella, no hay vida sin tiempo. Si te aferras a algo y pretendes detenerlo detienes la vida.

Algunas personas quieren tener al otro para sí y congelar los instantes para no perder a quien aman, ser todo para el otro y que el otro sea todo para ellos. Imagina, cuántas transgresiones a la regla hay en ese sólo hecho. Cuánta pérdida y sufrimiento para ambos hay en una lucha como esa. Nadie ni nada nos pertenece.

—¿Pero no podemos quedarnos con alguien la vida entera? ¿Acaso no existe la fidelidad entre ustedes?

—Sí que existe. Somos fieles, claro que sí. Somos absolutamente fieles al *Gran Espíritu* y a la *Ñuke Mapu*. Ordenamos nuestras vidas para aprender todo lo que esté a nuestro alcance, y puede que tengamos varias relaciones íntimas o una, eso no importa, pero somos veraces y leales. No deseamos poseer o controlar al otro ni a nadie. El sexo no es mero placer, o mera reproducción. El sexo es encuentro, unión.

Nos relacionamos honrando los principios del equilibrio de todas las cosas, tomamos y damos de forma equitativa. Si una relación termina es porque

el intercambio se acabó no porque el amor nos haya dejado.

—Es extraño —opinó Diana.

—No lo es, si has podido interpretar cuál es tu lugar dentro del Todo, aunque a muchas personas les toma una vida descubrirlo.

Ustedes lo tienen difícil, porque su educación les instruye sobre lo que deben pensar, hacer, qué es útil, qué no, lo que deben ser y lo que no, incluso lo que deberían sentir! Con todo eso la mayoría de los blancos ha perdido la capacidad de escuchar su propio corazón.

Cuando estás en tu lugar tienes una sensación de plenitud. No sientes deseos de ir a buscar nada, no necesitas tapar ningún vacío, no necesitas del otro. Si alguien se acerca es bueno y comparten lo que tienen, pero no por carencia, sino por mero placer del compartir tu abundancia. Si te toca estar sola, estás contigo, con el todo, y no te lamentas, sino que lo aprovechas.

Por esa razón nos aferramos a nuestros principios. El *Admapu* nos permite mantener nuestra mente en foco, el alma fluida, el cuerpo sano. Nos ayuda a darnos cuenta si estamos en un camino equivocado y a poder corregir lo que deba ser corregido y siempre es bueno hacerlo, aunque dé trabajo. Siempre es importante cambiar si no estamos en un lugar en el que nuestra alma crezca, en el que podamos sentir que la naturaleza nos muestra cuán importantes somos para el todo.

Se quedaron unos instantes disfrutando de la quietud de la tarde, sintiendo esa peculiar plenitud que mana de estar en el lugar en el que debían estar.

Diana suspiró al percatarse de que ese conocimiento estaba despertando en ella una capacidad de sentirse viva que nunca había experimentado. Su alma la exhortaba a continuar el viaje.

—Por favor, don Ignacio, ¿puede hablarme más de los principios?

Capítulo 14

Noveno principio

La transparencia en el Dar y el Tomar

El dar y el tomar deben ser movimientos francos y transparentes. No debemos esconderlos ni disfrazarlos de otra cosa.

Primera sentencia

No debemos hacer que otros pidan por nosotros.

El pedir o tomar son movimientos que conectan, que vinculan. Cuando ponemos un intermediario y hacemos que otra persona contraiga una deuda para beneficiarnos, no nos estamos conectando en ese intercambio. Estamos manipulando a dos personas al usar la relación que existe entre ellos a nuestro favor, de esa manera obtenemos un rédito, pero dejamos a alguien más con nuestra deuda y sin conexión. Si hago eso mi enredo será con ambos: con el que dio y con el que pidió en mi lugar. El que pide no sentirá que debe algo, porque lo que ha pedido no lo va a conservar, y yo ganaré algo sin tener que pedírselo a su dueño. Esto es una verdadera confusión.

La manipulación es una forma frecuente de evitar la responsabilidad de pedir algo o de exponerse a una respuesta negativa. Altera el equilibrio porque esconde la intención de pedir. Uso un intermediario y esto me evita confrontar a quien debería. Si estamos distanciados de alguien o tenemos dificultades en la relación, usar a otro para pedirle algo no ayuda a mejorar las cosas, pues, cuando el otro sepa que fue manipulado, se dificultará aún más la reparación.

Segunda sentencia

No debemos enmascarar el tomar mostrándolo como un dar.

Hay personas que creen que el mundo les debe algo, y parece que cuando permiten que otros los cuiden, les están haciendo un favor, es decir, creen que permitir que los atiendan es un regalo. Por ejemplo, no quieren ir a reuniones y, cuando lo hacen, es para mostrar que su presencia es un privilegio para los demás.

Hay vendedores que, en vez de atender amablemente a sus clientes, con una actitud agradecida, los tratan como si les hicieran un favor. Fingen dar, pero están tomando y no lo reconocen ni lo pueden disfrutar. Este comportamiento crea desequilibrios porque al no reconocer tampoco serán

reconocidos. Esto aumenta su malestar y hace que la gente se aleje de ellos. Suelen terminar sus vidas en soledad.

Tercera sentencia

Concluido un intercambio, una vez compensado lo que dimos no debemos esperar nada más, a no ser que demos nuevamente.

Es como cobrar varias veces el mismo trabajo. Hay personas que por un sólo acto de dar creen que deben ser correspondidas la vida entera. Un ciclo de intercambio es un ida y vuelta. Cuando recibimos algo damos algo a cambio.

Por ejemplo, si vendemos algo a un precio determinado, y luego descubrimos que podríamos haberlo vendido más caro no tenemos derecho a reclamos. Ya está hecho, y necesitamos cerrar eso.

Algunas personas nos hacen un favor y esperan muchas compensaciones por esa única acción. Es como cobrar varias veces el mismo producto... ¡Ah! ¡fíjate! ¿Sigues usando la camisa que te vendí? ¡Pues entonces págamela de nuevo!

Un ciclo de intercambio es un ida y vuelta, inicia y cierra dando lugar a un nuevo intercambio. Es así como los vínculos continúan. Cuando recibimos algo damos algo a cambio y ahí se termina.

Un único acto, aun siendo salvarle la vida a alguien, no nos puede proveer de retribuciones para la vida entera. Es importante determinar los límites de ese intercambio y respetarlos, así, cada uno, luego de cumplir con su parte, quedará libre.

Un caso muy común es cuando alguien ayuda a otro a ingresar a un trabajo, y quien fue favorecido le agradece el gesto y le hace un regalo. Luego esta persona se esfuerza mucho y hace méritos que le permiten crecer dentro de ese trabajo, y se vuelve importante. Ese crecimiento, ese resultado final no es algo que deba pagarle a quien abrió la puerta. Ese es su propio mérito. Es como pensar que el que le regaló un pincel a un pintor tiene algún crédito por la obra de arte. Pues no. Si retribuyó o agradeció apropiadamente la ayuda inicial, ninguno debe nada al otro, lo que queda es la conexión que deja el haber dado y tomado algo, la cual es más fuerte cuando mayor haya sido ese intercambio.

Capítulo 15

Décimo principio

Ni superiores ni inferiores

Primera sentencia

Dar no nos hace superiores.

Algunas personas piensan que, el hecho de dar algo, los hace mejores que otros. Esto se refleja en su manera de dar, no lo hacen cuidando la dignidad del otro, y de manera discreta. No tienen en cuenta que quien recibe, tal vez se encuentre vulnerable por su carencia, con miedo de no poder satisfacerla o sintiéndose inferior. Así, cuando dan algo, lo hacen desde el escalón más alto y a los gritos para que todos los vean, reclamando el crédito por ello. No son conscientes de que, si tienen algo, es porque lo han recibido antes. No están dando desde el alma, no siguen el *Gran Latido*, lo que están haciendo es ruido, y lo hacen para esconderse de la idea que tienen de sí mismos. Para ocultar su sensación de valer menos, quieren ser los salvadores de otros. Usan a las personas caídas en desgracia para sentirse importantes. Buscan que sus actos de dar sean públicos, para mostrar su magnanimidad, exhibiendo una imagen contraria a lo que íntimamente creen que son.

—¿Acaso el que ayuda no está mejor que el otro?, ¿no hay una diferencia real?

—No la hay, y, si la hubiera, sería sólo una diferencia transitoria. Verás, el hecho de que alguien esté en una situación de urgencia o de indefensión no significa que sea menos. Un padre puede enfermar y debilitarse, eso no hace que deje de ser padre, y aunque su hijo lo asista en ese trance, esto no pone al hijo por encima del padre. El universo sabe quién dio la vida a quién.

Como *machi* yo tengo obligaciones con mi *lof* (clan), y debo tener claro que esto no me hace mejor que nadie. Cuando alguien me pide un consejo y se lo doy, yo también recibo algo: su confianza, su apoyo, un regalo. Cuando llamo al espíritu de una planta para curar a alguien, ese espíritu me toca a mí primero y me deja algo de él. Así, el curar a otros también cura una parte mía.

Quien me consulta me hace el regalo de habilitarme para abrir un canal con los espíritus de la tierra, me permite cumplir con mi función que es el propósito para el cual he sido creado. Sentir que ocupo mi lugar en la creación es suficiente paga para mí. Entonces: ¿cómo podría pensar que

quien busca mi ayuda me debe algo o es inferior?

El hecho de que alguien venga a mí por consejo o por remedios para su salud, no lo pone por debajo ni lo hace menos que yo. Ambos nos necesitamos para ser nosotros mismos y ocupar nuestro lugar.

Diana entendió el motivo por el cual algunos amigos habían dejado de compartir con ella los detalles que les preocupaban de sus vidas. Ella solía escucharlos, pero no se abría a contar sus dificultades, entonces, les daba a entender que no necesitaba nada. Daba consejos, sentía la obligación de opinar, de decir algo inteligente, pero no se daba cuenta de que ellos no querían ser salvados, ni oír el veredicto de una persona que "hace todo bien". Lo que querían era simplemente ser escuchados, que alguien les dijera: No sé qué decirte, pero aquí estoy, qué bueno que me lo contaste.

Segunda sentencia

Tomar o pedir no nos hace inferiores.

Como te he dicho antes —prosiguió don Ignacio—, el movimiento de dar y tomar es inherente a todas las criaturas sin excepción. Sin embargo, algunas personas creen que, si piden o reciben algo serán inferiores y tratan de evitarlo. A veces porque no se juzgan dignos, a veces porque quieren demostrar que pueden solos, y que no necesitan de nadie. Después se frustran porque no tienen algo que hubieran necesitado y creen que lo merecen. Esperan que los otros se hagan cargo de sus necesidades sin que ellos tengan que pedir. De esa forma, quieren que parezca que todo el mundo está en deuda con ellos. Suelen ser personas que disfrazan su sensación de minusvalía con esa fachada de "no necesito nada de nadie".

Con frecuencia se trata de niños que no recibían mucho cuidado de sus padres y tuvieron que asumir tempranamente roles adultos, y, al hacerlo, se sintieron poderosos, es una sensación infantil que, sin embargo, los acompañará toda la vida. De alguna manera están diciendo: "Si sobreviví sin mi madre o sin mi padre puedo bastarme solo". Confunden autonomía con aislamiento y desconexión.

Nuestra libertad y nuestra autonomía son siempre relativas ya que somos piezas de un todo. Interrumpir el dar y tomar nos aparta de ese gran cuerpo, y, en lugar de tornarnos más independientes nos hace perder nuestras capacidades.

Piensa en tu cuerpo, si están todos los órganos presentes y conectados el cuerpo funciona. Pero si uno de los órganos no quisiera recibir nada de los otros se dañarían tanto el órgano como el cuerpo.

Dar no te sitúa por encima de nadie, y recibir no te empequeñece. Para desarrollarnos es necesario poder dar y tomar libre y equilibradamente.

Tercera sentencia

Aceptar un "no" por respuesta

La vida no nos da cada cosa que deseamos, no nos dice siempre que sí. A veces, más bien lo contrario, podemos tener la sensación de que nos niega lo que queremos, podemos sentirnos víctimas y lamentarnos de nuestro destino, como si la vida tuviera algo contra nosotros. De hecho, en ocasiones debemos luchar duro para conseguir algo y aun así no lo logramos, y muchos hacen un gran berrinche porque no les dan el gusto. Pero eso sólo nos agota y nos debilita. Debemos estar preparados para que nos digan que no. Podemos sobrevivir a esa negativa ya que hay muchos lugares alternativos de los cuales nutrirnos, y, a veces, un "no" puede ser una señal, puede ser un mensaje que nos dice: "Ese no es el lugar o la persona de quien nutrirte".

Cuando le pedimos algo a otra persona debemos saber que puede decirnos que no. La posibilidad de recibir un no por respuesta, es parte del justo intercambio en la vida, si no queremos lidiar con ello, entonces no estamos pidiendo, estamos exigiendo, y ya hemos dicho que el dar y el tomar deben transcurrir en libertad. En la exigencia, el que es exigido no es libre.

A veces, simplemente estamos pidiendo a la persona equivocada o en el momento equivocado, como por ejemplo si pedimos abundancia en época de sequía o frutos de verano en el invierno. Pedir imposibles es una forma de provocar el "no". Cómo elijo, a quién y qué es lo que pido determina ya si seré o no frustrado.

Si, en cambio, aceptamos el "no", también nos estamos dando el derecho de decir "no" al otro, lo cual a veces es necesario. No queremos quebrar el principio que dice que la incondicionalidad es perjudicial.

El "no" es un límite que siempre está allí, cierra una puerta y quizás no nos permite disfrutar de algo, pero abre siempre otras posibilidades que perderemos si no somos capaces de aceptar esa negativa; y, cuidado, que muchas veces una negativa puede ser una bendición que nos lleva a un mejor lugar, o nos salva de cosas terribles. Separarnos de alguien nos puede permitir encontrar a otra persona con quien estemos mejor; o que nos despidan de un lugar nos puede ayudar a crecer.

El "no" es parte de la vida y también hace que valoremos nuestras conquistas. Si todo fuese sí, no habría mérito alguno en lograr nuestros propósitos. Cuando alguien me pide algo que no quiero darle y se lo doy, el "no" me lo digo a mí mismo. A mi deseo de darle otra utilidad a eso que

me pide.

Cuarta sentencia

Cuando alguien se niega a tomar lo que necesita

Lo que hemos dado durante la vida es lo que suele volver en el tiempo final. Sin embargo, muchas personas que han dado mucho se niegan a recibir, alejándose o cerrando el acceso a ellos. Cuando interrumpimos el contacto con quienes nos rodean, nos hacemos vulnerables. Nuestra vida se sustenta en la presencia del otro, en la colaboración. Somos un ser colectivo, pero parecemos independientes tanto que llegamos a creerlo. Creer que un dedo puede hacer su vida separado del cuerpo... ¡Qué absurdo!

Como te dije antes, a muchos se les dificulta el recibir y mucho más, el pedir. Pueden rechazar, tornarse hostiles, y es que, a veces, se avergüenzan del hecho de necesitar de otro o puede ser porque sientan que molestan, que no tienen derecho. En especial, si toda su vida han sido independientes. Les cuesta recibir o simplemente aceptar que necesitan del otro, y en ocasiones se victimizan, se sienten miserables pues su orgullo está herido.

Exhiben su necesidad insatisfecha y su dolor afectando a los otros quienes intentan colaborar sin que se los permita. Es una forma de perturbarlos desde ese lugar de víctimas, aunque les traiga problemas, les da ciertos beneficios.

—Pero si se trata de algo necesario: ¿no podemos darles de todos modos?

—No se puede forzar a un adulto a aceptar lo que no quiere, aunque lo necesite. Es duro porque a veces se trata de personas que amamos y que no nos dejan ayudarles. Nos obligan a ser testigos impotentes de algo desagradable sin permitirnos ayudar. Suelen conseguir que les den a través de esa manipulación, pero despiertan malestar en quienes los asisten porque no hay reconocimiento alguno, aquí está la trampa: como ellos no piden, no consideran que deban agradecer.

—Pero, en ese caso ¿qué podemos hacer? Si respetamos el accionar de esa persona, ¿no la estaríamos dejando morir?

—¿Recuerdas que te he dicho que el dar y el tomar deben suceder en libertad? Pues en este caso más que nunca debemos seguir ese rumbo. La forma correcta de tratar a estas personas es con respeto. Un respeto llevado a su máxima expresión: ¿No quieres ayuda? Pues estás en tu derecho y yo te respetaré. Respetaré tus sentimientos y sólo regresaré si

algo cambia y necesitas de mi ayuda.

Quinta sentencia

Debemos aprender a ganarnos lo que es nuestro: El niño consentido nunca crece.

Otro es el caso de los “niños consentidos”. Son personas que siempre han recibido pasivamente y no aprendieron a tomar por sí mismos. Esperan que alguien les ofrezca sin pedir y se enfurecen si eso no sucede. Suelen tener de todo incluso antes de que experimenten la necesidad. No están acostumbrados a pedir y menos aun a sentir una necesidad.

Cuando se termina su tiempo sabático, es decir cuando las personas que los consentían ya no están o no pueden darles más, suelen experimentar ira. No aceptan que ya no les den lo que siempre tuvieron porque sienten tener el derecho de recibir. Muchas veces esa ira asume la forma de la envidia. Les irrita profundamente que otros tomen lo que necesitan, y ellos no lo saben hacer. Así, estas personas pasivas, no salen a buscar lo que quieren y cuando ven a alguien que toma lo que necesita ellos creen que les quitan lo que les pertenece.

Tomar es más que un movimiento, es una capacidad, es una aptitud que nos relaciona con un objeto o con algo del entorno que se encuentra disponible o que puede llegar a estarlo. Es una conexión que hacemos con el *Todo*, y tiene como objetivo un intercambio que ayude al ser a encontrar su equilibrio y que lo conecte con la gran trama. Debemos permitir que cada uno sea responsable por aprender a tomar lo que necesita.

Sexta sentencia

Aumentar o agregar es fácil, el problema es reducirse.

Nada es más difícil que perder, aunque sea excepcionalmente, capacidades, derechos, territorios o libertades que fueron nuestros en otro tiempo.

Cuando hemos deseado algo con fervor, y luego de esforzarnos trabajando duro finalmente lo conquistamos, no queremos renunciar a ello. Queremos conservar para siempre algunos objetos, afectos, o capacidades.

Sin embargo, en la naturaleza como en la vida, nada es estático y fijo. Hay ciclos de plenitud y de escasez, de fuerza y decrepitud. A veces, nuestra situación cambia y, por algún motivo, algo en nuestro mundo se ve reducido. La pérdida es algo doloroso y frustrante. No es fácil conformarse con menos de lo que en otro momento tuvimos.

Frecuentemente no queremos perder el acceso a lo que teníamos e intentamos hacer lo posible por mantener todo como estaba. Por ejemplo, hay familias que se endeudan para no reducirse, o para no dejar el auto lujoso, o el departamento en el barrio caro. Y este proceso es aún más difícil cuando se trata de cosas que siempre estuvieron a nuestro alcance y ya no lo están. Nos enoja, nos deprime reducirnos. Quienes se identifican tanto con las cosas pueden quedarse deprimidos, pero fíjate que absurdo deprimirse o enfurecerse porque en invierno no podemos cosechar como en verano o como en primavera.

Hay personas que creen que es posible salirse de las leyes del Todo, y lograr una constante prosperidad, pero eso es irreal. Los ciclos son naturales y nosotros estamos inmersos y somos parte del mundo.

Como la historia de ese cacique del que te hablé quien, para tener abundancia en tiempos de merma, les quitó por la fuerza el sustento a otras tribus. Para suprimir el efecto de los ciclos naturales es necesario crear una perturbación profunda en el equilibrio que perjudicará a otras criaturas y esto, antes o después, también nos afectará.

Hay pueblos que viven una abundancia artificial a costa de someter a otros pueblos. A veces lo hacen invadiendo sus tierras, apropiándose de sus recursos. Otras veces lo hacen de formas menos visibles, por ejemplo, alterando el ambiente para que no puedan prosperar sus cosechas o sus animales; o también infiltrando sus representantes en quienes guían a esos pueblos. Así se crea una distorsión porque quien guía no está al servicio de quienes confían en él.

A nosotros nos ocurre cada vez que los blancos se apropian de nuestra tierra. Sabemos que lo hacen porque quieren disponer de nuestro sustento, para burlar los vaivenes del mundo y no tener que transitar la merma.

Sabemos que sin la tierra no podremos sobrevivir, y muchos prefieren morir peleando antes que dejar su tierra. Es un camino posible: el de la lucha, el de la fuerza. Ese es el camino más rápido, pero tiene una desventaja: la rivalidad se mantiene porque ninguna de las partes cambia su comprensión para entender al otro y lograr un intercambio que sirva a ambas partes. La fuerza puede expulsar al enemigo de la tierra por un tiempo, el que tarde en reordenar sus fuerzas y contraatacar con una nueva estrategia. Es decir que la solución es transitoria. El riesgo en este camino es perder la vida. Si mueren, ¿quién va a reclamar luego nuestro hogar?

Por otro lado, no podemos dejar toda la responsabilidad del lado del invasor, pues nosotros deberíamos superarnos, adaptarnos. Esto no quiere decir que debamos someternos, sino hacer como hace el árbol que crece en la sequía, hunde sus raíces mucho más hondo, reduce el tamaño

de sus hojas, y da frutos más pequeños, y ciertamente, como no es humano, no se enfurece porque alguien no viene a regarlo.

Séptima sentencia

El desafío del amor

Necesitamos aprender cómo piensan y qué dicen esas leyes que nos despojan, y darnos cuenta de cómo sin quererlo hemos permitido que nos avasallen porque quizás no hemos evolucionado en la forma de comunicar nuestros derechos. Podríamos adaptarnos aprendiendo a defender lo nuestro en el lenguaje de ellos, y luego, de a poco, revertir las situaciones y defender el equilibrio. Eso no es fácil porque somos mapuches y es difícil que nos tomen en cuenta.

Pero hay un camino que es quizás el más poderoso y el mayor desafío.

—Y... ¿Cuál es ese camino, Don Ignacio?

—El camino del amor.

—No lo entiendo, ¿está usted proponiendo amar al enemigo?

—No de la forma en que estás pensando, pero sí. Eso es lo que propongo: aprender más sobre su inconsciencia para poder curarla.

Debemos conocer en profundidad su mundo, sus heridas, sus miedos, porque eso es lo que los lleva a la inconsciencia. Necesitamos imperiosamente comprenderlos tan profundamente que ya no encontremos motivos para odiarlos sino para amarlos. Sólo desde ese lugar será posible cambiar las cosas: enseñarles a ver lo que están haciendo a Ñuke Mapu movidos por su miedo.

—¡Pero eso es imposible! ¡No se puede amar a quien te destruye!

—¿Estás segura? Dime niña, esto que hago contigo, ¿no lo sientes como amor? ¿No te estoy enseñando a comprender el oculto equilibrio? Darte este saber precioso que te llevará lejos de tus desgracias, que calmará ese sufrimiento sin sentido que azota tu alma... ¿No es acaso éste un acto de amor? ¿No eres tú una huinca? Y sin embargo un espíritu guía de los nuestros te eligió para convertirte en una de nosotros.

—Bueno, pero yo no soy de las que asesinan a los mapuches.

—Eres parte de su pueblo, eres parte de su consciencia, de su sensibilidad y de su miedo. Por eso lo que tu aprendas aquí enriquecerá a todo tu

pueblo.

—Pero yo estoy en desacuerdo tanto como usted con la tala de árboles, por ejemplo.

—¿Lo ves? Eres ahora mi recurso y mi esperanza.

—¿Por qué lo dice Don Ignacio?

—Porque ellos no escucharían a un viejo indio, pero si escucharán a una de los suyos.

—Pero, Don Ignacio, ¡es una labor titánica la de educar a tanta gente!

Habrás visto que hay muchos linajes en nuestra cultura[1] y que todos estamos emparentados fuertemente con *Ñuke Mapu*. Nuestra estrategia más importante, y es lo que nos ha permitido sobrevivir durante siglos, es la de mirarlos también como *gente de la tierra* (mapuches) que han olvidado que lo son. Intentamos despertarlos y ayudarles a ver lo que hacen a la tierra, ayudarlos a sentir las conexiones perdidas.

Las crisis podrían ayudarnos a crecer si no nos quedásemos encerrados en nuestro mundo lamiendo las heridas, si pudiéramos aprender tanto sobre nuestro enemigo como para comprenderlo, ya no sería nuestro enemigo, seríamos *peñis* (hermanos) porque conoceríamos su dolor y le podríamos hablar del nuestro.

La realidad puede mostrarse amenazadora, ser dolorosa y desagradable, pero, cuanto más luchemos contra ella, mayor será el desgaste, porque la realidad no se doblega.

Como te he dicho, por no resignarse a perder un cuarto, algunos pierden su casa. Si está en juego la vida, el camino para tener un mañana puede ser soltar, pensar sólo en el presente, adaptarse. Así lo hacen las aves que emigran, así lo hacen las plantas en otoño y los animales que hibernan. Luego, cuando soplen mejores vientos, podrán reanudar su camino y seguir creciendo, aunque sea en otro lugar.

—Cambiar de casa no es fácil. Las casas me conectan con mi historia —justificó Diana.

—Quizás te ayuden a recordar, pero en una casa son los afectos los que destacan en tu memoria y no el color de la pared.

—Cuando las personas que vivieron allí ya han muerto —argumentó Diana—, la casa y sus objetos son los únicos lazos con ellas.

—Eso es porque ustedes insisten en ver la muerte como el final y hacerlo los desconecta del que se fue. Si se abrieran a la posibilidad de seguir unidos a quienes han muerto, no necesitarían de una pared para recordarlos. El apego a las cosas por las memorias que guardan es un problema, sin duda, pero no siempre se apegan sólo por eso. A veces lo hacen porque quieren conservar un status.

—No entiendo de qué habla, Don Ignacio.

—En tu cultura todo se mide por éxitos y fracasos, y creen que el éxito se refleja en lo que tienen y no en lo queridos o respetados que son en su comunidad. Se olvidan de que son parte de lo magnánimo, y que no son dueños de nada, aunque lo tengan por un momento.

Hay quienes piensan que sus vidas deben ser líneas rectas ascendentes. Siempre avanzando, siempre mejorando. Ya sabemos cómo es la naturaleza: hay ciclos, hay oscilaciones. En ocasiones, un guerrero debe dar unos pasos atrás para ganar impulso. Esto es más difícil cuando se trata de alguien que a su vez lleva la marca de la carencia, porque una reducción, aunque sea una renuncia a cosas que no son necesarias, se vive como una amenaza de volver a la necesidad extrema.

Algunas personas, frente a la angustia que les provoca el reducirse, huyen de la realidad yéndose al polo opuesto; niegan su situación e intentan ampliarse en lugar de economizar. Gastan más y esto los fragiliza en vez de fortalecerlos.

Claro que cuando se trata de logros materiales puede ser más difícil, pero también puede enseñarnos. En esos momentos de merma debes preguntarte: ¿He tenido crecimiento? y, si la pérdida es material, ¿hay cosas que perduran?, ¿hay algo que no se pierda? Los lazos del corazón, lo que hemos aprendido, el crecimiento del alma, son cosas que ya no perdemos y, aunque los vaivenes del mundo eventualmente nos perjudiquen, todo esto nos sirve para sobrevivir cada vez mejor a los cataclismos.

A veces, cuando perdemos algo que nos gustaba, o cuando nos lo arrebatan, nos damos cuenta de que también hay cosas que no pueden ser robadas. Los objetos siempre acaban siendo una carga, porque nos atan a un pasado o porque tememos perderlos. Pero cuando sucede que alguien se lo lleva, cuando se va lo accesorio, se ve mejor lo esencial: el alma, las personas, la gran trama de la que somos parte... entonces, todo brilla.

[1] Algunos de los linajes mapuches son: Pikumche (gente del norte); Naüqche, abajinos o llanistas (gente de los llanos); Wenteché, molulche o arribanos (gente del valle); Bafkehche (gente del mar); Inapireche (gente de la precordillera); Pewenche (gente del pehuén); Wijiche (gente del

sur); Ragkulche (gente de las manzanas o manzaneros); Mamüjche (gente de los palizales); Chaziche (gente de la tierra de la sal o salineros); Pwel wiji mapuche (gente del sudeste)

Capítulo 16

Décimo primer principio

Sobre el daño y la reparación

Establecer un vínculo es iniciar un intercambio. Es de esperar que vaya haciéndose cada vez más profundo con el tiempo. Las personas no sólo se conectan a través de eventos positivos, también lo doloroso vincula. El daño, la ira pueden ligar tan fuertemente como el amor. Las relaciones no siempre florecen. A veces uno tiene expectativas que el otro no satisface. Otras veces, la idealización del comienzo aparenta perfección, pero la mayor parte está aún oculta y, a medida que vamos descubriendo al otro, la realidad se impone y ya no nos resulta agradable. Convivir no es sólo ver lo mejor, es presenciarlo todo. Cuanto más comparten dos personas, más expuestas están a herirse mutuamente, y es ahí donde son necesarios el reconocimiento y la reparación.

Siempre que provocamos dolor o dañamos a alguien, sea intencional o no, es necesario reparar para poder continuar la relación. Aquello que se ofrece como reparación debe ser acorde al dolor provocado. Un daño no acaba con la vinculación, pues es independiente de lo que se haga al otro. Siempre que haya intercambio las personas y sus destinos seguirán unidos, no importa que ya no se traten seguirán ligadas sus vidas.

Primera sentencia

Cuando la reparación no es posible.

Quien fue perjudicado o dañado debe establecer cuál puede ser la reparación que dejaría las cosas nuevamente en paz, y cuánto tiempo deberá transcurrir para que sanen las heridas. Puede darse el caso de que la pérdida provocada sea irreparable, esto sucede cuando las cosas no pueden siquiera acercarse a lo que eran antes. La persona dañada puede sentir que ninguna reparación será suficiente. En esos casos la relación se interrumpe, aunque ambos serán siempre parte de la vida del otro, y las nuevas generaciones recibirán esos asuntos pendientes. Todo hecho irreparable deja enlazadas las existencias de sus actores para que se produzca una transformación profunda de ambas partes, de quien lo causó y de quien lo padeció. Nunca debe mirarse el hecho si no es dentro de la continuidad histórica de ambas personas y familias.

—No entiendo cuál es el sentido de preguntarse por el pasado.

—Pues porque lo que sucede hoy es la continuación de hechos anteriores, y debes pensar que siempre llegamos a la vida a ver un espectáculo que empezó mucho antes. Si esperas entender algo deberás preguntarles a los

que han participado antes que tú.

—Está diciendo que si alguien hace un daño a otro eso ¿puede ser como una consecuencia de algo anterior? —Inquirió Diana.

—Así es. Sabes que el Todo late, oscila y se va equilibrando constantemente, por ello, necesitamos ampliar nuestra mirada para incluir otras generaciones y otros eventos, hasta que al fin nos haga sentido lo que está sucediendo. De esa forma actuaremos en busca de una reparación y no de perpetuar eternamente esa dinámica de daño recíproco. Cuando decimos que la reparación no es posible, tal vez estemos mirando sólo ese evento, y no estemos logrando insertarlo en el discurrir del tiempo, viendo el antes y el después.

—¿Cómo puedo ver el después? ¿está hablando de que debemos ver el futuro?

—Así es, pero no de la forma en que estás pensando. El después es el “para qué” puede estar ocurriendo esto. Como el cacique del que te hablé, se dio cuenta de que la muerte de su hijo tenía la finalidad de mostrarle de una forma muy contundente que él estaba alterando el equilibrio. El “para qué” de esa desgracia era abrir su consciencia de que su dolor por la muerte de su madre, y su miedo al hambre no serían resueltos despojando a otros.

Segunda sentencia

Aferrarse a la víctima no permite resolver.

Puede suceder que quien sufrió un daño se refugie en el resentimiento y no acepte reparación. En esos casos el rencor creará una fuerte conexión con su ofensor y será una influencia determinante en su vida. La relación quedará interrumpida impidiendo la reparación.

—No entiendo, usted dice que la relación quedará interrumpida pero que será una influencia determinante... ¿Cómo es eso posible?

—La vinculación o conexión con alguien no requiere de presencia. Podemos estar ligados a alguien a través del enojo, y del resentimiento, no verle durante mucho tiempo, incluso podemos continuar enojados con alguien que murió. Es como congelar el tiempo en el momento de máximo dolor. La víctima no suelta su derecho a sentirse herida para seguir acusando al otro, pero el costo que paga es enorme: deberá quedarse en ese sufrimiento para que el otro siga siendo culpado.

—¿Por qué alguien se quedaría en ese lugar?

—No te sorprendas. Hay un cierto poder inherente a la víctima. Ella usa sus cicatrices como si fuesen trofeos de guerra y no permite la resolución porque, de esa forma, se siente moralmente superior a su agresor. Vive exhibiendo su desdicha, que es una forma de mostrar cuánto le han quitado injustamente. La víctima interpela a cada persona que llega a su vida para ser compensada por el daño que sufrió. Pueden pasar años en los que van convenciendo a otros de lo malo que fue quien les provocó esas heridas, así se sienten apoyadas y valorizadas y por otra parte van armando un pequeño ejército aliado. Lo que anima a la víctima es una perpetua venganza, y culpar a otros de sus fracasos y desgracias. Como se sienten superiores esto les da el derecho a ir más allá y dañar al agresor por el resto de sus vidas. Si no hacen algo importante, la culpa es del otro. Este es un gran desequilibrio porque además de negarse a tomar las propuestas que el Gran Espíritu les ofrece, esperan cobrar al mundo lo que alguien del pasado les arrebató.

—¿Todas las personas que sufren daño caen en la victimización?

—¡Qué bueno que lo preguntes! Pues afortunadamente no. Algunas gentes simplemente siguen adelante cargando su tristeza sin buscar venganza, pero existen también personas que transforman las heridas en motores para el crecimiento. Son quienes luego de una desgracia, en lugar de victimizarse se sumergen en las profundidades del alma a través de la reflexión. La tristeza es el navío que los invita a surcar la marejada de su destino, y ellos, con valentía, encaran su viaje.

Estas personas no esperan que los aparten o que los salven de las inclemencias, sino que lo aceptan e intentan dialogar con ese destino para entender cuál es el orden que subyace a su tragedia. Así logran darse cuenta de que ellos no son los únicos que vivieron una desgracia, y que, si bien ya no pueden subsanar esa pérdida, pueden ayudar a otros a transitar situaciones similares. Transforman el dolor en fuerza y en conexión para ayudar al Todo. Por ese camino aquel vacío que dejó la pérdida se llena con algo muy profundo que es el amor al Todo expresado a través del amor a otras criaturas.

Mientras que otras personas se quedan en su dolor y lo eternizan estas personas se quedan sólo el tiempo necesario para poder transformarlo en significado. Por ejemplo: “Esa enfermedad me sirvió para darme cuenta de que puedo ayudar a otros”.

Otra de las razones de sufrimiento es, aunque parezca embrollado, el creer que después de la muerte no hay nada. Así es como se aferran al dolor que dejó la pérdida y de esa forma se sienten unidos a quien se marchó.

—No entiendo.

—Recuerda que La medida del dolor es la medida del amor. Sufrir por la pérdida de alguien es la única forma que algunos conocen de demostrar el amor: si más lloras más amas. Es porque no saben que nuestros muertos nos siguen acompañando y que nuestro sufrimiento los afecta, y, lejos de sentirlo como amor, lo sienten como una pesada carga que los amarra, o, como una responsabilidad de ellos.

Tercera sentencia

Despojar a otros

Cuando alguien toma los medios de otros para sobrevivir, como los que despojan de sus tierras a las tribus, o los que estafan y dejan a otros en la miseria para enriquecerse, o los que manipulan a los incautos para obtener réditos crean un desequilibrio que deberá ser compensado por ellos o por su descendencia. Quitarle a alguien los medios para vivir tiene el mismo efecto que tomar la vida del otro.

En el caso de que, por causa de esas acciones, alguien muera, seguramente sucederán muertes dentro de la familia de los usurpadores, por ejemplo, suicidios o accidentes (a veces buscados), porque éstos compensarán el desequilibrio creado haciéndose cargo de las deudas. La riqueza que se obtuvo por caminos turbios se perderá o, quizás, quienes la reciban serán incapaces de disfrutarla, pues junto con ella llegará el dolor que le dio origen. Siempre que se crea un desequilibrio de gran magnitud se paga también con grandes costos.

Cuarta sentencia

Pagar deudas de otros.

A veces, una persona contrae una deuda y los hijos la heredan, quizás no pueden pagar y la deuda se arrastre por generaciones. Quienes la reciben no saben de dónde viene, pero la sienten, la viven como propia y acaban entregando o perdiendo algo valioso en un intento por disipar ese sentimiento.

No hablo sólo de dinero, hablo también de otro tipo de pagos. Por ejemplo, si un familiar tuyo asesinó a otros, es posible que algunos de los que nazcan en tu familia busquen, sin saberlo, su extinción como compensación de aquella deuda. Vemos que aquí no sólo afecta el comportamiento sino también la vida de la descendencia.

Para detener esta sucesión de muertes, será necesario que ambos lados del conflicto se encuentren, que se reconozca el daño que se le devuelva la dignidad a los muertos, es como una reparación a través del

reconocimiento. Porque lo cierto es que una vida arrebatada no hay como repararla, aunque se sumen nuevas muertes del otro lado ya nada volverá a ser lo que fue.

La paz llega a partir de reconocer lo que es. Con ello debemos vivir y con ello moriremos. No hay otro camino para la integridad que la verdad. Pero sólo podemos reconocerla cuando hemos experimentado lo mismo que el damnificado vivió, perdiendo lo mismo que perdió.

Cuando en la familia opresora suceden pérdidas dolorosas, entonces son capaces de ver el dolor que causaron en otros. En ese punto uno puede sincerarse y decirle al otro que se da cuenta del daño que le causó, se da cuenta porque ahora lo experimentó en carne propia.

Ahora cada uno tiene sus muertos y sabe lo que el otro siente al mirar lo irreversible, al ver morir una parte de ti en uno de los tuyos. Decir la verdad, reconocer lo que es, es lo único que los libera para seguir sus respectivos caminos.

Quinta sentencia

La venganza como forma de perpetuar el desequilibrio.

Cuando una familia ha sufrido una injusticia, por ejemplo, un asesinato, los familiares quieren vengarse matando a alguien de la otra parte. Si lo hacen, en lugar de darle paz al muerto, le agregan un peso, pues esa venganza caerá sobre sus hombros haciéndolo un cómplice pasivo de esa segunda muerte. Si bien es obvio que el fallecido no causó la otra muerte, de alguna forma es por su causa que esta sucede.

Son los vivos, no los muertos los que quieren venganza. Matar en honor a alguien no es ayudarlo en absoluto, todo lo contrario, es igualarlo a su perpetrador. La víctima no es quien quiere cargar el arma que asesinará a alguien más, pues si lo hiciera se transformaría en verdugo. Si en lugar de continuar el ciclo de violencia y venganza se logra pacificar, entonces la deuda se termina. Para ello, como te dije antes, ambas partes deben reconocer su participación en el hecho, respetar el precio que cada uno pagó, y devolver la dignidad al otro.

—Pero ¿no es un equilibrio esto del ojo por ojo y diente por diente?

—Quizá lo sea para los deudos, pero ¿qué es lo que aporta una muerte más? ¿Alguien le preguntó a la víctima si quería que otro muriera?, y más importante aún, ¿qué pensaría el Todo sobre resolver conflictos matando?

Quien se apodera de una batalla ajena se está apropiando de la historia y el destino del que se sacrificó. Cuando alguien muere injustamente deja una marca en la Gran Trama, una marca que suele despertar consciencia

en los que la sienten. Por ejemplo, el Día de la mujer se trata de eso, más de cien mujeres fueron quemadas en una fábrica dejando una marca que hizo que, de allí en adelante, se abriera una consciencia de la opresión padecida y se comenzaran a legitimar sus derechos. Sin embargo, supongamos que para vengar esas muertes se hubiera matado a cien hombres... Entonces, aquella marca perdería su fuerza, y ciertamente el significado que le darían al hecho sería otro.

Antes de apropiarnos de las batallas de otros deberíamos pedirles permiso, porque, aun con buena intención, puede que nuestros actos estén malogrando su sacrificio y su obra.

Capítulo 17

Décimo segundo principio

Alimentar la trama

Usualmente recibimos en la vida un poco más de lo que necesitamos. Esto tiene un sentido: ese adicional, que no necesitamos devolver, proviene del Gran Espíritu y tiene la función de sostener la Gran Trama, para que nadie quede fuera de ella.

Sucede que algunas criaturas, por causas que no comprendemos, quedan aisladas de los clanes, de las familias o de las comunidades y son olvidadas por el resto. Esos son los puntos donde podemos ver que el gran tejido se rasga. Por eso el Todo nos da un excedente, para reparar esas roturas en la trama. Donde alguien es excluido y se queda sin lo necesario para su vida la totalidad sangra.

A veces, nos toca vivir una situación de necesidad y no tenemos a nadie que nos asista, sea porque no haya nadie o porque las personas cercanas estén también apremiadas por la misma eventualidad. O quizás, hemos confiado nuestra amistad a la gente equivocada que prefiere recibir, pero a la hora de compensar se aleja. En esas circunstancias, podemos aceptar ayuda de personas que no son parte ni de nuestra familia ni de nuestro grupo de amigos. Un desconocido aparece de la nada, sin ninguna obligación nos elige para darnos algo que hace una diferencia en nuestra vida, nos salva. Es el colectivo humano de donde surge la ayuda, el Todo ayuda a la parte... Los creyentes dirían: Es la mano del Creador. Luego, superada la crisis, debemos retribuir a la trama lo que nos dio, ayudando a quien lo necesite.

—Pero ¿qué sucede si esa persona que recibe no puede compensar? Usted me dijo que sólo debemos dar en la medida de lo que el otro puede afrontar como deuda.

—Es verdad, ¡muy bien! En este caso especial deberemos explicar que, al darle lo que le damos, en verdad estamos pagando una deuda nuestra —explicó Don Ignacio—. Le diremos que en otra oportunidad hemos recibido cosas que nunca pudimos retribuir y que, en aquel momento, se nos pidió que, cuando pudiéramos, ayudásemos a alguien que lo necesitara. Entonces le pediremos que también haga lo mismo, que ayude a otra persona cuando pueda. Todos tenemos algo para dar por muy pobres que podamos ser, a veces tan sólo una palabra o un poco de compañía pueden hacer una gran diferencia.

Esta circulación silenciosa, generalmente anónima, es el pegamento que nos salva como ser colectivo, lo que vuelve a unir las piezas que el

egoísmo, el miedo y la ambición fragmentaron.

En ocasiones, esos regalos pueden ser enormes, por ejemplo, cuando alguien nos salvó la vida o si nos dan algo demasiado valioso. Cualquiera sea el caso, llegado el momento, ayudaremos a alguien de fuera de nuestro círculo y de ese modo, dar es una forma de nivelar lo que hemos recibido.

Muchos rechazan a las personas abandonadas, pues suelen verse mal. Ellas cargan con el dolor de todos, a veces están enfermas o pueden estar mal aseadas. El miedo hace que veamos a los excluidos como potenciales fuentes de contagio o de daño. El miedo es como una navaja que rasga el tejido del colectivo humano aislando a los que temen y a los temidos. Es paradójico: El que más necesita es el más rechazado.

Una vez que alguien cae fuera de la red, el retorno se va haciendo cada vez más difícil cuanto más tiempo pase excluido más temor tiene de los otros y más le temen a él. Tememos a la pobreza y a la carencia, tememos a quien sale de lo usual, creemos que, si nos acercamos a alguien en condición crítica, nos arrastrará hacia su destino, o vamos a ser responsables de esa persona y esto hace que cerremos los ojos al dolor de otros descuidando al Todo.

Como te dije antes, somos parte de un Todo. Implica que el dolor del otro es nuestro también, que no puedes estar feliz si a tu alrededor algunos están tristes. El reverso de esta mirada es que cuando alguien hace daño somos todos responsables por eso.

—Eso sí que no lo entiendo, ¿usted dice que nosotros somos responsables por el daño que hace un asesino?

—Así es, eso digo.

Antes de que llegara el huinca nosotros teníamos palabras y expresiones que sólo unos pocos recordamos. En nuestra lengua no era posible decir: Ese hombre cometió un delito. Como éramos conscientes de ser una totalidad los verbos eran siempre en plural. No existía el singular para las acciones, simplemente porque no hay acciones individuales. El verbo en singular nos lo impuso la lengua del huinca y nos quita la consciencia de ser Uno.

—Y ¿cómo se diría la oración entonces? —preguntó Diana.

—Se diría: Ese hombre cometimos un delito, o sea: Hemos cometido un delito a través de ese hombre.

Por eso, aún hoy, cuando uno de nosotros transgrede la regla y ofende a Ñuke Mapu, a algún Ngen o Pillán somos todos los que debemos pedir

perdón. La salvación, al igual que la condena nunca es individual sino colectiva. Cuando uno transgrede la regla todos transgredimos.

—No entiendo Don Ignacio, ¿cómo es que puede ayudar librar al culpable de su responsabilidad?

—No se trata de eso. Se trata de saber que si alguien daña a otro es porque algo lo desligó del Todo. En el momento en que hizo daño estaba ausente la consciencia de ser parte de una totalidad y de estar unido a quien daña. No pudo ver que el daño a otro es siempre daño a sí mismo. Por eso, cuando uno de los nuestros actúa contra el ser colectivo sabemos que es nuestra responsabilidad porque lo hemos abandonado a tal punto que dejó de sentirnos, y nosotros a él. Al verse excluido de nuestra comunidad, no puede sentir dolor al herir a otra parte del Todo.

Diana estaba profundamente afectada. Pensaba que lo que le habían enseñado a lo largo de su vida llevaba una dirección opuesta a esto. Había aprendido que si alguien comete un delito esa persona es la culpable y debe ser castigada y aislada. Quiere decir que generalmente todos hacen lo contrario, es decir, intentan diferenciarse del transgresor, no igualarse y mucho menos compartir la responsabilidad como propone Don Ignacio.

Nuestra cultura es una apología del individualismo, regida por la regla de sálvese quien pueda. Es una ley que enfrenta a las personas, las convierte en rivales en vez de unir las como lo hace el Newen.

A Diana se le revelaba una verdad totalmente revolucionaria: se daba cuenta de que nuestro sistema de culpas y castigos sólo profundiza la ruptura del tejido social, y cuanto más fragmentado está ese tejido que nos conecta como totalidad, más delitos, más daño, más dolor habrá.

Ahora entendía el motivo por el que Don Ignacio, al inicio de todo esto, le dijo que al decidir quedarse y exponerse a estos conocimientos lo que había aprendido ya no le sería útil. Si Diana le hacía lugar a esta revelación comenzaría a ver que todo lo que había valorizado siempre no era más que un equívoco que tornaba imposible la armonía entre las personas.

Desde pequeños se nos educa para competir, se nos compara con otros instándonos a superarlos, a ser siempre los mejores (diferencia en vez de igualdad). Nos llenan de mandatos y de modelos, nos apartan de nuestra naturaleza de manada, y no nos enseñan a seguir nuestro corazón, a investigar qué es lo que le daría sentido a nuestra vida. Al silenciar esa voz profunda quedamos perdidos y entonces nos venden promesas tramposas de felicidad. Que si superamos a otros... Que si tenemos el mejor trabajo, o si somos los mejores de la clase, todo esto nos hará

felices.

También se nos dice que, si compramos el último modelo de todo seremos más importantes, más admirados, deseados, envidiados...

Tarde nos damos cuenta de que nos engañaron y que todo eso no nos da más que ilusión de felicidad y falsas amistades. Nos va dejando solos y vacíos. Lo más triste es que cuando lo descubrimos ya no recordamos cómo abrirnos a la voz de nuestro corazón.

Capítulo 18

We Tripantu

La despedida

Ya había pasado la noche más larga, y después de esa noche pasó el primer día del nuevo ciclo. En ese primer día, renovados por la energía del *Newen* (vida) se habían encontrado con guías y antepasados. Había llegado el tercer día, era tiempo de agradecer, de compartir y de despedirse. Antes del adiós, lo que cada uno aprendió sería compartido en el grupo para que la sabiduría los uniera una vez más a través de las revelaciones que el *Gran Espíritu* les había obsequiado en ese *We Tripantu*. Los presentes fueron relatando sus experiencias, a las que Diana prestaba mucha atención. En un momento, la mujer anciana que había llevado a Diana hasta el río el día anterior vociferó para todos: "Ahora toca hablar a la gringa", y de inmediato con un gesto invitó a Diana a contar su experiencia.

Diana se sintió como una niña de primaria dando lección frente a una clase. Se paralizó. Varios empezaron a aplaudir y a gritar alentándola: ¡Grin-ga! ¡Grin-ga! ¡Grin-ga! Las sonrisas eran una invitación amigable. Diana se puso de pie y miró al enorme círculo de personas que la observaban expectantes. Alguien le dijo: ¡Cuéntanos todo! ¡Cuéntanos qué te regaló este *We Tripantu*!

—*Mari Mari* —dijo Diana mirando a la gente.

En lengua mapuche es un saludo de cortesía que se dice al llegar. Se escucharon risas porque Diana ya estaba allí. Por eso, dos días antes, cuando llegó, nadie le había prestado atención, por lo descortés que había sido. Llegó preguntando por don Ignacio; sin saludar, sin preguntar antes por la tierra, por la comunidad, por la familia y por la persona a quien se dirigía. Tal es la costumbre entre mapuches. Parecía que hubieran pasado años de ese momento. Aprendió mucho en esos días.

Varios, viendo la buena intención, perdonaron el error, y le dijeron: *Mari Mari lamngén*, que significa: Buenos días, hermana.

—Cuando llegué —comenzó Diana nerviosa—, mi único deseo era escuchar los consejos de don Ignacio. Estaba fuera de mí por problemas con un hombre —todo el grupo la seguía con atención—, pero luego, El Espíritu me tocó, y empecé a ver muchas cosas que no veía. Me di cuenta de que ese hombre era lo menos importante. Pude ver todo el desorden que había en mi vida. Entonces don Ignacio me enseñó la regla del equilibrio, los "*Doce principios del Dar y el Tomar*". En la primera noche se

me presentó un halcón y me dijo que yo era igual a él, me hizo reflexionar sobre la forma en que me relaciono con la gente, manteniéndome distante, controlando o cazándolos como presas, —Los presentes se miraban entre ellos con asombro—. Luego, mi abuela vino a mí y entendí que cargaba un dolor que no me pertenecía pues era de ella, y, al hacer eso, no estaba respetando mi destino ni el de ella, pues su dolor, según me dijo, era todo lo que ella tenía.

—¡Ooooh! —murmuró el coro asombrado.

—Cuando estaba en el río pude sentir que *Ñuke Mapu* me tomaba en sus cálidos brazos y no sentí frío, lo único que sentí fue su palpitación al unísono con el mío.

—¡Ooooh! —Nuevamente se oyó el coro.

Entonces la emoción resbaló por sus mejillas cuando dijo:

—Sé que no soy hija de la tierra como ustedes, mapuche. Sé que me crio otra madre, pero, como me dijo *don Ignacio*, mi corazón recuerda el latido de quien me dio a luz. Ahora sé, pero no en mi cabeza, sino en mi alma, que todo está vivo y que soy parte de este Todo, y debo... no sé cómo decirlo... —copiosas lágrimas brotaban— debo pedirles perdón por lo que mi cultura ha hecho a *Ñuke Mapu*, por los desequilibrios que seguimos causando. —Los presentes se miraban entre sí asintiendo, pasmados de que ella lo reconociera—. Y me propongo despertar la consciencia en tantas personas como pueda. Ya no quiero seguir indiferente, tengo el poder de este ojo (sacó del bolso su cámara de fotos), lo que este ojo vea lo verán miles de personas de mi cultura. Si me lo permiten... —Diana bajó la cabeza, sabía que algunos podían incomodarse con su pedido, pero necesitaba hacerlo— Quisiera ser una servidora del *Gran Espíritu*.

Hubo un silencio profundo. Los segundos pasaban y Diana empezó a pensar que quizás había abusado de la familiaridad de esa gente. Súbitamente un estallido en gritos invadió el lugar. Ancianos, niños, jóvenes y adultos se levantaron de repente con brillantes sonrisas alzando sus manos fraternas para tocarla, derramando abrazos mapuches que, como ráfagas de cariño, la envolvieron en un remolino de amor.

Esas imágenes impregnaron el alma de Diana, y allí se quedaron para acompañar sus días, como un silencioso testigo de que ella no era la misma. Ahora su alma portaba la tibieza de ese pueblo y palpitaba al son del latido de *Ñuke Mapu*.

Capítulo 19

De regreso

Había pasado poco más de un año, aunque parecía que habían sido días. Mientras recorría a pie los pocos kilómetros desde la ruta hasta la casa de don Ignacio, Diana repasaba los sucesos. El giro que su vida había dado a partir de aquel año nuevo. Un tour fotográfico mapuche, el trabajo donde retrató un incendio forestal y cómo aprovechó para explicar que destruir es la peor forma de apropiación... Estaba encantada. Revisó el bolso para asegurarse de que todas las publicaciones estuviesen allí. Llegó a la casa.

Su corazón quiso saltar del pecho al ver el polvo y las hojas de varias semanas amontonados en la entrada. La puerta tenía cadena y candado. Un silencio agudo vociferaba. Su único anfitrión fue el viento que, como un ladrón furtivo, huyó hacia la arboleda trasera llevándose su chal. La misma arboleda donde había disfrutado, en soleadas tardes, de deliciosos mates con Don Ignacio. Solían sentarse en unos troncos cortados que se usaban como asientos, y exactamente allí la esperaba su chal. La vegetación era cerrada, y daba la sensación de un cuarto abovedado similar a una mezquita al que el anciano solía llamar "*el santuario*".

Diana recapituló los últimos meses en busca de una pista sobre el posible paradero de don Ignacio. Súbitamente, una sospecha filosa la apuñaló. Resistiéndose a lo inefable, Diana imploró en voz alta: Cualquier cosa menos eso, por favor... Diana nunca pensó que don Ignacio pudiera estar en el Sur, ella suponía que estaba a salvo en su casa, pero la casa estaba deshabitada. Recordó los disturbios y muertes de mapuches sucedidos unos meses antes, en el Sur. Como sangre transparente de una arteria cercenada brotaba la tristeza de sus ojos. Su vista se nubló tanto que no se dio cuenta de lo que sucedía justo frente a ella. Un grito, que definitivamente no era humano, la arrancó de su estupor. Sobre el tronco en el que Don Ignacio solía sentarse se había posado un halcón, la miraba. En la mente de Diana sonó la voz de don Ignacio: Siempre préstale atención a tu animal guía...

Sintió la conexión con el halcón, la sintió en el estómago como una voz que le susurraba que no era tiempo de lamentarse, y que confiase. Diana bajó la mirada y, al escurrir sus lágrimas, vio que, por debajo del tronco frente a ella, se asomaba un pedazo de cuero. El pájaro extendió las alas y, habiendo cumplido su tarea, desapareció entre los árboles.

El tronco era demasiado pesado. Barrió con sus pies algunas hojas secas para poder afirmarse en la tierra y lo empujó con todas sus fuerzas. Era un sobre de cuero encerado. Mientras recuperaba el aliento observó el cuidado con que estaba cosido el paquete. Parecía proteger un libro. No pudo romper la costura. Necesitaba un cuchillo, su auto estaba a unos

kilómetros, y la ansiedad era mayor. Hurgó en torno a la casa y encontró un trozo de vidrio.

Era efectivamente un cuaderno, escrito con una letra semejante a la de las biblias antiguas. En la tapa, con bellísimos trazos, se podía leer:

El oculto equilibrio de las cosas

Reconoció los doce principios bellamente dibujados, explicados en lengua mapuche y traducidos al castellano. Los dibujos provocaban una sensación de profunda paz en su cuerpo, con sólo mirarlos. Abrió una hoja al azar:

...Cuando tu tiempo ha llegado, deja que el viento te muestre hacia dónde ir...

Diana, aunque no lo supiera, ya estaba lista para el siguiente paso. Volvió a abrirlo:

Debes saber algo más: lo que has dado aún está en ti. Tus vacíos son plenitud ahora... Quien te dio algo es parte de ti..., nada sobra y nada falta.

Diana se puso de pie. Su rostro salado ahora estaba iluminado. Se adentró, serena, en el monte. Llovía cuando salió a campo abierto. La lluvia era un regalo, era como el río después de la noche más oscura, limpiaba su pena. Sintió por primera vez que algo de lo que había recibido estaba creciendo en ella y que lo que había dado no estaba perdido, porque crecía en otros.

Observó hacia dónde iba el viento y tomó esa dirección. Oyó el saludo de un halcón en la distancia. Tuvo la clara sensación de que Don Ignacio caminaba a su lado.

Diana ya era parte del *Todo*.

o-----o

Espero lo hayas disfrutado.

Si sientes que este libro te aportó algo, por favor califícalo y si y si quieres retribuirlo, deja una reseña. Esto puede ayudar a que otras personas descubran estos conocimientos. Incluso alguna sugerencia y/o aporte

para mejorar la calidad del mensaje en forma o contenido será apreciada. La intención es que esto ayude a más personas.

Si quieres el ejemplar en papel para hacerle un bonito regalo a alguien que amas, o para tenerlo en tu Ebook reader aquí te dejo el link:

<https://www.amazon.es/dp/B0BFL7K8QM>

Gracias por tu tiempo.

Guillermo Leone

Sígueme en Instagram o en facebook: [guillermo.leone](https://www.instagram.com/guillermo.leone)

<https://linktr.ee/gleone>